IBN ARABI

LOS SUFÍES DE ANDALUCÍA

Sirio

Material protegido por derechos de autor

IBN ARABI

LOS SUFÍES DE ANDALUCÍA

editorial Sirio, s.a.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diseño de portada: Editorial Sirio, S.A.

© de la presente edición

EDITORIAL SIRIO, S.A.
C/ Panaderos, 14
29005-Málaga
España

EDITORIAL SIRIO
Nirvana Libros S.A. de C.V.
3ª Cerrada de Minas, 501
Bodega nº 8 , Col. Arvide
Del.: Alvaro Obregón
México D.F., 01280

ED. SIRIO ARGENTINA
C/ Paracas 59
1275- Capital Federal
Buenos Aires
(Argentina)

www.editorialsirio.com
E-Mail: sirio@editorialsirio.com

I.S.B.N.: 978-84-7808-086-1
Depósito Legal: B-25.223-2007

Impreso en los talleres gráficos de Romanya/Valls
Verdaguer 1, 08786-Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

INTRODUCCIÓN

Los extractos biográficos contenidos en este libro se refieren a la vida y a las enseñanzas de varios maestros sufís de la España musulmana y del Magreb que vivieron en los siglos XII y XIII.

Se trata de resúmenes extraídos de dos obras del Muhyîdin Ibn Arabi. La primera y más importante es el *Rûh al-quds fî munâcahat an-nafs* (El Espíritu de la santidad que guía el alma). Obra escrita en La Meca en el año 600/1203-1204, nos informa de la vida y el desarrollo espiritual de su autor, de la historia del sufismo en el occidente musulmán, y de las enseñanzas y las prácticas más importantes del sufismo. La segunda es la *Durrat al-fâkhirah fî dhikr man intafa'tu bihi fî tariq al-âkhirah* (La perla preciosa que relata historias de aquellos que me han ayudado en el camino hacia el Otro Mundo). Se trata del resumen de otro libro mucho más extenso que Ibn Arabi

dejó en algún lugar de España o de África del norte. Las circunstancias que dieron lugar a este resumen nos las cuenta él mismo: «Uno de nuestros hermanos de Damasco, que fue particularmente amable conmigo, me rogó le diese a conocer el contenido de un libro en el que yo mencionaba a algunas de las personas que conocí a lo largo de mi vida y que me ayudaron en mi caminar hacia el Otro Mundo. Al no disponer ya de dicha obra, pues la dejé en Occidente, compuse este resumen para él».

Al parecer, esta segunda obra fue escrita sobre el año 1223.

Muhammad b. ‘Alî b. Muhammad Ibn al-‘Arabî at-Tâ’î al-Hâtimî nació el 27 del mes de Ramadán, es decir, el 7 de agosto de 1165, en Murcia. En aquella época, la ciudad estaba gobernada por un brillante emir de ascendencia cristiana, Muhammad b. Sa’îd b. Mardanîh, que resistió heroicamente pero, al final, fue vencido por los invasores almohades.

Ibn Arabi pertenecía a una familia muy ilustre. Su padre era un hombre influyente entre cuyos amigos se encontraba el célebre filósofo Ibn Rushd (Averroes). Tal vez fue visir de Ibn Mardanîsh, aunque esto ofrece dudas. Su familia, además de mantener buenas relaciones sociales y culturales, era de una religiosidad acentuada. Varios de sus tíos habían seguido la Vía Sufí.

Tras la ocupación de Murcia por los almohades, la familia de Ibn Arabi se trasladó a Sevilla, cuando él contaba con ocho años de edad. Allí recibió la educación tradicional. Estudió el Corán, su exégesis, las tradiciones del Profeta, la ley, gramática árabe y disertación con los mejores maestros de la época. Unos años después se casó con una joven llamada Maryam, hija de Muhamad b. ‘Abdûn,

persona muy querida e influyente. Su esposa Maryam compartía también sus deseos de dirigir sus pasos por la Vía Sufí.

Ibn Arabi se manifestó desde su juventud como un ser altamente evolucionado. Prueba de esta precocidad es el relato de la entrevista que su padre le concertó con Ibn Rushd (Averroes), de edad ya muy avanzada: «Pasé una jornada en Córdoba, en casa de Abû al-Walîd Ibn Rushd, quien anteriormente había expresado su deseo de conocerme personalmente. Al parecer, le habían hablado de ciertas revelaciones por mí recibidas durante mi retiro espiritual, lo que despertó su curiosidad y extrañeza. Así, mi padre, que era amigo suyo, me llevó a él con el pretexto de que debía solucionar unos asuntos en Córdoba. En aquella época yo era todavía un joven imberbe. Al entrar en su casa, el filósofo se levantó para acogerme con grandes signos de amistad y afecto, me besó y me dijo: «¿Sí?», y yo le respondí: «Sí». Mostró alegría al notar que le comprendí. Al ver el motivo de su júbilo, dije: «No». Entonces Ibn Rushd se sorprendió, y diríase que dudaba de sí mismo. Seguidamente me hizo las siguientes preguntas: «¿Qué respuesta has encontrado a las cuestiones de la revelación (*al-kashf*) y de la gracia divina?; ¿coincide tu respuesta con la que nos da el pensamiento especulativo?». Y le contesté: «Sí-no; entre el sí y el no los espíritus vuelan más allá de la materia y las cabezas se separan de los cuerpos». Al escuchar esto, Ibn Rushd palideció e incluso tembló, y escuché a sus labios murmurar: «No hay más fuerza y poder que la que viene de Alá». Había comprendido lo que quise decirle.

De entre los maestros que instruyeron e influenciaron a Ibn ʻArabî, dos atraen especialmente nuestra atención;

ambos son mujeres. Las dos eran ya muy mayores cuando las conoció. Una de ellas fue Shams, de la que él mismo nos cuenta: «Entre los santos hay ciertos hombres y mujeres que se llaman Implorantes (al-awwâhûn) que Alá los bendiga! Encontré uno de ellos en Marchena de los Olivares, se llamaba Shams y era ya muy anciana».

La otra mujer con la que pasó cierto tiempo fue Fátima de Córdoba: «Serví como discípulo a un gran adorador de Alá, un gnóstico, una dama de Sevilla llamada Fâtimah bint Ibn al-Muthannâ. La serví durante varios años, cuando ella tenía ya más de noventa y cinco. Tocaba el tambor y se complacía mucho en ello».

Con frecuencia me decía: «Yo soy tu madre espiritual y la luz de tu madre terrestre». Cuando un día mi madre vino a verla, le dijo: «Hola, luz, éste es mi hijo y también es tu padre. Considéralo como tu padre, no como tu hijo, obedécele y no te separes nunca de él».

Ibn Arabi no dejó la península ibérica hasta pasados los treinta años. En el año 590/1193, fue a Túnez. Al parecer, es en este viaje donde tuvo un encuentro con el guía inmortal de las almas Al-Khadir: «Estaba a bordo de un barco en el puerto de Túnez. Me dolía el estómago y, como todo el mundo dormía, decidí ir a cubierta y contemplar el mar. De momento, a la luz de la luna llena que brillaba aquella noche en todo su esplendor, vi a alguien caminar en dirección al barco. Finalmente llegó ante mí. Se mantenía sobre un pie y levantó el otro. Pude ver que no estaba mojado. Me habló durante un rato. Luego me saludó y se dirigió hacia un faro situado en lo alto de una colina a más de tres kilómetros de allí. Esta distancia la cubrió en dos o tres pasos.

Desde lo alto del faro lo escuché glorificar a Alá. Al día siguiente, cuando llegué a la ciudad, encontré a un hombre piadoso que me preguntó cómo me había ido en mi encuentro nocturno con Al-Khadir a bordo del barco. Se interesó por lo que yo le dije y lo que él me respondió».

Sin duda, a causa de las luchas constantes en África del norte decidió volver a Andalucía. De camino a Sevilla se detuvo en Tarifa: «En Tarifa en el año 590 tuve una discusión con al-Qalafât sobre los méritos de la pobreza y de la riqueza». Ya en Sevilla tuvo otro encuentro extraño. En su estancia en Túnez compuso un poema del cual no había hablado a nadie: «A mi vuelta a Sevilla, tras un viaje de tres meses en caravana desde Túnez, un hombre totalmente desconocido vino a mí y me recitó palabra por palabra el poema compuesto por mí, pese a que yo no se lo había comunicado a nadie. Le pregunté quién había compuesto aquellos versos y él me dijo que Muhammad Ibn Arabi. Quise saber entonces cuándo los había aprendido y él me respondió que el mismo día en que los compuse. Al preguntarle cómo y de quién, me dijo: "Una noche, mientras estaba sentado en compañía de mis hermanos en el barrio Oriental de Sevilla, un extranjero con aspecto de mendigo vino hacia nosotros. Se sentó y tras entablar conversación, nos recitó estos versos. Nos gustaron tanto que los escribimos y le preguntamos por su autor. Respondió que habían sido compuestos por Ibn Arabi en Túnez"».

En el año 591 y también en el 593 fue a Fez, donde su reputación atrajo muchos discípulos y admiradores. Posteriormente volvió a su villa natal de Murcia, parándose en Granada y visitando la escuela sufí de Almería fundada por Ibn al-'Arîf, autor del célebre *Mahâsin al-Machâlis.*

En el año 558 emprendió viaje a Oriente, estuvo en Alejandría, en El Cairo y en La Meca, donde su fama no tardó en expandirse. Allí se encontró a las personalidades más importantes de la Vía Sufí de aquella época; todos fueron a presentarle sus respetos, así como a gozar de su presencia y enseñanzas. En el año 601 dejó La Meca y se dirigió a Bagdad. Posteriormente recorrió todo Egipto y en el 604 volvió a La Meca. Estuvo en Konya, donde su sabiduría y sus poderes espirituales dejaron una profunda impresión en las gentes. Su estancia en esta ciudad fue de gran importancia para el sufismo oriental. En el año 620 se instaló en Damasco definitivamente. Sus largos viajes, su enorme producción literaria y las privaciones y austeridades soportadas habían minado su salud. Era célebre universalmente. El soberano de Damasco estaba orgulloso de tenerlo en su ciudad. Es allí donde terminó de componer su imponente obra *Futûhât al-Makkiyyah*. Murió en Damasco el 16 de noviembre de 1240 (638) a la edad de setenta y seis años.

Ibn Arabi expresó la enseñanza y las intuiciones de muchas generaciones de sufís que le precedieron. Consignó por escrito, por primera vez y de una forma sistemática y detallada, el vasto fondo de la experiencia sufí y la tradición oral. Al mundo musulmán, a punto entonces de comenzar su decadencia cultural, política y económica, le dejó una exposición definitiva de la enseñanza sufí y también un resumen completo de la herencia esotérica del islam. Su influencia sobre toda enseñanza sufí posterior es profunda y podemos decir que fue el último Sello de la Santidad, el último que recibió las enseñanzas «no manifestadas» de la Vía. Cuantos vinieron tras él se inspiraron en su poderosa figura.

1 Abû Ja'far al-'Uryanî[1]

El primer sufí que encontré por el Camino de Alá fue Abû Ja'far Ahmad al-'Uryanî. Este maestro vino a Sevilla cuando yo empezaba a adquirir el conocimiento de este noble Camino.[2] Fui el primero en acercarme a él; al entrar en su casa, hallé a alguien dedicado a la invocación (*dhikr*).[3] Me presenté y supo de inmediato la necesidad espiritual que me había conducido hasta él.

Entonces me preguntó: «¿Estás firmemente decidido a seguir el Camino de Alá?». Y yo le respondí: «El siervo

1. Cf. *Futûhât*, I, pág. 186; II, pág. 177; III, pág. 539, donde aparece como Abû al-'Abbâs. En la *Durrah*, le llaman 'Abdallâh. (cf. *Etude Traditionnelles*, 1962, pág. 169 y n. 12. Para referirnos a esta revista, emplearemos en lo sucesivo la abreviatura *E.T.*).
2. Llegó a Sevilla seguramente antes del 580/1184. Cf. *Futûhât*, I, pág. 425.
3. Recuerdo e invocación del nombre de Alá.

puede tomar la decisión, pero es Alá quien decide». A continuación me dijo: «Cierra tu puerta, rompe tus lazos, toma al Generoso como compañero (*al-Wahhâb*), Él te hablará con claridad». No cejé en mi empeño hasta que obtuve la Apertura.

Aunque este hombre del campo era iletrado y no sabía ni escribir ni contar, bastaba con escuchar sus enseñanzas sobre la doctrina de la Unidad (*at-tawhîd*) para apreciar su nivel espiritual. Dominaba los pensamientos (*al-khawâtir*) con su energía espiritual (*himmah*)[4] y podía superar los obstáculos de la existencia con las palabras. Se le veía invocar en estado de pureza ritual, vuelto hacia la *qiblah*[5] y casi siempre en ayunas.

Un día, los cristianos[6] le hicieron prisionero. Como sabía lo que iba a suceder, incluso antes de salir, había advertido consecuentemente a los miembros de la caravana en la que viajaba que serían apresados todos al día siguiente. Por la mañana, como había previsto, el enemigo les tendió una emboscada y los apresó. Con todo, tuvieron mucha

4. Los *khawâtir* son «palabras que vienen súbitamente y de forma no deliberada al pensamiento» (cf. *E.T.*, 1962, pág. 167 y n. 5). Sobre la *himmah,* «energía espiritual» o «aspiración concentrativa», cf. *Futûhât*, cap. 229 y *E.T.*, 1961, pág. 89, nº 28. Jurjânî, en sus *Ta'rîfât*, la define como «la orientación y la resolución del corazón que concentra todas sus energías espirituales hacia lo Verdadero (al-Haqq) para alcanzar la perfección, ya sea para él mismo o para otros» (trad. J. L. Michon).
5. La *qiblah* es la dirección de La Meca. Condición necesaria para la plegaria ritual (*calah*), se recomienda, además, para cualquier obra de adoración, de invocación (*dhikr*) o de lectura del Corán (cf. *infra*, pág. 127), pues esta orientación espiritual representa simbólicamente la dirección de la intención (*miyyah*); cf. R. Guénon, *Le Roy du Monde*, cap. VIII y *Le Symbolisme de la Croix*, cap. VIII.
6. Hacia mediados del siglo XII, el poder musulmán se extendía un poco más allá de Andalucía, que sufría constantes incursiones de bandas cristianas procedentes del norte.

consideración con el *shaykh* y pusieron a su disposición un alojamiento cómodo y servidores. Poco después, consiguió que lo liberaran a cambio de la suma de quinientos dinares y se puso en camino hacia nuestro país.[7]

A su llegada, le propusieron que recolectara el rescate entre dos o tres personas. Y replicó: «No, me gustaría recibirlo de todas las personas posibles. Si pudiera, lo obtendría de cada uno en pequeñas sumas, pues Alá me ha hecho saber que, en cada alma que ha de ser pesada en la Balanza el Día del Juicio, hay algo que merece salvarse del Fuego. De esta forma, obtendría el bien de cada uno para la comunidad de Muhammad».

Cuentan que, estando todavía en Sevilla, alguien fue a informarle de que la gente de la fortaleza de Kutâmah[8] necesitaba lluvia. Aunque la fortaleza estaba separada de nosotros por el mar y por un viaje de ocho días a través del país, se puso en camino con uno de sus discípulos, llamado Muhammad. Antes de su salida, le sugirieron que rezara por ellos sin emprender el viaje, pero contestó que Alá había ordenado que se dirigiera a ellos en persona. Cuando llegaron, no los dejaron entrar. Sin embargo, incluso ignorado, hizo la oración de *istisqâ*,[9] y Alá les envió lluvia poco después. A su regreso, vino a vernos antes de entrar en la ciudad. Su discípulo, Muhammad, nos contó más tarde que,

7. En la versión más detallada de esta historia en la *Durrah*, sus compañeros de viaje y él cayeron en una emboscada apenas a tres kilómetros de su ciudad natal, al venir de Sevilla. También se dice que en ella permaneció preso seis meses.
8. Al-Qacr al-Kabîr. Cf. *Archives Marocaines*, II, 2, pág. 19.
9. Sobre este rito en el que se pide la lluvia, ver Bukhârî, *Cahîh abwâb al-Istisqâ* y la *Risâlah de al-Qayrawânâ*, Argel, 1968, pág. 102. Cf. también en Legey, *Essai de folklore marocain*, 1926, pág. 27.

cuando Alá envió la lluvia, ésta cayó alrededor de ellos, pero que ni una gota los había tocado. Al expresar al *shaykh* su sorpresa por el hecho de que la misericordia divina no hubiera descendido sobre él también, el *shaykh* gritó y dijo: «¡Así habría sido si yo lo hubiera pensado!».[10]

Un día en que estaba sentado junto al *shaykh*, se presentó un hombre con su hijo. Le saludó e indicó que hiciera lo mismo. Por aquella época, nuestro *shaykh* había perdido ya la vista. El hombre le dijo: «Oh, Sîdî, éste es mi hijo, que se ha aprendido el Corán de memoria».[11] Al oír esto, la actitud del *shaykh* cambió por completo, bajo la influencia de un estado espiritual (*hâl*). Entonces dijo al hombre: «Lo Eterno lleva consigo lo transitorio. ¡Que el Corán nos guíe (*yahmalu*) y nos proteja (*yahfizhy*), a nosotros y a tu hijo!». Esta anécdota es un ejemplo de sus estados de Presencia espiritual (*hudûr*).

Era inquebrantable en la religión de Alá e irreprochable en todas las cosas. Siempre que iba a verle, me recibía con estas palabras: «Bienvenido sea un hijo filial,[12] pues todos mis hijos han carecido de franqueza hacia mí y

10. Esta historia también se relata en la *Durrah*. En esta versión, al-'Uryanî recibe de Alá la orden de no entrar en la fortaleza y es el propio Ibn 'Arabi el que le pregunta al *shaykh* por qué la lluvia no le ha caído a él. Cf. Esad Ef. 1777, f. 93 b. La lluvia se asimila al descenso de las influencias celestes; no obstante, al no haber considerado más que el alivio de los habitantes de la fortaleza, afectados por la sequía, al-'Uryanî no se había mencionado seguramente en su oración y por ello no había podido aprovecharse de esa modalidad de la misericordia divina.

11. Al decirle al *shaykh* que su hijo es «de los que llevan el Corán (en su memoria)» *(Min hamalati-l-qur'ân*), que es *hafizh al-qur'ân*, el hombre emplea dos expresiones que sirven normalmente para designar a quienes se han aprendido el Corán de memoria. La frase contiene así los verbos *hamala*, llevar, y *hafizha*, guardar (en la memoria), preservar, proteger.

12. El parentesco es de índole espiritual aquí. La célebre Fâtimah de Córdoba dijo un día a la madre de Ibn 'Arabî que éste era, espiritualmente, su padre.

han renegado de mis favores, excepto tú que siempre los has recibido y que siempre te has mostrado agradecido por ellos. Alá no lo olvidará».

En una ocasión le pregunté sobre los inicios de su vida espiritual. Me informó de que el sustento de su familia para un año era de ocho medidas de higos[13] y que cuando estaba en recogimiento espiritual, su mujer vociferaba contra él y le injuriaba, diciéndole que se moviera y que hiciera algo para satisfacer las necesidades de su familia. Estas reprimendas le turbaban y entonces se ponía a rezar: «Oh, Señor, estos asuntos se interponen entre Tú y yo, pues mi esposa se obstina en importunarme. Si quieres que permanezca en Tu compañía, líbrame de sus reproches; si no, dímelo». Un día, Alá le llamó interiormente: «Oh, Ahmad, permanece en Mi compañía y ten por seguro que, antes de que el día termine, proporcionaré veinte medidas de higos, lo suficiente para dos años y medio». Continuó su relato diciéndome que, menos de una hora después, un hombre se presentó en su casa para ofrecerle una medida de higos. Alá le indicó que ésa era la primera de las veinte medidas. Así, a la puesta de sol, dejaron veinte sacos en su casa. Su familia estaba gozosa y su mujer, satisfecha, le dio las gracias. El *shaykh* se entregaba mucho a la meditación, y sus estados espirituales le proporcionaban mucha alegría y esperanza.[14]

En el momento de mi última visita, ¡que Alá sea misericordioso con él!, estaba con mis compañeros. Cuando

13. El autor explica aquí que cada saco de higos pesaba cien *rotl* y cada *rotl* equivale aproximadamente a una libra.
14. El estado espiritual (*hâl*) es la acción temporal de gracia espiritual concedida al sufí según su condición y su inspiración.

entramos en su casa, se encontraba sentado; uno de nosotros tenía la intención de hacerle una pregunta pero, nada más entrar, levantó la cabeza y dijo: «Examinemos un problema que ya te he expuesto, Abû Bakr (se refería a mí), pues siempre me ha sorprendido esa palabra de Abû al-'Abbâs b. al-'Arîf:[15] «...hasta que se extinga lo que no ha sido y permanezca lo que nunca ha dejado de ser».[16] Todos sabemos que lo que nunca existió se extingue (*fâna)* y que persiste (*bâqa*) lo que nunca ha dejado de existir, pero ¿qué entendía él por eso? Como ninguno de mis compañeros estaba en condiciones de responderle, se dirigió a mí. Aunque era capaz de tratar este asunto, me quedé en silencio, evitando hablar de ello. El shaykh lo sabía y no repitió la pregunta.[17]

Guardaba su ropa para dormir[18] y no se turbaba durante las sesiones de *samâ',*[19] pero cuando oía recitar el Corán, abandonaba todo recato y se ponía muy inquieto. Un día, estaba rezando la oración de la mañana en su compañía, en casa de mi amigo Abû 'Abdallâh Muhamad al-Khayyât,[20]

15. Este célebre sufí andaluz es el autor de *Mahâsin al-majâlis*, traducido y editado por Asin Palacios.
16. Esta frase se encuentra en la obra anteriormente citada; ver pág. 60 y n. 55, texto árabe, pág. 97.
17. Ibn Arabi volverá sobre ello en su *Livre de L'Extinction dans la Contemplation*, traducido por M. Vâlsan; cf. *E.T*., 1961, pág. 39.
18. El perfecto dominio que normalmente tenía de todos sus estados, tanto de sueño como de vigilia, le protegía de cualquier mancha indeseada, pero la efusión de gracia que comporta el «embargo» del Corán le sumergía sin que pudiera controlarla.
19. La audición, como principio general, es el despertar de estados espirituales por la fuerza interior de un sonido exterior. De forma más específica, el *samâ'* consiste en escuchar música o poesía para provocar dichos estados, como se practica en algunas hermandades sufíes. Cf. Hujwîrî, *Kashf al-Mahjûb*, págs. 393 y ss.
20. Cf. *infra*, pág. 61.

apodado el Almidonero (*al-'Accâd*), y de su hermano Abû al-'Abbâs Ahmad al-Harîrî;[21] *el imân*[22] recitó la surata «El Anuncio» (an-Nabâ).[23] Cuando llegó el versículo: «¿No hemos dispuesto la tierra como un lecho y las montañas como pilares?»,[24] me distraje del relato del imán y ya no escuché nada más. Interiormente vi a nuestro *shaykh* Abû Ja'far, que decía: «El mundo es el lecho y los creyentes son los pilares, los creyentes son el lecho y los cognoscentes los pilares, los cognoscentes son el lecho y los profetas los pilares, los profetas son el lecho y los enviados los pilares...»[25]. Enumeró otras verdades espirituales (*haqâ'iq*) y después mi atención se centró de nuevo en la salmodia del *imân*, que recitaba: «...y ha dicho la verdad. Es el día de la Verdad».[26] Después de la oración, le pregunté sobre lo que había visto y me di cuenta de que sus pensamientos respecto a ese versículo habían sido idénticos a los que había oído expresar en mi visión.

Un día, un hombre armado con un cuchillo se abalanzó sobre él con la intención de matarlo. El *shaykh* ofreció tranquilamente su cuello. Sus discípulos quisieron dominarlo, pero les dijo que le dejaran hacer lo que había venido a hacer. No había hecho más que levantar el cuchillo para degollarlo, cuando Alá hizo girar el arma en la mano

21. Cf. *infra*, pág. 67.
22. El que preside la oración hecha en común.
23. *El Corán*, LXXVIII.
24. Versículo 6.
25. Estas meditaciones sobre los versículos coránicos expresan una concepción jerárquica del universo. «Todo enviado (*rasûl*) es profeta (*nabî*) por su grado de inspiración: con todo, no es "enviado" más que el profeta que promulga una nueva ley sagrada» (nota de T. Burckhardt en su traducción de la *Sagesse des Prophetes* de Ibn Arabi, 1955, pág. 46).
26. *El Corán*, LXXVIII, 38-39.

del hombre, quien se asustó y la arrojó al suelo. Luego se derrumbó a los pies del *shaykh*, lleno de remordimientos.

Si no fuera por falta de espacio, habría relatado otras muchas cosas admirables sobre este *shaykh*, sobre sus sentencias alusivas y sobre las charlas que tuvimos respecto a temas espirituales.

Ad-Durrat al-fâkhirah[27]

Este *shaykh* se volvió hacia Alá asistiendo a las sesiones (*majlis*) del *shaykh* Abû ‘Abdallâh b. al-Hawwâc, al que conocí y con el que trabé una verdadera amistad; no hablaré de él porque no entra en la categoría de las personas consideradas en esta obra.

Al-’Uryanî era conocido por practicar el *dhikr,* tanto en estado de vigilia como de sueño; yo mismo observé cómo se movía su lengua en la invocación mientras estaba dormido. Sus estados espirituales eran intensos y las gentes del lugar estaban tan mal avenidas con él que uno de los notables de la comunidad llegó a hacerle desterrar.[28] Así fue como llegó a nuestra casa en Sevilla.

A raíz de su acción, Alá envió a las gentes del lugar un *jinn*,[29] llamado Khalaf, quien penetró en la casa del notable en cuestión y lo expulsó de ella a la fuerza. Ese *jinn* se quedó y llamó a las gentes del lugar. Después de llegar a la casa, oyeron cómo le preguntaba a uno de ellos si había

27. Esad Ef. 1777, f. 91 b.
28. Procedía de ‘Ulayâ’, ahora Lulé, cerca de Silves, en el Algarve.
29. Los *jinns* son seres de naturaleza sutil y pueden ser bien intencionados hacia los hombres u hostiles.

desaparecido algo de su casa y si sospechaba de quién lo había cogido. Al contestar el hombre afirmativamente a las dos preguntas, el *jinn* le dijo que sus sospechas no tenían fundamento y que el nombre del verdadero culpable era Fulano, que se había quedado prendado de su mujer y había cometido adulterio con ella. El *jinn* le ordenó que fuera a asegurarse en persona, y pudo comprobar que todo lo que le había dicho era cierto. Continuó de esta forma descubriéndoles, igual que a sus hijos, los males y vicios ocultos, hasta que quedaron reducidos a la desesperación. Cuando le suplicaron que les dejara en paz, les contestó que había sido ‘Abdallâh (al-’Uryanî) quien les había impuesto su presencia. Se quedó entre ellos durante seis meses. Después fueron a buscar al al-’Uryanî y le suplicaron que regresara a su ciudad, implorando su perdón por lo que le habían hecho. El shaykh reconsideró la decisión y se marchó con ellos para librarlos del *jinn*. El hecho se hizo célebre en toda Sevilla.

Un día que yo estaba con él, pidió algo para beber.

Uno de sus discípulos se levantó y le trajo, en una bandeja de cobre, una jarra con un tapón de cobre. Cuando bebió, exclamó: «No deseo beber lo que está contenido entre dos cosas maléficas.[30] Le llevó otra jarra. Alá hacía de cada cosa que le comunicaban sus sentidos un medio de enseñar alguna sabiduría.

30. La palabra para designar el «cobre», *nuhâs*, viene de la raíz *nahisa*, que significa ser siniestro o de mal agüero, traer desgracia. Los dos planetas maléficos en astrología, Marte y Saturno, se llaman *an-Nahisân*.

2

Abû Ya'qûb Yûsuf b. Yakhlaf al-Kûmî

Este *shaykh*[31] había sido discípulo de Abû Badman[32] y había conocido a muchos hombres espirituales (*rijâl*) del país. Había vivido en Egipto durante una temporada y se había casado en Alejandría; Abû Tâhir as-Salafî[33] lo había pretendido como yerno. Un día le ofrecieron ser gobernador de Fez, pero él se negó. Era de esos que permanecen firmes en el Camino. Abû Madyan, que era el portavoz y el

31. Cf. *Futûhât*, I, pág. 251; III, pág. 45.
32. Shu'ayb b. Husayn Abû Madyan (nacido cerca de Sevilla hacia 1126 y muerto en Tlemcen en 1198) fue uno de los maestros más famosos de su tiempo y ejerció de manera bastante evidente una gran influencia sobre Ibn 'Arabî. Su tumba es todavía objeto de numerosos peregrinajes. Cf. J. Barges, *Vie du célebre marabout Cidi Abou Medien*, 1884, y E. Dermenghem, *Vies des Saints musulmans*, París, 1983, págs. 249-263 y *Le Culte des Saints dans L'Islam maghrébin*, 1954, págs. 71-86.
33. Nacido en Ispahan en 1082, muerto en Alejandría en 1180.

vivificador de nuestro Camino en el Magreb, decía de Abû Ya'qûb que era como el ancla segura de un navío.

Era muy dado a las devociones en privado y siempre practicaba la limosna en secreto. Exaltaba al pobre y rebajaba al rico, atendiendo personalmente las necesidades de los indigentes. Mientras estuve bajo su dirección espiritual, me instruyó y veló por mí de una forma excelente.

Mi compañero, 'Abdallâh Badr al-Habashî,[34] le conocía bien y el *shaykh* murió en su casa. Acostumbraba a decir de él que, si quería, podía llevar al discípulo en un abrir y cerrar de ojos de los abismos más profundos a la cima espiritual más elevada. Su energía espiritual (*himmah*) era muy grande. Seguía, en gran medida, la senda de los *Malâmatiyyah*.[35] Con frecuencia se le encontraba con el ceño fruncido, pero cuando veía a un pobre, su cara se iluminaba de alegría. Le vi, incluso, sostener a uno de ellos sobre sus rodillas. Se comportaba con frecuencia como un siervo con sus discípulos.

Una vez le vi soñando; su pecho parecía hendido en dos, con una luz que recordaba la del sol naciente. Me dijo: «¡Muhammad, trae!», y le llevé dos grandes tazones blancos que él comenzó a llenar de leche hasta el borde. Bebía a medida que él me llenaba mi tazón.[36] Verdaderamente son

34. Cf. *infra*, pág. 196.
35. Este enfoque especial de la Vía, propio y reservado para hombres que ya han alcanzado un alto grado espiritual, se caracteriza por su insistencia en no tener en cuenta la calumnia (*malâmah)* y la desaprobación de los hombres, buscando la aprobación de Alá según el versículo: «No temerás el reproche del que calumnia...» (*El Corán*, V, 54). Cf. Hujwîrî, *Kashf al-Mahjûb*, pág. 62-9, 183-4.
36. «La leche es siempre la forma aparente del conocimiento, sea cual sea el estado existencial en el que aparece: a decir verdad, el conocimiento se manifiesta en forma de leche» (Ibn Arabi, *La Sagesse des Prophetes*, págs. 147-148). Cf. Bukhârî, K. al-'Ilm, b. 22.

grandes las gracias espirituales que recibí de él y de Abû Muhammad al-Mawrûrî, de quien hablaré después.[37]

En el momento de nuestro primer encuentro, la pregunta que me hizo, con toda su concentración puesta en mí, fue: «¿Cuál es la falta del que pasa ante alguien que reza y cuya gravedad es tal que hubiera preferido quedarse en su lugar durante cuarenta años?» Yo le dí la respuesta correcta y estuvo satisfecho de mi.[38]

Cuando me sentaba delante de él o delante de otros *shaykhs*, temblaba como una hoja al viento, mi voz se alteraba y mis miembros se ponían a temblar. Cuando se daba cuenta, me trataba con benevolencia y procuraba ponerme cómodo, lo cual no hacía sino aumentar el temor y la veneración que me inspiraba.

Este *shaykh* me tenía mucho cariño, pero lo ocultaba concediendo más favores a los demás y adoptando una actitud más distante respecto a mí; aprobaba lo que decían los demás, pero me reprendía en las reuniones y en las sesiones. Fue tan lejos que mis compañeros, que estaban, igual que yo, bajo su dirección espiritual y a su servicio, comenzaron a tener una opinión pobre de mi vocación espiritual. Sin embargo, alabado sea Dios, de todo el grupo de

37. Cf. *infra*, pág. 79

38. Este asunto se refiere, en primer lugar, al hadith siguiente: «Si el que pasa delante de alguien que está rezando supiera lo que está haciendo, preferiría quedarse en su lugar durante cuarenta... antes de pasar por delante del que reza»; uno de los transmisores de este hadith añade: «*No sé si ha dicho cuarenta días, cuarenta meses o cuarenta años*». La gravedad de esta falta se indica en otro hadith: «Cuando uno de vosotros está rezando, situado delante de algo que le separa de la gente y alguien quiere pasar por delante de él, debe rechazarlo y, si el que pasa insiste, que emplee la fuerza, pues es Satanás quien quiere interrumpirle la oración» (Bukhârî, *K. ac-Calâh*, b. 101 y 100). La respuesta de Ibn Arabi no consistía evidentemente en citar estos hadiths, sino en explicarlos.

discípulos, yo fui el único que obtuvo verdaderos resultados, cosa que el propio *shaykh* confirmó después.

Otra experiencia que tuve con este *shaykh* es digna de mención. En primer lugar, debo decir que, en aquella época, no había leído todavía la *Risâlah* de al-Qushayrî, ni a ningún otro maestro, ni estaba enterado en absoluto de que alguien de nuestro Camino hubiera escrito nada, como tampoco estaba familiarizado con su terminología.

Aquel día, el *shaykh* montó sobre su caballo y me ordenó, junto con uno de mis compañeros, que le siguiera a Almontaber, una montaña en los alrededores de Sevilla. Así, tras abrirse la puerta de la ciudad, me puse en marcha con mi compañero, que llevaba consigo un ejemplar de la *Risâlah* de al-Qushayrî.[39] Escalamos la montaña y, en la cima, encontramos al shaykh acompañado por su sirviente, quien sujetaba el caballo. A continuación entramos en la mezquita para orar. [40] Cuando terminamos, se respaldó contra el *mihrâb*,[41] me tendió el libro y me dijo: «Lee». El temor reverencial que me inspiraba era tan intenso que no pude encadenar dos palabras y el libro se me cayó de las manos. Entonces le indicó a mi compañero que leyera; éste cogió el libro y empezó la lectura de un pasaje. El *shaykh* explicó lo que se había leído, hasta el momento de la oración de la sobremesa. Después de la oración, sugirió que

39. Al-Qushayrî (986-1074) escribió una de las obras más importantes sobre el sufismo. Su Risâlah fue publicada en El Cairo, en cuatro volúmenes, en 1290 H.
40. Las oraciones rituales diarias son cinco y se realizan en momentos concretos del día, en virtud de condiciones estrictas. Cada oración contiene cierto número de rakatas o ciclos de movimientos, en los que se recitan pasajes del Corán; cf. *infra*, notas 87 y 88.
41. El *mihrâb* es el nicho en la pared de la mezquita que indica la dirección de La Meca (*qiblah*).

regresáramos a la ciudad. Montó sobre su caballo y me puso en marcha a su lado, agarrándome del estribo. Por el camino me habló de las virtudes y de los milagros de Abû Madyan. En cuanto a mí, que no le quitaba ojo de encima, estaba tan absorto por lo que decía que me olvidé por completo de lo que me rodeaba. De pronto, me miró y sonrió; luego, espoleando su caballo, aligeró la marcha y yo apreté el paso para mantenerme a su ritmo. Finalmente, se paró y me dijo: «¡Mira lo que has dejado atrás!». Al volverme, vi que todo el camino recorrido no eran más que zarzas que me llegaban a la cintura, y que todo el terreno circundante estaba igual. Entonces me pidió que me mirara los pies y la ropa. Bajé los ojos, pero no descubrí el menor arañazo. «Eso se debe a la gracia espiritual (*barakah*) ligada a nuestra conversación sobre Abû Madyan –dijo–. Persevera sobre el Camino, hijo mío, y seguro que triunfarás.» Espoleó el caballo y me dejó atrás. Aprendí mucho en su compañía.

Un rasgo especial de este *shaykh* era aconsejar a sus jóvenes discípulos la práctica de ejercicios espirituales que él efectuaba con ellos, aunque fueran dos o tres. Eso no parecía cansarle nunca.

Un día en que estaba sentado cerca de él, después de la oración de la sobremesa, se dio cuenta de que estaba impaciente por marcharme. Cuando preguntó la razón de mi inquietud, le expliqué que tenía cuatro obligaciones que cumplir con ciertas personas, que disponía de un tiempo limitado para hacerlo y que, si me quedaba con él, no podría ya encontrar a las personas en cuestión. Él sonrió por mi inquietud y me dijo: «Si me abandonas ahora, no

podrás cumplir con ninguna de tus obligaciones, así que siéntate conmigo y te hablaré de los estados espirituales de Abû Madyan. Por lo que respecta a tus deberes, puedo asegurarte que se cumplirán». Me senté con él y, cuando llegó la hora de la oración de la puesta de sol (*al-maghrib*), me dijo: «Vuelve ahora a tu casa y verás que antes de haber terminado tu oración, todas tus obligaciones habrán sido realizadas». Salí cuando el sol acababa de ocultarse y regresé a casa. El muecín llamó para la oración y, ¡por Alá!, no había empezado siquiera mi oración cuando mis obligaciones ya estaban realizadas. Eso era resultado de mi sinceridad en el amor que le profesaba.

Empeñaba tanto fervor en buscar su compañía que, con frecuencia, por la noche, acontecía que deseaba su presencia en mi casa para plantearle un problema. En tales momentos, le veía delante de mí; le hacía preguntas y me respondía. Por la mañana iba a informarle de lo que había ocurrido. Lo mismo podía suceder durante el día, si yo lo deseaba.

Las virtudes de este *shaykh*, su carisma y sus ilusiones espirituales eran tales que es imposible enumerarlas aquí.[42]

Me instruyó sobre la Entrega (*al-qical*)[43] y sobre el sentido de estas palabras del Profeta: «Yo soy el Jefe de los

42. He omitido aquí algunos versos en los que el autor exalta las virtudes de su shaykh.

43. En su *Fahrasah*, Ibn 'Arabî escribe: «*La entrega* (*al-wicâl*) no es otra cosa que la estabilidad (*tamkîn*) y el arraigo (*rusûkh*) al objeto contemplado (...), la estación de llegada (*maqâm al-wicâl*) es la extinción de la Esencia (*al-fanâ fî' dh-dhât*), la estación de la realización perfecta (*ihsân*), la estación de la visión contemplativa en la que la existencia se extingue y en la que sólo subsiste el Existenciador» (J. L. Micho, *L'Autobiographie du Soufi marocain Ahmad Ibn Alîba*, 1969, págs. 63 y 163).

hijos de Adán»; «Adán y los que han venido después de él están bajo mi bandera»; «La conducta sabia (*attadbîr*) es la mitad de los medios de existencia»; «Cuando Alá ama a Su siervo, Él le pone a prueba»; «El corazón del Corán es la surata Yâ Sîn»[44]. Nadie en nuestro país sabía mas que él sobre este tema y sobre otros que no he podido abordar todavía. ¡Que Alá esté satisfecho con él!

44. *El Corán*, XXXVI. Estos hadiths se encuentran en los libros siguientes: 1.- Abû Dâ'ûd, *Sunna*, 13; 2.- Tirmidhî, *Manâqib*, 1; 3.- Suyûtî, *Al-Jâmî' ac-caghîr*, ed. 1373 H. t. I, pág. 134; 4.- Tirmidhî, *Zuhd*, 58; 5.- Ibn Hanbal, t. V, pág. 26.

3 Câlih al-'Adawî

Este hombre era un cognoscente por Alá (*'ârif billâh*); dedicaba a Él todo lo que hacía, y recitaba el Corán en todos los momentos del día y de la noche. Nunca tuvo casa propia y no se preocupaba en absoluto de su salud; era de esos que pretenden alcanzar la estación de los setenta mil que entrarán en el Paraíso sin sufrir la Rendición de Cuentas (*al-hisâb*).[45]

No hablaba con nadie y no asistía a ninguna reunión. A veces venían a decirle que el sol se ocultaba en el cielo, mientras él estaba todavía en la primera rakata de la oración de la mañana.[46] Cuando se preparaba para la oración los

45. Budhâri, *K. ar-Riqâq,* b. 50.
46. Se trata de la *-alât ad-duhâ*, oración superrogatoria que se hace a media mañana.

días de frío intenso, se quitaba la ropa, conservando solamente una camisa y los pantalones; a pesar de ello, sudaba como si se encontrara en las termas. Al rezar, lanzaba gemidos y mascullaba de tal forma que nadie podía comprender lo que decía.

Nunca dejaba nada para el día siguiente y no aceptaba nada que excediera lo justo y necesario, tanto si era para él como para los demás. Pasaba la noche en la mezquita de Abû ʻAmir ar-Rutundalî, el recitador del Corán.[47] Fui discípulo suyo durante varios años; en ellos me dirigió tan pocas veces la palabra que casi podría contar sus palabras. Un año, desapareció de Sevilla con motivo de la Fiesta del Sacrificio.[48] Cierto jurista, hombre digno de fe, me indicó después que el *shaykh* había estado presente en la concentración de ʻArafât[49] y que lo había sabido por alguien que lo había visto allí.[50]

Mantenía una relación especial con nosotros y con frecuencia nos dirigía sus meditaciones, de lo cual obtuvimos un gran beneficio espiritual. Por lo que a mí respecta, me anunció muchas cosas que, más tarde, resultaron totalmente justas.

Fue Abû ʻAlî ash-Shakkâz[51] quien le cuidó durante su enfermedad. Posteriormente vivió cuarenta años en Sevilla,

47. Cf. Ibn Abbâr, Takmilah, ed. Codera, pág. 527.
48. Esta fiesta musulmana, que conmemora el sacrificio de Abraham, se celebra el décimo día del mes de Dhû-l-Hijjah, mes de la peregrinación. Se llama *ʻAyd al-Adhâ,* la Fiesta del Sacrificio, o *ʻAyd al-Kabîr*, la Gran Fiesta.
49. Uno de los ritos de la peregrinación.
50. Evidentemente, Câlih al-'Adawî no se había dirigido a La Meca de la misma forma que los demás peregrinos... Ibn ʻAjîbah relata una anécdota semejante: «Sîdî al-Husayn al-Hajjûji formaba parte de las "gentes de paso" (*ahl al-khutwah).* Todos los años estaba presente con los peregrinos del Monte ʻArafât, adonde se dirigía de una forma extraordinaria, reduciendo las distancias» (J. L. Michon, *L'Autobiographie*... op. cit. pág. 34).
51. Cf. *infra*, pág. 71.

donde murió. Nosotros mismos lavamos su cuerpo durante la noche y lo llevamos a hombros hasta su tumba, donde le dejamos para que la gente rogara por él y lo enterrara. Nunca jamás encontré a alguien parecido.

Su condición (*hâlah*) era semejante a la de Uways al-Qaranî.[52]

Ad-Durrat al-fâkhirah[53]

Pasó cuarenta años en lugares desiertos y otros cuarenta en Sevilla.

Fui a verle un día mientras hacía la ablución (*wudû*).[54] Al efectuar este rito, la vergüenza y el temor le hacían cambiar de color. Cuando le preguntaban la razón, respondía: «¿Cómo podría ser de otro modo para quien se prepara para conversar con Alá, cargado de pecados?». Realizaba sus abluciones meticulosamente, lavando tres veces cada parte del cuerpo al pronunciar el nombre de Alá.

---

52. Uways al-Qaranî vivió en la época del Profeta, pero nunca le vio. A pesar de ello, el Profeta le conocía y le dio su descripción a 'Umar y a 'Alî, y les suplicó que fueran a transmitirle sus saludos (y a pedirle que intercediera por su comunidad; también ordenó que le devolvieran su abrigo). Después de la muerte del Profeta, se pusieron a buscarlo y le pidieron su bendición; él les aconsejó que estuvieran preparados para el Día de la Resurrección. Murió combatiendo por 'Alî en la batalla de Ciffin, en el 37 H. (lo cual hace decir a Corbin, fiel a su manía «asimiladora», que fue un mártir del shiismo). Sobre este santo totalmente excepcional, podemos remitirnos al *Mémorial des Saints* de 'Attâr (1976, págs. 27-37) y será fácil comprobar una gran similitud de carácter espiritual entre estos dos *awliyâ'*. La observación final de Ibn 'Arabî debe indicar también la pertenencia de Câlih al-'Adawî al tipo espiritual de los Ywaysîs; ver al respecto Jâmi, *La Vie des Soufis*, 1977, págs. 77-79 y, con reservas, H. Corbin, *L'Imagination créatice dans le Soufisme de Ibn Arabi,* 1958, pág. 27.
53. Esad Ef. 1777, f. 80 b.
54. La pureza espiritual es indispensable para efectuar el rito de la oración.

Cuando terminó, levantó la cabeza y me vió delante. Estaba sentado en un banco y se preparaba para secarse; me hizo señas para que me acercara. En aquella época, empezaba a seguir el Camino y había recibido algunas exhortaciones de naturaleza espiritual que no había confiado a nadie. «Oh, hijo mío –me dijo– cuando hayas probado la miel, deja el vinagre. Alá te ha abierto el Camino, es preciso que permanezcas en él con firmeza. ¿Cuántas hermanas tienes?» Le informé de que tenía dos hermanas. «¿Están casadas ya?» Le respondí que todavía no lo estaban, pero que la mayor estaba prometida al emir Abû al-'Alâ'b. Ghazûn. «Hijo mío, debes saber que ese matrimonio no se celebrará, pues tu padre y el hombre de quien hablas van a morir y te vas a quedar solo para hacerte cargo de tu madre y de tus hermanas. Tu familia querrá persuadirte de que regreses al mundo para que cuides de ellas. No hagas lo que van a pedirte y no tengas en cuenta sus palabras, pero recítales este versículo: ''Ordena a tu familia que rece y tú mismo persevera en la oración. No te pedimos que satisfagas nuestros medios de subsistencia. Nosotros proveeremos y el final dichoso es para aquellos que temen a Alá''.[55] No hagas nada más, pues Alá te ha preparado una senda de entrega. Si les haces caso, serás abandonado en este mundo y en el Otro, dejado a tu suerte.»

Antes de terminar el año, el emir murió sin haber podido efectuar su matrimonio con mi hermana. Mi padre falleció seis años después. El *shaykh* también murió. Llegó el momento en que mi familia vino a buscarme y me reprochó

55. *El Corán*, XX, 132.

que no satisficiera las necesidades de mis hermanas. Después vino a verme mi primo y, con mucha deferencia, me suplicó que regresara al mundo por el bien de mi familia. Por toda respuesta, le recité estos versículos que había compuesto bajo la inspiración del momento:

Ellos me invitaron a alejarme de la Senda de Alá.
Yo respondí: ¿cómo podría abandonar la Senda
cuando el Amigo ha dicho:
excepto el sol naciente de la Realidad,
¿qué hay sino la sombría noche del error?
Así que no puedo hacer lo que me pedís.

El Emir de los Creyentes[56] deseaba, no obstante, que entrara a su servicio. A este fin, envió al antiguo jefe de justicia Ya'qûb Abû al-Qâsim b. Taqî. Le había dicho al juez que se encontrara conmigo a solas y que no intentara obligarme si rechazaba su proposición. Cuando vino a hacerme esta oferta, la rechacé; las palabras del *shaykh* resonaban todavía en mis oídos. A continuación conocí al Príncipe y se interesó por mis dos hermanas, que necesitaban protección. Cuando le puse al corriente de su situación, me propuso buscarles maridos apropiados, y le respondí que yo mismo me encargaría. «No seas tan expeditivo –me dijo–, tengo obligaciones para con ellas». Llamó a su guardia y le ordenó, con insistencia, que le informara de mi respuesta tanto de día como de noche. Poco después de dejar al Príncipe, me envió un mensajero para renovar su ofrecimiento

56. Este debe de ser Abû Ya'qûb, Yûsuf, el Almohade, que reinó de 1163 a 1184.

relativo a mis dos hermanas. Le di las gracias al mensajero y partí casi de inmediato para Fez con mi familia y con un primo paterno. Unos días después, el califa pidió noticias mías a Abû al-Qasîm b. Nadir. Le informó que había salido para Fez con mi familia. Al enterarse de ello, el califa exclamó: «¡Gloria a Alá!». Una vez establecido allí, casé a mis dos hermanas y de ese modo me libré de su carga. Después de eso sentí de nuevo la influencia del *shaykh* y me encaminé hacia La Meca. Es uno de los ejemplos de sus gracias espirituales.

A su muerte, lavamos su cuerpo durante la noche, en secreto, y lo llevamos a hombros hasta su tumba, donde lo dejamos. Por la mañana, la noticia de su fallecimiento se había difundido por toda la ciudad. Poco después, no quedó nadie con el Príncipe de los Creyentes, salvo su guardia. Cuando preguntó lo que ocurría, se le anunció la muerte del *shaykh* y lo que nosotros habíamos hecho; entonces comprendió el comportamiento de sus hombres. El Príncipe salió para asistir a los funerales, pero la gente no le prestó ninguna atención dado que los miraba con desprecio.

Fui compañero de ese *shaykh* durante cerca de trece años.

4 Abû ʻAbdallâh Muhammad ash-Sharafî[57]

Este *shaykh* hacía siempre sus cinco oraciones en la gran mezquita de ʻUdays, en Sevilla. Se ganaba la vida vendiendo opio,[58] que recogía en la buena estación y que vendía a personas íntegras, cuyo dinero sabía que había sido ganado honradamente.

Se quedaba tanto tiempo de pie orando que sus pies se hinchaban y, cuando rezaba, las lágrimas le corrían por la barba como perlas. Vivió en la misma casa durante cuarenta años, sin encender nunca ni fuego ni luz, entregándose con fervor a las obras de adoración.

Un día me sorprendió retrasándome por mirar al loco del barrio, que se hallaba en medio de la muchedumbre. No

57. *Futûhât*, I, pág. 206.
58. Utilizado naturalmente para fines médicos.

le había visto, pero me cogió por la oreja, me llevó aparte y me preguntó: «¿Eres tú el que obra así?». Ante estas palabras, me sentí totalmente avergonzado y me dirigí con él a la mezquita.

Solía anunciarme los acontecimientos antes de que se hubieran producido y todo ocurría siempre como había pronosticado.

En la mezquita, nunca ocupaba un lugar determinado ni hacía su oración dos veces en el mismo sitio. Como nadie se atrevía a pedirle abiertamente que rogara por él, el que quería beneficiarse de sus súplicas[59] le acechaba cuando entraba en la mezquita para saber dónde iba a hacer su oración; entonces iba a rezar a su lado. Cuando el *shaykh* se sentaba después de la oración, la persona que deseaba su ayuda efectuaba su súplica (*du'â'*) en voz alta y el *shaykh* añadía su «Amîn»; ésa era su manera de suplicar. Un día, le pedí que rogara por mí y lo hizo, empezando incluso la petición en mi lugar, ¡alabado sea Dios! Siempre me dirigía la palabra el primero, pues sentía ante él un temor reverencial. He sacado un gran provecho de su compañía.

Por lo que respecta a sus gracias espirituales, observé que ante la proximidad de su muerte, abandonó su morada diciendo que quería hacer un viaje. Se marchó hacia su pueblo natal de Aljarafe, a dos parasangas[60] de Sevilla. Cuando llegó, se murió. ¡Que Alá sea misericordioso con él!

59. Las súplicas (*du'â'*) son invocaciones dichas fuera de las oraciones canónicas y que a menudo van inmediatamente después. Aunque se consideran una forma de oración personal y pueden decirse en una lengua distinta al árabe, generalmente se componen de fórmulas árabes transmitidas por el Profeta, sus Compañeros o algún gran santo, pues así es como transportan su influencia espiritual.

60. La parasanga (*far sakh*), medida de distancia de los antiguos persas, corresponde a un trayecto recorrido en una hora por un caballo al paso; se ha evaluado en unos 5250 metros.

Un día vio a un niño pequeño con un cesto de semillas de hinojo sobre la cabeza; el chico parecía profundamente afligido. El *shaykh* le miró con asombro y se apiadó de él. Éste le pidió entonces una oración mientras la gente se amontonaba a su alrededor. «¿Qué te ocurre, hijo mío?», le preguntó el *shaykh*. «Mi padre ha muerto, dejando a mi madre y a mis hermanos sin recursos. Hoy nos hemos levantado sin tener nada para comer y, como mi madre conservaba estas semillas de hinojo, me dijo: "Cógelas, hijo mío, y vete a venderlas; si es suficiente, tráenos con qué comer todo el día.» El *shaykh* lloró e, introduciendo la mano en el cesto, sacó algunas semillas. A continuación dijo: «Es una buena mercancía, pequeño. Ve a decirle a tu madre que tu tío de Aljarafe ha cogido algo, y que está en deuda con vosotros». Entonces un comerciante cogió el cesto y afirmó: «Ahora que el *shaykh* las ha cogido, estas semillas tienen su bendición». El comerciante fue a buscar a la madre del chico y le dio setenta dinares *mu'min*[61] por la cesta. El *shaykh* había obrado de esta forma por misericordia para con ellos. ¡Que Alá esté satisfecho con él!

Ad-Durrat al-fâkhirah[62]

Siempre estaba ausente del país en la época de la peregrinación (*hajj*). Un grupo de peregrinos de Sevilla le vio.[63]

61. Son los dinares acuñados por 'Abd al-Mu'min (muerto en 1163), sucesor del Mahdî Ibn Tûmart y fundador de la dinastía mu'minide. Los almohades gobernaron en España hasta 1212.
62. Esad Ef. 1777, f. 83 a.
63. Cf. *supra*, n. 50.

Un día, estaba con él para la oración de mediodía en la mezquita de ‘Udays, cuando observó una gran concentración de personas. Me preguntó lo que venían a hacer y le dije que el juez los había reunido para ratificar el nombramiento de un nuevo *muhtasib;*[64] ellos se habían pronunciado por al-Irnâq. Al oír eso, sonrió y dijo: «Cuando haya terminado la oración del mediodía, verán que les han impuesto a un hombre que ellos no habían elegido». Le pregunté quién podría ser, pero me contestó que lo sabría después de la oración. Entonces recé con él y, cuando terminamos, el juez anunció que había decidido nombrar a at-Talabî para el cargo. Luego se marchó. El *shaykh* me dijo: «Ves, se ha comportado con ellos como un hombre inteligente con su mujer: le pide su opinión, pero no actúa de acuerdo con sus pretensiones».

64. Funcionario encargado en principio de la vigilancia de los mercados, especialmente para el control de los pesos y de las medidas, el *muhtasib* se convirtió rápidamente en el portavoz del juez (*qâdî*).

5 Abû Yahyâ ac-cinhâjî

Era un ciego anciano[65] que había sido *imân* en la mezquita de Zubaydi hasta su muerte. Lo enterramos en Almonteber y pasamos la noche sobre su tumba.

Le frecuenté y le vi siempre aplicado a las obras de adoración; era un hombre que tenía sólidos conocimientos en las disciplinas y ciencias espirituales. Nunca le vi sentarse en otra parte que no fuera un pequeño taburete.

Murió entre nosotros en Sevilla, ¡que Alá tenga misericordia de él!, y, así, tuvimos la prueba de su carisma. El viento no dejaba nunca de soplar en la montaña en la que lo enterramos; aquel día, Alá lo aplacó. La gente consideró eso como un buen presagio y fueron a pasar la noche sobre

65. *Futûhât*, I, pág. 206.

su tumba para recitar el Corán. Cuando abandonaron la montaña, el viento volvió a soplar como antes.

Yo era, como se sabe, uno de sus compañeros.[66] Era de los que llevan una vida errante (*min ahl as-siyâhât*)[67] viajaba sobre todo a lo largo de las costas, buscando aislarse de los hombres.[68]

66. F*utûhât*, ibíd.
67. «El errante (as-sâ'îh) –dice Ibn Arabi– es el que circula por la tierra para extraer de ella temas de meditación y, con ello, aproximarse a Alá, siguiendo un gusto por el aislamiento que nace de su propia inclinación hacia la sociedad». Cf. *Futûhât,* caps. 174 y 175, traducidos por E. Dermenghem en *Les plus beaux testes arabes,* 1951, págs. 279-284.
68. La *khalwah*, o el hecho de aislarse de los hombres y del mundo, es una característica importante de toda la espiritualidad tradicional. Algunos sufíes la han practicado durante la mayor parte de su vida y otros no han recurrido a ella más que en algunas épocas para restaurar esa integridad que el contacto con el mundo debilita inevitablemente. Ibn 'Arabî escribió un tratado sobre el tema en el que da instrucciones para el retiro intensivo: *Kitâb al-khalwah*, Aya Sofya, 1644. Sobre el mismo tema, ver *Futûhât*, caps. 78 y 79, traducido por M. Valsan, *E.T.*, 1969, págs. 77-78.

6

Abû al-Hajjâj Y'ûsuf ash-Shubarbulî[69]

Era originario de Shubarbul, pueblo del Aljarafe, aproximadamente a dos paransangas de Sevilla. Pasó gran parte de su vida en lugares desiertos. Era compañero de Abû 'Abdallâh b. al-Mujâhid[70] y se ganaba la vida trabajando con sus propias manos. Entró en el Camino antes de haber alcanzado la pubertad y lo siguió hasta su muerte. Ibn al-Mujâhid, el maestro de nuestro Camino en este país, sentía por él mucho respeto y, cuando venía a verle, acostumbraba a decir: «Pedid a Abû al-Hajjâj ash-Shubarbulî que ruegue por vosotros». Es el propio Abû al-Hajjâj el que me lo ha referido.

69. *Futûhât*, I, pág. 206. Ibn Abbâr, *Takmilah*, n. 2083.
70. Cf. *infra*, pág. 169.

Me contó también que visitaba a Ibn al-Mujâhid todos los viernes, y que una vez lo encontró delante de una pared de su casa que se había caído y que estaba arreglando para poner a su familia a cubierto. «Después de haberme saludado, Ibn al-Mujâhid me dijo: "Abû al-Hajjâj, hoy es jueves, has venido en un día desacostumbrado". Yo le contesté que estábamos a viernes. Y al oírlo, Ibn al-Mujâhid golpeó con sus manos y exclamó: "¡Pobre de mí! Y todo eso porque tenía ese trabajo que hacer. ¿Qué habría ocurrido si hubiera tenido más?". Se lamentó y lloró, sintiendo el tiempo que había perdido».[71] Al contármelo, el propio Abû al-Hajjâj también lloraba; luego añadió: «Así es como se afligen los nuestros, siempre que han perdido la felicidad de la presencia de Alá».

Aunque Abû al-Hajjâj era, sin duda, el más eminente de nosotros, continuó alimentándose del trabajo de sus manos hasta que se volvió demasiado débil y tuvo que contar con los donativos piadosos. Cuando se volvió viejo y demasiado débil para desplazarse, lloraba y me decía: «Hijo mío, Alá me ha concedido el favor de recibir muchas visitas a casa, pero de esta forma Él me expone a la tentación, pues ¿quién soy yo para creerme digno de todo eso? Ojalá tuviera buena salud, preferiría con mucho visitar a la gente en sus casas mejor que recibirlos».

71. La contribución de Ibn al-Mujâhid se explica sobre todo por el hecho de que se trata de un viernes, pues, además de su importancia para todo musulmán debido a algunos ritos como la oración del viernes (*calâr al-jum'ah*) realizada en común en la mezquita, este día comporta cierto número de gracias y de virtudes que deben ser percibidas normalmente por la atenta sensibilidad de un hombre del *Tacawwuf*.

Era realmente una misericordia para el mundo. Cuando las gentes del sultán venían a verlo, me decía: «Hijo mío, estos hombres son los ayudantes de Dios (*al-Haqq*) ocupados en los asuntos del mundo; Alá pide que se ruegue mucho por ellos para que Él conceda la verdad (*al-haqq*) a sus actos y los ayude». El sultán tenía muchas deferencias con él.

Fuera cual fuera la cantidad de personas que vinieran a visitarlo, les ofrecía toda la comida que poseía, sin apartar nada para él. Un día, delante de unos señores, me dijo: «Hijo mío, tráeme la cesta». Se la llevé, pero no encontré nada en ella más que un puñado de garbanzos; los puse delante de ellos y se los comieron.

Fui testigo de numerosas pruebas de su gracia espiritual; era de esos que pueden caminar sobre las aguas.

Tenía un pozo en su jardín, de donde sacaba el agua para las abluciones. Habíamos observado que, al lado del pozo, había un gran olivo cubierto de hojas y de frutos, con el tronco fuerte. Uno de nosotros le preguntó por qué había plantado un olivo en aquel lugar, pues dificultaba el acceso al pozo. Levantó la cabeza hacia nosotros, pues la edad había curvado su espalda, y dijo: «Me he criado en esta casa y, ¡por Alá!, os aseguro que nunca había notado ese olivo hasta hoy». Tal era la intensidad de la ocupación de su corazón...

Siempre que uno de nosotros entraba en su casa, le encontraba leyendo el Corán. No leyó otro libro hasta su muerte.

Este *shaykh* tenía una gata negra que dormía sobre sus rodillas y que nadie podía coger o acariciar. Una vez me

contó que la gata podía reconocer a los Amigos de Alá (*awliyâ 'Allâh*, los Santos) y me explicó que esa actitud huidiza no era natural en ella, pues Alá la volvía muy afectuosa con los Amigos de Alá. Yo mismo la vi frotar su cara contra las piernas de algunos visitantes y huir de otros. El día en que nuestro *shaykh* Abû Ja'far al-'Uryanî[72] fue a verle por primera vez, el animal estaba en la otra habitación. Antes de que se sentara, entró y le miró; entonces dio un salto, echó las patas alrededor de su cuello y frotó la cabeza contra su barba. Abû al-Hajjûj se levantó para recibirlo y le hizo sentarse, pero no dijo nada. Después me confesó que nunca había visto la gata comportarse de aquella manera y que había continuado así mientras duró la visita.

Un día en que yo estaba con el *shaykh* en una sesión, un hombre vino a verle; padecía un dolor de ojos tan fuerte que chillaba como una mujer de parto. Había gritado tanto al entrar que había molestado a las personas presentes; el propio *shaykh* palideció y se puso a temblar. Levantando entonces su mano bendita, la puso sobre los ojos y el dolor cesó. El hombre quedó tendido en el suelo, como muerto. Finalmente, se levantó y abandonó la casa con los demás, completamente curado.

Este *shaykh* siempre estaba acompañado por un jinn virtuoso y creyente.[73] Un día, le visité con nuestro shaykh Abû Muhammad al-Mawrûrî[74] y le dije: «Oh, Sîdî!, éste es

72. Cf. *supra*, pág. 13.
73. Los *jinns* son seres de naturaleza sutil («hechos de fuego»); algunos son impíos mientras que otros pueden ser judíos, cristianos o musulmanes. Cf. *El Corán*, LI, 56 y LXXII, 1-15.
74. Cf. *infra*, pág. 79.

uno de los compañeros de Abû Madyan». Entonces sonrió y exclamó: «¡Qué maravilla! También, ayer, Abû Madyan estuvo en mi casa. ¡Qué excelente *shaykh*!». Hay que decir que en aquella época, Abû Madyan vivía en Bougie, aproximadamente a cuarenta y cinco días de camino. Por tanto, la visita de Abû Madyan a Abû al-Hajjâj se había producido de forma sutil; a mí me solía ocurrir lo mismo con Abû Ya'qûb.[75] Abû Madyan, por otra parte, hacía mucho que había dejado de viajar.

Hay muchas cosas que recuerdo y que no puedo relatar aquí, algo que también ocurre con los demás.

Solamente he escrito sobre ellos para demostrar que mi época no estaba desprovista de hombres de espiritualidad (*rijâl)*.

Ad-Durrat al-fâkhirah[76]

Un día oí una voz que recitaba el Corán al estilo del *shaykh*. Le informé de ello y le dije que se trataba de un *jinn* creyente que me había pedido que le dejara compartir mi compañía; había insistido en ello y me había comprometido con un juramento. Mantuve el compromiso y le permití que se sentara conmigo para estudiar el Corán.

Abû al-Hajjâj, como su propio *shaykh*, siempre era complacido cuando efectuaba una rogativa (*du'â'*) y tenía el poder de caminar sobre las aguas.[77]

---

75. Df. *supra*, pág. 47.
76. Esad Ef. 1777, f. 79 a.
77. Aquí se sitúa el relato del pozo y del olivo. Cuando Ibn 'Arabî le pregunta, responde: «Igual que hablar demasiado, también es censurable mirar demasiado a su alrededor».

Una noche, unos ladrones entraron en su casa con la intención de llevarse algunas cosas. Mientras robaban, el *shaykh* estaba en su estera de rezos, demasiado absorto en sus devociones para darse cuenta de su presencia. Cuando los ladrones quisieron abandonar el lugar, no pudieron encontrar ninguna salida y la pared parecía crecer ante sus ojos. Entonces devolvieron los objetos y hallaron la puerta. Uno de ellos se quedó cerca de ella y los demás regresaron a buscar los objetos que habían sustraído. Nada más hacerlo, de nuevo no pudieron encontrar la salida. Cuando preguntaron a su jefe, les aseguró que no se había movido del sitio, pero que ya no podía ver la puerta. Repitieron la operación varias veces, pero sin éxito. Cuando se dieron cuenta finalmente de lo que ocurría, devolvieron los objetos robados a su sitio y salieron de la casa arrepentidos. Fue uno de los ladrones el que me contó esta historia.

Me quedé con él hasta su muerte, que ocurrió tras haber sido su compañero durante cerca de diez años.[78]

78. Murió en el 587/1191, cuando Ibn Arabi tenía veintiséis años.

7 Abû ʻAbdallâh Muhammad b. Qassûm[79]

Este *shaykh* fue también un compañero de Ibn al-Mujâhid y siguió sus enseñanzas hasta su muerte; tras sucederle en su cometido, llegó a su grado de realización, superando incluso a su maestro. Era un hombre que unía en sí la ciencia y las obras, un Mâlikite[80] y un defensor elocuente del saber y de sus virtudes.

Fui compañero suyo y estudié con él todo lo que deseaba aprender respecto a la pureza ritual y a la oración. También asistí a la lectura de sus obras.[81]

79. Cf. *Futûhât*, I, pág. 211; Ibn Abbâr, *Takmilah*, n. 299.
80. Todo musulmán sunnita se relaciona con una de las cuatro escuelas jurídicas (*madhâhib*). Son las escuelas de Mâlik b. Anas, citado aquí, de Abû Hanîfah, de Shâfi'î y de Ibn Hanbal.
81. Es un método para dar testimonio de la autenticidad de la obra leída.

Su oración al final de cada sesión era siempre: «Allahumma, haznos oír el bien, haznos ver el bien. ¡Que Alá nos otorgue la protección y la haga permanente! ¡Que Alá reúna nuestros corazones en el temor santificante y nos haga triunfar en lo que a Él le gusta y en aquello con lo que Él esté contento!». Luego recitaba el final de la surata «La Becerra».[82] También recitábamos esta oración al final de nuestras sesiones.[83] Una noche, mientras yo me encontraba en el noble Santuario de La Meca, vi al Profeta en sueños; un lector le estaba leyendo el *Cahîh* de Bukhârf.[84] Cuando terminó, el Profeta recitó esa misma oración. Por tanto, a continuación, me entregué con ardor a esa práctica.[85]

Este *shaykh*, hombre de celo y de esfuerzo (*al-jidd wa-Jijtihâd*), era muy puntual en la realización de sus obras de adoración. También se imponía obligaciones en momentos determinados del día y nunca faltó a ellas. Tenía igualmente la costumbre de consignar sus actos cotidianos para

82. «[...] ¡Señor, no nos castigues por las faltas cometidas por olvido o por error! ¡Señor, no nos cargues con un peso semejante al que cargaste a los que han vivido antes que nosotros! ¡Señor, no nos cargues con lo que no podemos llevar! ¡Borra nuestras faltas! ¡Perdónanos! ¡Ten misericordia de nosotros! ¡Eres nuestro Maestro! ¡Socórrenos contra el pueblo de los infieles!» (*El Corán*, II, 286).

83. La sesión sufí, o *majlis,* es la reunión de los discípulos con su *shaykh* o su representante, para recitar las letanías (*awrâd*) de la hermandad (*tarîqah*) y recibir la enseñanza del *shaykh*.

84. Al-Bukhârî (810-870) reunió la colección cenónica más importante de las Tradiciones del Profeta. El *Cahîh* se ha traducido al francés con el título *Les Traditions islamiques*, 1903-1914, reimp. 1977, y extractos seleccionados y traducidos por G. H. Bousquet se han editado bajo el título *L'authentique Tradition musulmane,* París, 1986, Sindbad ed.

85. En su *Conseil a âun ami,* Ibn Arabi cita también esta oración (*du'â')* y precisa su origen: «He visto al Enviado de Alá en sueños, en el año 599, en La Meca, en una visión de larga duración y le he oído pronunciar una que he retenido en mi memoria; con las manos extendidas, decía [...]» (Trad. M. Vâlsan en *E.T*., 1968, pág. 248).

pedirse cuentas a sí mismo por la noche.[86] Si comprobaba que había obrado bien, daba gracias a Alá; si no, se arrepentía y rezaba todas las oraciones necesarias para su perdón. Todas las noches actuaba así.

Se ganaba la vida confeccionando gorros. Un día que había gastado todo su dinero, se había sentado en su tienda y había cogido sus herramientas de trabajo, cuando oyó que la puerta se abría y se cerraba. Salió, pero no encontró a nadie; no obstante, vio que le habían dejado seis dinares, y los cogió. Entonces arrojó las tijeras a un pozo, diciendo: «Alá vela por mi existencia; ¿debería velar yo también? ¿Por qué habría de preocuparme por algo que tengo garantizado? En lo sucesivo ya no serás tú el que busque las ganancias, sino que ellas te buscarán a ti». Dejó su oficio y desde entonces vivió de limosna.

Ya he relatado la forma que tenía de compartir sus días y sus noches, pero he aquí algunos detalles más.

Después de la oración matinal (*cubh*),[87] se sentaba para la invocación (*dhikr*) hasta la salida del sol, y luego hacía dos rakatas.[88] A continuación iba a buscar sus libros y salía

86. Se trata aquí del «examen de conciencia» (*al-muhâsabah)*, práctica espiritual que fue expuesta principalmente por Harîth al-Muhâsibî (muerto en el 243/857), de donde se saca su nombre. Según este autor, la *al-muhâsabah* es «la reflexión que conduce al discernimiento de lo que a Dios le gusta y de lo que no» (citado por Abd el-Halim Mahmoud, *Al-Mohâsibî*, 1940, pág. 147.
87. Las cinco oraciones obligatorias (*fard)* son: *ac-cubh,* que debe realizarse entre el alba y la salida del sol; *azh-zhuhr*, en la primera parte de la sobremesa; *al-'acr*, en la segunda parte; *al-maghrib*, después de la puesta del sol, y al-'*ishâ'*, durante la noche. Estas oraciones, especialmente las cuatro primeras, deben realizarse lo más posible al principio del tiempo prescrito.
88. Cada rakata (*rak'ah*) o unidad de oración consta de: la posición vertical (*qiyâm*), la inclinación (*rukû'*), la prosternación (*sujûd*) y la posición sentada (*jalsah*). Cada oración, que puede comportar de dos a cuatro rakatas, está precedida por la formulación de la intención (*niyyah*; el *takbîr* inicial, que consiste en decir *Allâhu akbar,* «Alá es más grande»), que se repetirá varias veces a lo largo de este rito; «abre» y santifica la oración, que terminará con el saludo final (*taslîm*); cf. M. Lings, *Un Saint musulman du* XX *siecle*, *op. cit.*, cap. XI.

para reunirse con los alumnos; se quedaba con ellos hasta una hora avanzada de la mañana y volvía a su casa para comer un poco, los días que no ayunaba. Entonces realizaba la oración de la mañana (*ad-duhâ*) y dormía un rato. Al levantarse, hacía la ablución (*wudû'*);[89] si tenía alguna obligación, la cumplía; si no, se sentaba para el *dhikr*. Cuando llegaba el mediodía, abría la mezquita y llamaba a la gente para la oración.[90] Después volvía a casa para las oraciones superrogatorias y para el *dhikr* hasta que llegara el momento de hacer el *zhuhr*; entonces se dirigía a la mezquita y realizaba la llamada inmediata[91] sin hacerla preceder de oraciones superrogatorias. Al dirigir la oración, se balanceaba en el *mihrâb*, como embriagado por el estado que la Palabra Divina provocaba en él.[92] Después del saludo final (con que termina la oración), dejaba la mezquita y regresaba a casa para las oraciones superrogatorias. Posteriormente, abría el Corán, lo ponía sobre sus rodillas y, siguiendo las letras con el dedo y con los ojos, lo salmodiaba con una voz suave,

89. El sueño es una de las causas que obligan a renovar la ablución.
90. En el islam, es la voz humana la que llama a los fieles a la oración. Esta llamada se denomina *adhân*, y la persona que la hace es el *mu'adhdhin* (muecín). La llamada a la oración del *zhuhr* se lleva a cabo cuando el sol ha dejado el cénit, pero la propia oración se realiza un poco más tarde.
91. Después de la *adhân,* efectuada a menudo desde lo alto del alminar, se procede a una segunda llamada (*iqâmah*), más corta, que precede inmediatamente a la oración.
92. El texto árabe precisa que el estado en cuestión es un *wajd* (cf. *infra*, n. 204), un «dominio estático» provocado por la pronunciación ritual del texto sagrado. Si la «búsqueda del *wajd*» (*tawâjud*) se efectúa bajo otras circunstancias y casi siempre con cantos sufíes en el momento de las sesiones de «audición espiritual» (*samâ'*), es de observar que es a propósito de la recitación del Corán como algunos autores, tales como Hujwîrî, demuestran la licitud del *tawâjud* basándose en el hadith siguiente: «En realidad, este Corán ha caído en la tristeza (*huzn*). Así, cuando lo leáis, llorad; y si no lloráis, esforzaos en llorar. Y salmodiadlo, pues el que no lo salmodie no es de los nuestros» (Ibn Mâjah*, Sunan, K. Iqâmat ac-calâh*, b. 176).

reflexionando en el sentido de los versículos; así leía cinco *juz'*.[93] Al final de la sobremesa, llamaba a la oración (*'acr*) y volvía a marcharse a casa; cuando la gente estaba reunida, iba a rezar con ellos. A continuación regresaba a su casa y se sentaba para el *dhikr* hasta la puesta del sol; entonces llamaba a la oración (*maghrib*) y la efectuaba. Luego volvía a casa. Entre las dos oraciones de la noche, cuando la oscuridad empezaba a bajar, encendía las lámparas de la mezquita, tocaba a oración y regresaba a casa para cumplir las obras superrogatorias. Cuando la comunidad estaba reunida, hacía la oración (*'ishâ*) con ellos. Después de eso, cerraba la mezquita. Una vez en su casa, examinaba su conducta del día, sus gestos, palabras y todo lo que sabía que el ángel[94] había guardado contra él, con miras a actuar en consecuencia. Entonces se metía en la cama y dormía. Cuando había transcurrido parte de la noche, se levantaba, efectuaba la ablución mayor si se había unido a su mujer[95] y se aislaba en su oratorio para leer el Corán. Obtenía grandes alegrías,

93. Como es costumbre recitar el Corán entero durante el mes del Ramadán, éste se divide en treinta partes (*juz'*), una para cada día del mes. A su vez, cada una de éstas se divide en dos secciones (*hizb*).
94. Cada hombre está acompañado por dos ángeles; el que se encuentra a su derecha determina las buenas condiciones, mientras que el de la izquierda lo hace con las malas.
95. Después del acto conyugal, es preciso realizar la ablución mayor (*ghusl*). Ibn Arabi da la explicación siguiente en *Fucuc al-hikam: «*No existe unión más intensa que la del acto conyugal. En él, la voluptuosidad invade todas las partes del cuerpo y por la misma razón la Ley sagrada prescribe la ablución total (del cuerpo después del acto conyugal), debiendo ser completa la purificación, porque la extinción del hombre en la mujer ha sido total en el momento del embelesamiento por la voluptuosidad (de la unión sexual). Pues Dios está celoso de Su servidor. No tolera que éste crea que goza de algo que no sea Él. Él le purifica, pues (con el rito prescrito), con el fin de que se vuelva, en su visión, hacia aquel en quien se ha extinguido en realidad puesto que no hay más que eso*». (La Sagesse des prophetes, op. cit.* pág. 186-187).

tanto a nivel de la Excelencia de la Unidad (*hadrat at-tawhîd*) como a nivel paradisíaco, racional o legal, según el contenido de los versículos. Así continuaba hasta la mañana.

En el transcurso de estas lecturas del Corán, recibió de Alá numerosas ciencias espirituales que no poseía. Alá se las dio a conocer mediante el Corán, pues Él dijo: «Temed a Alá, pues es Alá el que os instruye».[96]

Al amanecer, iba a abrir la mezquita, encendía las lámparas y llamaba a oración. Al regresar a su casa, realizaba las dos rakatas del *fajr*[97] y se sentaba para el *dhikr*. Cuando el cielo se aclaraba, se dirigía otra vez a la mezquita para la oración (*cubh*). Así es como nuestro *shaykh* pasaba sus días y sus noches. Sólo salaba sus alimentos dos veces por semana, el lunes y el viernes. Su estado espiritual (*hâl*) y su estación (*maqâm*) eran muy elevados, y su conocimiento (*ma'rifah*) considerable. Es raro encontrar un hombre parecido. Se lo presenté a mi compañero 'Abdallâh Badr al-Habashî,[98] quien rezó detrás de él.

Ad-Durrat al-fâkhirah[99]

Fui compañero suyo durante cerca de diecisiete años. Después de la oración de mediodía (*zhuhr*), cogía el Corán y se lo ponía sobre las rodillas; seguía las letras con el dedo y lo recitaba hasta la oración de la sobremesa (*'acr*).

96. *El Corán*, II, 282,
97. Oración superrogatoria que se realiza al alba.
98. Cf. *infra*, pág. 196.
99. Esad Ef. 1777, f. 78 a.

Continuaba así su lectura de la noche anterior. Le pregunté respecto a ello y me respondió que lo hacía para que cada uno de sus miembros pudiera sacar provecho de esa lectura.[100]

100. Esto se refiere tal vez al hecho de que los miembros y partes del cuerpo darán testimonio a favor o en contra de su propietario en el Día del Juicio. Cf. *El Corán*, XXIV, 24.

8

Abû ‘Imrân Mûsdâ b. ‘Imrân al-Mârtulî[101]

Un día me recitó un poema que se había dirigido:

Eres Ibn ‘Imrân Mûsâ el malhechor,
no eres ciertamente Ibn ‘Imrân Mûsdâ, el interlocutor de Alá.[102]

Se imponía una disciplina muy severa y vivió en la misma casa durante sesenta años, sin dejarla jamás. Seguía como regla de vida espiritual la senda de al-Hârith b. Asad al-Muhâsibî, no aceptaba nada de cualquiera y no buscaba nada para sí mismo ni para los demás.

101. *Futûhât*, II, págs. 6, 81 y 177. Es frecuentemente citado por su amigo al-Balawî, *Kitâb Alif Bâ’* (1286).
102. Este verso hace referencia a Moisés; cf. *El Corán*, VII, 143 y XX, 9 y ss.

Tuve una visión referente a él que indicaba que debía progresar de su estación (*maqâm*) hacia otra más alta. Cuando se lo conté, me dijo: «Me has traído una buena noticia, ¡que Alá regocije tu corazón con la promesa del Paraíso!». Poco tiempo después, alcanzó la estación indicada en mi visión. Fui a verle aquel mismo día. Su cara se iluminó de alegría al verme y me besó. Entonces le dije: «Ahí está la interpretación de mi visión, así que pide a Alá que Él me anuncie la buena nueva del Paraíso». Él me respondió: «¡Si Alá lo quiere, así será!».

Antes de terminar el mismo mes, Alá me anunció la buena nueva del Paraíso, confirmándome con un signo evidente que había respondido a la súplica de al-Mârtulî.

Entonces me convencí de ello y ya no dudé de mi sitio en el Paraíso ni de la misión profética de Muhammad, que Alá le conceda Su gracia y Su paz. En cambio, ignoro si el fuego me tocará o no.[103] Espero sinceramente que, en Su bondad, me libre de él. ¡Que Alá nos conceda Su perdón a todos!

Este *shaykh* era un hombre notable; tenía un conocimiento perfecto y un comportamiento magnífico. Aunque generalmente se hallaba en un estado de contracción espiritual (*qabd*),[104] siempre acogía bien a sus visitantes. Pasamos momentos maravillosos en su compañía; su energía

103. El siervo (*'abd*) nunca puede saber toda la voluntad de su Señor (*rabb*) respecto a él.

104. El *qabd*, estado de estrechamiento o de «contracción», se opone normalmente al *bast*, que es un estado de expansión o de «dilatación». Cf. *El Corán*, II, 246. Retomando las explicaciones de Junayd, Hujwîrî, Qushayrî e Ibn 'Abbâd, Ibn 'Ajîbah escribe: «Uno y otro son estados que suceden, respectivamente, a los estados de temor (*khawf*) y de esperanza (*rajâ'*)

espiritual (*himmah*) dependía estrechamente de Alá, y nos preservaba y protegía de las tentaciones y de los retrocesos. Por lo que a mí respecta, él mismo me dio testimonio de ello. Un día me dijo, en presencia de mi compañero ‘Abdallâh Badr al-Habasshî: «Tenía mucho miedo por ti debido a tu joven edad, a tu falta de madurez, a la corrupción del momento y al relajamiento general que he observado en los hermanos del Camino. Es su comportamiento lo que me ha impulsado a vivir recluido, pero Dios sea loado, ya que me ha consolado contigo».[105]

Un día en que fui a visitarlo, me dijo: «Ocúpate de tu alma, hijo mío». Le contesté que cuando había visto a mi *shaykh* Ahmad,[106] me había pedido que me ocupara de Alá; por tanto le pregunté a quién debía escuchar. Él me respondió: «Yo estoy con mi alma y Ahmad está con su Señor. Cada uno de nosotros te guía en función de su propio estado espiritual.[107] ¡Que Alá bendiga a Ibn ‘Abbâs y me haga reunirme con él!».

He aquí lo que constaté de lo que contenía como calidad (*itticâf*). Tenía conmigo un comportamiento abierto, pero eso no hacía sino acrecentar mi temor y mi veneración (*ta’zhîm*), y se maravillaba de mi compostura junto a él

---

cuando éstos son superados. En el gnóstico, la ‘‘constricción’’ (*qabd*) proviene del temor propio del novicio; y, en él, la ‘‘expansión’’ (*bast*) proviene de la esperanza propia del aspirante» (J .L. Michon, *Le Soufi marocain Ibn Ajîba et son Mi’râj,* 1973, pág. 219). Por otra parte, Ibn ‘Arabî aborda este tema en la primera parte del *Rûh al-quds*, pág. 46, en la edición realizada en Damasco en 1970. El *qabd* se considera generalmente superior al *bast,* pues el alma está dominada por él en una servidumbre más completa. Ver los *hikam* de Ibn ‘Ata’ Allâh, 75-77.

105. He omitido aquí algunos versos.
106. Ese *shaykh* es al-’Uryanî.
107. Estos dos consejos se reúnen finalmente en el célebre hadith: «Quien conoce su alma, conoce a su Señor».

durante sus momentos de gran apertura (*bast*). Luego volvía a la puerta de la Servidumbre (*al-'ubûdiyyah*), y entonces yo era muy abierto con él. La razón de ello tiene que ver con un secreto sorprendente que, si Alá quiere, comprenderás, amigo mío, si te paras a pensar.[108]

Ad-Durrat al fâkhirah[109]

Este compañero de Ibn al-Mujâhid[110] era *imân* en la mezquita de Rida, en Sevilla. Había compuesto una pequeña antología de poemas sobre ascetismo que me leía con frecuencia. Sólo abandonaba su mezquita para asistir a la oración del viernes,[111] hasta que su estado de salud le impidió desplazarse.

Un día fui a verle y le encontré con el *imân khatîb* Abû al-Qâsim b. Ghafîr,[112] un tradicionista[113] que negaba los

108. Sin descubrir un secreto confiado a un hombre como al-Mahdawî, que fue el Polo de su tiempo, podemos hacer, sin embargo, la siguiente observación, relacionada con la «calificación por los caracteres divinos» *(itticâf bi-l-akhlâq al-ilâhiyyah)* o la «caracterización por los Nombres Divinos» *(at-takkalluq bi-l-Asmâ)*. El estado de *qabad*, que era habitual en este *shaykh*, corresponde al comportamiento verdadero del siervo (*'abd*). No obstante, como precisa el texto, de «regresar a la puerta de la Servidumbre» *(al-'ubûdiyyah)* podríamos deducir que la «calidad que contenía» a veces no era más que un atributo de Señoría (*arrubûbiyyah*), mientras que la «expansión» (*bast*) es un estado de carácter señorial. Entonces se comprenderá bien que esa «toma de adorno» (*tahallî)* que Ibn 'Arabî era capaz de percibir provocara en él un temor y una veneración extremas. También habría que resaltar la actitud complementaria de ese discípulo tan particular respecto a su propio *shaykh*.
109. Esad Ef. 1777, f. 108 b.
110. Cf. *infra*, pág. 169.
111. La «oración del viernes» (*calâr al-jum'ah*), de carácter obligatorio para los hombres, es una oración realizada en común en la mezquita, al principio de la tarde, y sustituye a la oración del *zhuhr*. Está precedida por una plática (*khutbah*) o alocución realizada en el púlpito por el *imân khatîb,* quien dirigirá la oración a continuación.
112. Cf. *Futûhât*, II, pág. 6.

poderes milagrosos de los santos. Al llegar, oí al *shaykh* refutar una cosa que había dicho. El hombre nos reprochaba dos actos ilícitos que nosotros no habíamos cometido y que no podíamos imaginar que ninguno de nuestros hermanos pudiera haber realizado. Pedí al *shaykh*, con quien mantenía humildes relaciones, que me dejara dirigir la charla. Entonces me dirigí a ese Abû al-Qâsim: «Eres un tradicionista, ¿verdad?», a lo que él respondió que sí. Continué: «Como el Enviado de Alá, ¡que Alá le conceda Su gracia y Su paz!, sabía que su comunidad contaría con gentes de tu especie, negó la posibilidad de los poderes milagrosos en el caso de aquellos que obedecen simplemente los mandatos divinos. Con todo, dijo una o dos cosas que podrían hacerte reflexionar». Entonces preguntó qué podía ser. Y respondí: «¿No se ha relatado que el Enviado de Alá dijo: ‘‘Muy a menudo, un hombre descabellado y vestido con harapos, rechazado en todas las puertas, si abjurara a Alá, Éste lo atendería’’[114]? ¿No ha dicho también: ‘‘Ciertamente, entre los adoradores de Alá hay algunos a los que les basta con suplicar a Alá para que él los escuche’’[115]? También dijo: ‘‘...y entre ellos están los complacidos’’. ¿Aceptas estas palabras?». Cuando las hubo admitido, le indiqué:

113. El tradicionista (muhaddith) es un sabio que estudia y transmite las tradiciones (ahâdîth) del Profeta. Por una molesta analogía con el caso de los juristas, numerosos tradicionistas habían constituido igualmente un «tipo» caricaturesco con mentalidad casuística y apetitos mundanos, lo cual los cerraba a las realidades puramente espirituales y los llevaba a atacar a los representantes del sufismo. Podemos hacernos una idea de ello leyendo las duras críticas formuladas por Ibn ‘Abbâd, cf. P. Nqyia, Ibn ‘Abbâd de Ronda, Beirut, 1961, págs. 130-150. Los reproches de Ghazzâlî son también muy virulentos. Cf. infra, pág. 84.
114. Muslim*, K. al-Birr*, b. 40.
115. Bukhârî, *ac-Culh,* b. 8 y Muslim, *K. al-Qasâmah,* b. 5.

«Alabado sea Alá, que no ha limitado al Profeta a un solo tipo de milagros, sino que le ofreció la posibilidad de hacer un juramento que pudiera ser mantenido por Él. No especificó el objeto de dicho juramento, por lo que ofrece todas las posibilidades; de tal forma que si alguno suplica a Alá respecto al desplazamiento por el aire o por el agua, al recorrido rápido de grandes distancias, a la subsistencia sin alimentos, a la percepción de lo que está en las almas y a otras cosas que se cuentan respecto a los santos, Alá se lo concederá». Al oír eso, Abû al-Qâsim se llenó de confusión y guardó silencio. El *shaykh* me dijo: «¡Que Alá te recompense con favores procedentes de Sus santos!».

Un día, al entrar en su casa, estaba recitando este verso:

La piel de canela y la estera rugosa se encuentran con frecuencia en una casa como la mía.

Este verso había sido compuesto por el motivo siguiente: Alá había concedido algún bien de este mundo a Abû al-'Abbâs Ahmad b. Mutrif al-Qanjabarî, hombre piadoso totalmente entregado a Alá en la búsqueda espiritual y en la vida errante. Vino a ver a nuestro *shaykh* y le ofreció lo que había recibido, pero el *shaykh* rechazó su ofrecimiento y compuso el poema cuyo primer verso hemos citado.[116]

116. La corteza de canela se utiliza tradicionalmente para perfumar el sudario y la estera para la oración. El verso podría ser, pues, un recuerdo de la muerte, que incita a las obras de adoración y aleja de los bienes de este mundo. Al mismo tiempo, la corteza de canela es algo refinado y la estera común; el verso implicaría, pues, por añadidura, que el *shaykh*, al poseer tanto lo común como lo refinado, no tendría necesidad de nada.

Nunca pedía hospitalidad a nadie y jamás aceptaba comida. Cuando un indigente venía a él, encomendaba su caso a Alá, lo cual siempre proporcionaba algún alivio a la persona. Nunca mencionaba sus necesidades o las de quien fuera, por pudor hacia Alá. Cuando un hombre estaba necesitado, vendía un libro de su importante biblioteca para alimentar al desafortunado con el precio de la venta. En una visita, me percaté de que el número de sus libros había disminuido considerablemente: al comentárselo, me respondió: «No son más que los viejos restos en el desecho de mi vida». Después de venderlos todos, falleció; ¡que Alá sea misericordioso con él! Murió en Sevilla mientras yo estaba en Oriente.[117]

117. Es decir, algún tiempo después del 598/1202. Seguía vivo en el 603/1206 según al-Balawî, *K. Alif Bâ'*.

9
10

Abû ʻAbdallâh Muhammad al-Khayyât y Abû al-ʻAbbâs Ahmad al-Jarrâr

Eran dos hermanos originarios de Sevilla a los que visité hasta el 590/1194, año de su marcha hacia el peregrinaje a La Meca. Aquel año fue, precisamente, el de mi marcha para venir a verte.[118]

Llegaron a La Meca. Ahmad permaneció allí durante un año; luego se marchó a Egipto y siguió la Senda de las Gentes de la Censura (*tarîq al-malâmatiyyah*).[119] En cuanto a Muhammad, permaneció cinco años en La Meca y se unió a su hermano el mismo año en que yo me marché de tu casa, es decir, en el 598/1202. Los encontré al llegar a Egipto y me quedé con ellos hasta que la enfermedad de

118. Ibn Arabi visitó a Abû Muhammad al-Mandawî, que vivía en Túnez.
119. Cf. *supra*, n. 35.

Abû ʻAbdallâh pasó. Durante mi estancia, hice el ayuno del Ramadán con ellos.[120]

Abû ʻAbdallâh había entrado en el Camino mucho antes que su hermano. Era el más responsable de los hijos y satisfizo las necesidades de su madre hasta su muerte. Estaba tan dominado por el temor de Alá que podían escucharse de lejos los latidos de su corazón cuando rezaba. Derramaba abundantes lágrimas con facilidad[121] y siempre permanecía silencioso y taciturno; reflexionaba mucho mientras suspiraba. Nunca vi a nadie tan humilde; siempre mantenía la cabeza baja y los ojos fijos en el suelo. No visitaba a nadie y nadie buscaba su compañía. Era un hombre

120. En el 603/1206.

121. Como el texto menciona a otros *shaykhs* que echan lágrimas, precisemos para el lector apegado a la imagen del sabio impasible que no hay que ver en ello ningún sentimentalismo, como tampoco una forma cualquiera de «emoción mística». Incluso en la tradición de los yoguis, un «liberado vivo» como Râmana Maharshi, que era un modelo de desprendimiento y de dominio de sí, sollozaba a veces al leer las vidas de los santos, hasta tal punto que debía interrumpir su lectura. Y el propio Ibn ʻArabî, el maestro de la intelectualidad pura, le pide a Alá que le conceda «el don de las lágrimas» (*Oraisons Métaphysiques*, noche del domingo). En el Corán, los llantos del creyente son ocasionados por la audición del texto sagrado y podemos comprobar en el versículo siguiente que la razón profunda de estos llantos no es otra que el conocimiento: «Cuando entienden lo que se ha hecho descender sobre el Profeta, ven sus ojos desbordantes de lágrimas debido a que conocen la Verdad» (V, 83; cf. XIX, 58 y XVII, 109; para los hadiths: Bukhârî, *K. Fadâ'il al-qur'ân*, b. 33 (llantos del Profeta), *K. ar-Riqâq*, b. 24). Otra causa de las lágrimas es el temor (*khashyah, khawf, taqwâ*). Se promete el Paraíso a «quien teme al Misericordioso sin verlo y avanza hacia Él con un corazón arrepentido» *(El Corán,* L, 31-35, cf. XXXVI, 11 y passim); los *hadiths* precisan que las lágrimas derramadas por temor a Alá protegerán del infierno (por ex. Ibn Majah, *K. az-Zuhd*, b. 19). Lejos de ser un signo de debilidad, es una excelencia de la creencia y de la piedad, y se manifiesta especialmente en las «personas dotadas de inteligencia» (*ûlû al-albâb, cf. El Corán,* II, 197, V, 100, ZKV, 10 y VII, 201). En oposición a la ignorancia despreocupada, el verdadero temor es en realidad tan vivo y consciente como vasto es el conocimiento. Por eso el Profeta ha podido decir: «Si supierais lo que sé yo, reiríais poco y lloraríais mucho» (Bukhârî, *K. ar-Riqâq*, b. 27).

desprovisto de hipocresía, convincente en sus consejos, inquebrantable en su fe, irreprochable y constante, aunque afligido por la pobreza y el infortunio. Era un hombre de una estatura sorprendente, de una energía espiritual y de un rango elevado. Cuando era niño, estudié el Corán a su lado y sentía mucho apego hacia él; era vecino nuestro. Siempre que entraba a la mezquita, todas las personas con las que se topaba le testimoniaban un gran respeto. Nunca era el primero en hablar y no respondía más que cuando era realmente necesario. Actuaba así para conservar su vida tradicional.

Inmediatamente después de entrar en el Camino, deseé más que nada parecerme a él y a su hermano.[122] Estaba muy contento conmigo; me apegué a él y saqué gran provecho de su conducta al tomarle como ejemplo.

Soportaba cualquier mal, cuidándose mucho de no reducirlo él mismo. Sus visiones eran verídicas y recibía muchos secretos por parte de su Señor. Se pasaba las noches rezando y ayunaba durante el día. Nunca se le encontraba inactivo y se entregaba al estudio con asiduidad.

Cuatro de nosotros (su hermano y él, un compañero y yo) teníamos la costumbre de reunirnos y nos repartíamos las limosnas que nos daban. Nunca he conocido mejores tiempos que aquéllos.

Éste es un relato que da muestras de su himmath[123] Mi casa estaba a cierta distancia de la suya y una noche sucedió que, en el momento de la llamada a oración, sentía al mismo tiempo la necesidad de estar con él y las ganas de

122. El texto dice *ukht* (hermana), pero la palabra *akh* (hermano) parece aquí más verosímil.
123. Cf. *supra*, n. 4.

regresar a mi casa; no sabía qué partido tomar. Elegí el primero, fui a su casa y lo encontré en el centro de la habitación, girando en dirección a la *qiblah*.[124] Su hermano estaba rezando una oración suprogatoria. Le saludé; sonrió y me dijo: «¿Qué te ha retrasado? Mi corazón estaba concentrado en ti; tienes algo que necesito». Efectivamente, tenía en mi bolsillo cinco dirhams que le entregué inmediatamente. Entonces añadió: «Un pobre llamado ‘Alî as-Salawî ha venido a verme y no tenía nada que darle». A continuación regresé a mi casa. Tenía por costumbre ocuparse de los pobres en persona, distribuyéndoles comida y ropa. En realidad era un hombre bueno y lleno de compasión, de benevolencia y de solicitud, que trataba a los jóvenes con cariño y a los ancianos con respeto. A cada hombre le daba lo que necesitaba y muchos estaban en deuda con él, aunque su única deuda era con Alá. Siempre le vi actuar de esta forma. ¡Que Alá nos admita a los dos en su Clemencia!

En cuanto a su hermano Abû al-’Abbâs Ahmad, ¡qué hombre era!, reunía todas las virtudes, evitaba todos los vicios, conocía a Alá y estaba entregado a Él; si le confiaban un secreto, sabía guardarlo. Era de esos que reciben comunicaciones divinas «de detrás de un velo».[125] Ferviente en su lucha espiritual (*mujâhadah*), siempre dispuesto a conceder su ayuda y su protección, sociable, indulgente, alentaba lo que es agradable para Alá y se oponía abiertamente a todo lo que le desagradaba. Invocaba el Nombre

124. Cf. *supra*, n. 5.

125. «No le ha sido concedido a un mortal (bashar) que Alá le hable a no ser mediante la revelación o detrás de un velo o enviando un mensajero...» (*El Corán*, XLII, 51).

Divino y se ennoblecía con ello; su nombre estaba en boca de todos. Aunque a veces parecía ausente, podía estar tan alerta como el que huye de una venganza. Se sometía a la autoridad de los misterios y tenía numerosas revelaciones. Siempre que debatíamos un punto u otro, parecía ausentarse, luego volvía con nosotros y exponía algún aspecto del problema. Todavía actúa de la misma forma. Se dedicaba a servir a su hermano y a nadie más, y todo el bien que obtenía de ello era el efecto de la *barakah* de su hermano.

Conoció a nuestro *shaykh* al-ʿUryan, a Abû Muhammad b. Junayd y a otros muchos compañeros. Le habría gustado acompañarnos a La Meca si la enfermedad de su hermano no le hubiera retenido; en realidad, si éste hubiera gozado de buena salud, habríamos viajado todos juntos.

En aquella época, la peste y el hambre asolaban a la población de Egipto.[126] Un día, mientras caminaba por la calle, vio a unos lactantes que morían de hambre. Ante ese espectáculo, escuchó una voz: «Oh, mi servidor, ¿te he abandonado Yo alguna vez?». «No», respondió. La voz prosiguió: «Entonces, no te entrometas, pues los niños que ves son fruto del adulterio. Son grandes pecadores, personas que han rechazado Mis prohibiciones (*hudûdf*); ahora Yo les impongo Mi ira. ¡No te ocupes de ellos!». Cuando volvió en sí, no se sintió afligido por lo que veía. Este *shaykh* mantenía con frecuencia charlas como ésta con Alá.

Por lo que respecta a preferir a los demás antes que a sí mismo, nunca he conocido a nadie que los superara. ¡Ojalá Alá me incluya con ellos en Su Clemencia y no nos separe!

126. Ibn al-Athîr, *Chronicon*, ed. Tomberg, XII, pág. 112.

Ad-Durrat al-fâkhirah[127]
Abû 'Abdallâh Muhammad al-Khayyât

Tenía en mi casa un cántaro vacío y, un día, mientras preparaba una harina de flor para los hermanos, me di cuenta de que no tenía ni miel ni mantequilla para echarle. Entonces fui a su casa con el cántaro vacío. Lo cogió, lo guardó entre sus manos y pronunció estas palabras: «¡Comed, en el nombre de Alá!». Después se puso a echar mantequilla y miel en la harina de flor. Un día que nos encontrábamos en casa de uno de nuestros hermanos, nos compró pasteles y miel, y nos pusimos a comer. Cuando se terminó la miel, los propietarios de la casa nos pidieron que tuviéramos paciencia, que iban a comprar más. Sin embargo, el *shaykh* nos invitó a que metiéramos nuestros pedazos de pastel en el plato, diciéndonos que en él encontraríamos lo que buscábamos. Lo hicimos, y cuando nos llevamos los pedazos a la boca, chorreaban de miel. Uno de nosotros expresó el deseo de ver la miel. Nos pidió que nos cogiéramos de la mano. Mientras hacíamos este gesto, vi correr la miel en el plato hasta que éste se llenó. Empezamos a comer de nuevo y hubo más que antes.

Abû Al-'Abbâs Ahmad

Murió también en Egipto. Era el *imân* de la mezquita de Bougie y se le conocía con el nombre de Ahmad al-Harîrî. Era firme y decidido en la religión de Alá, como si viera lo invisible con sus propios ojos.

127. Esad Ef. 1777, f. 84 a 85 b.

11 Abû ʻAbdallâh Muhammad b. Jumhûr

Este hombre, contemporáneo de Abû ʻAlî ash-Shakkâz[128] y de Abû ʻAbdallâh al-Khayyât, de quien acabo de hablar, era muy dado a las prácticas de devoción. Había estudiado el Corán y la lengua árabe, pero no la poesía. Abû al-Hasan al-'Uthmânîme contó que un día, cuando era joven, leía el Corán a su *shaykh* cuando el sonido de un tamboril empezó a escucharse. El *shaykh* se puso entonces los dedos en los oídos y se sentó en silencio. Después de un rato, preguntó si el ruido había cesado. Al responderle que no, se levantó, tapándose los oídos, y se retiró a su casa, pidiendo a Abû al-Hasan que le siguiera para que continuara su lectura. Siempre que oía la voz de un mendigo en una

128. Cf. *infra*, pág. 83.

mezquita o de alguien que recitaba el Corán con la misma finalidad, se tapaba los oídos.

Hasta su muerte, fue de esos que se inclinan y se prosternan.[129] Fuerte de corazón, pero débil de cuerpo, con la tez pálida, se mostraba muy duro con su alma. Cuando le decían que fuera más benévolo con ella, él respondía que para (merecer) la benevolencia (de Alá, *rifq*), era preciso hacer esfuerzos. Durante la noche, permanecía de pie y recitaba pasajes del Corán hasta que se caía de cansancio. Sólo entonces se tumbaba para dormir y decía al acostarse: «Oh, mejilla mía, aunque ahora te apoyas tan blandamente, después de la muerte te apoyarás sobre la piedra dura».

Entonces se levantaba de un salto, como mordido por una serpiente, y permanecía sobre su tapiz de oración hasta el amanecer.

Murió en la época en que tenía como maestro a Abû Ya'qûb al-Kûmi.[130] Cuando le bajaron a su tumba, vi algo sorprendente: Alá había puesto una gran piedra en la fosa. Al percatarse alguien de ello, el que bajó el cuerpo tomó la piedra y la colocó bajo su mejilla. De ese modo Alá había confirmado lo que él se decía a sí mismo al acostarse. Huía del mundo, le gustaba el recogimiento (*khalqah*)[131] y la vida solitaria en el escrúpulo piadoso (*wara'*)[132] y en el

129. *El Corán*, IX, 112.
130. Cf. *supra*, pág. 22.
131. Cf. *supra*, n. 38.
132. El *wara'* designa una actitud escrupulosa ante todo lo indigno y lleva a abstenerse de algo cuya licitud no se puede probar de acuerdo con este hadith: «Deja lo que te parece dudoso y vete hacia aquello de lo que no dudas». Estas palabras, de manera muy natural, comportan un detalle de temor y de abstinencia. Podemos ver numerosos ejemplos de *wara'* en la vida de los santos, por ejemplo en los *Manâqib de Abû Ishâq al-Jabanyâni y de Muhriz*

desapego (*zuhd*).[133] Era un Cognoscente por Alá (*'Arif hillâh*) que se mantenía junto a Él; ponía mucho empeño en sus actividades espirituales y buscaba la Entrega. Amaba a las Gentes de Alá y a las Gentes del Corán.

Alá se lo llevó de este mundo cuando todavía era joven, en la flor de la vida y en la cima de su esfuerzo. A veces decía a su alma: «No habrá cese para mi trabajo ni para el tuyo hasta que me muera». Nadie le superaba en prácticas de devoción.

Ad-Durrat al-fâkhirah[134]

Había crecido desde su infancia en la adoración a Alá. Estaba instruido en jurisprudencia, en la recitación del Corán y en la lengua árabe. Cada vez que se marchaba de viaje con otros, insistía en ser el jefe y en que todos le obedecieran, cosa que ellos siempre aceptaban. Su única intención era cargar con sus pesos y aliviarlos.

---

b. Khalaf, 1959. El sentido superior del escrúpulo es, según Ibn 'Ajîbah, «el rechazo de apegarse a lo que no es Dios, el hecho de cerrar la puerta al deseo de lo que no es Él, de concentrar en Él toda preocupación y de no apoyarse más que en Él» (J. L. Michon, *Le Soufi marocain...,* op. cit., pág. 186).

133. El *zahd* es la consecuencia del *wara'*. Traducido frecuentemente como «ascesis», significa más bien «desprendimiento» ante los bienes de este mundo, se posean o no. Es, según Ibn 'Ajîbah, «el vacío del corazón que no conoce otro apego que frente a Dios, o la frialdad del corazón y la aversión del alma por el mundo» (ibíd., pág. 187).

134. Esad Ef. 1777, f. 89 a.

12 Abû ʻAlî Hasan ash-Shakkâz

Estuvo con nosotros en Sevilla y murió en esta ciudad; fue uno de esos que sirvieron fielmente a nuestro shaykh al-ʻAdawî[135] hasta su muerte.

Era un hombre propenso a los llantos, y las lágrimas raras veces estaban ausentes de sus ojos. Con frecuencia hacía compañía a mi tío paterno,[136] que formaba parte de la élite de las Gentes de Alá.

Una noche que estaba en su casa, desenrolló una estera nueva y, al rezar, las lágrimas corrieron por encima de ella. Al día siguiente, quitó la estera, y vi que el lugar donde habían caído las lágrimas se había deteriorado y ablandado. Le visité desde mi ingreso en el Camino hasta su muerte.

135. Cf., *supra*, pág. 29.
136. Es a su tío a quien está dedicada la secuencia siguiente (13).

Estaba muy apegado al estado de matrimonio y no habría podido prescindir de él. Nuestro *shaykh* ash-Shubarbulî[137] había querido casarle con una de sus sobrinas y Umm az-Zahrâ' vino un día a verle y le informó de ese proyecto. Era un sábado. Cuando oyó aquella noticia, inclinó un momento la cabeza hacia el suelo, como si se estuviera entreteniendo con alguien. Luego la levantó y dijo: «De todos los hombres, me gustaría mucho establecer lazos de parentesco con él, pero ya estoy casado y, dentro de cinco días, presentaré a mi esposa».

Cuando ella le preguntó con qué chica se había casado, él respondió: «¡Ese día se sabrá!». De vuelta a casa, permaneció en cama cinco días y murió. ¡Que Alá tenga misericordia de él!

Se alimentaba de plantas amargas y te las hacía comer como si se tratara de golosinas. Poseía numerosas gracias espirituales y saqué gran provecho de su compañía. Se adecuaba al comportamiento propugnado en los *Cuarenta Hadiths* relacionados por Suhaylî.[138] Este hombre valiente vivía del trabajo de sus manos. Después de su muerte, su hermano le habló en una visión y le preguntó cómo le había tratado Alá, a lo que él contestó: «Cada día, me da trabajo para ocho días».

Ayunaba continuamente y seguía la práctica del ayuno ininterrumpido.[139] Rezaba mucho y evitaba la compañía de los hombres, salvo la de sus allegados. Estaba dotado de un

137. Cf. *supra*, pág. 41.

138. 'Abd ar-Rahmân as-Suhaylî murió cerca de Málaga en el 581/ 1185

139. Cf. Bukhârî, *cawm*, 20. Normalmente, se rompe el ayuno a la puesta del sol, cosa que se aplica a todos los fieles; pero algunos hombres espirituales pueden ayunar sin interrupción durante varios días y varias noches.

gran sentido del humor, pero siempre decía la verdad; aunque le agradaban las bromas dichas de buena fe, detestaba la mentira y no aguantaba a los mentirosos.

Un día se dirigió al barrio de los Banî Calih para humedecer unas pieles en el río y ponerlas al sol. Mientras estaba ocupado en este quehacer, una mujer de Sevilla pasó cerca de él. Las gentes de Sevilla y sus mujeres son muy amables y graciosas. Esta mujer llamó a su compañera y le propuso gastar una broma a aquel hombre, ya que era curtidor. (Es preciso saber que, entre nosotros, la palabra *shakkâz* se aplica al que blanquea y flexibiliza las pieles, y que las personas de este país hacen de esta palabra un apodo para los hombres que no se preocupan por las mujeres; dicho de otra forma, son hombres cuyo miembro está tan blando como las pieles que trabajan.) La mujer se acercó y se mantuvo cerca de él, pero él invocaba a Alá y no se cansaba de su *dhikr*: «¡Que la paz sea contigo, hermano!», le dijo ella. Le devolvió el saludo y volvió a su invocación. Entonces ella le preguntó cuál era su oficio. Él le dijo que le dejara en paz, pues sabía muy bien adónde quería ir a parar. «No te me escaparás tan fácilmente», le respondió ella. Él sonrió y le dijo: «Soy un hombre que moja lo que está seco, que ablanda lo que está tieso y que arranca los pelos» (evitando así emplear la palabra *shakkâz*).[140] Ante esta salida, ella se echó a reír y exclamó: «¡Queríamos atraparlo, pero es él el que nos ha tomado el pelo!».

Era un hombre de gran influencia, con el corazón puro, que nunca había guardado rencor a nadie. Desconocía el

140. Además, los dobles sentidos contenidos en la respuesta son más precisos en árabe.

comportamiento de la gente para con él y no podía imaginar que pudieran desobedecer a Alá.

Ad-Durrat al-fâkhirah[141]

Nunca decía «yo» y nunca le oí pronunciar esa palabra. Venía frecuentemente a nuestra casa para ver a uno de mis tíos, durante mi período de ignorancia, es decir, antes de que yo entrara en el Camino.

(Respecto al matrimonio, la versión de la *Durrah* es algo distinta.)

Habíamos buscado a una mujer para dársela en matrimonio con la intención de resolver el asunto. Sucedió que caí enfermo y, cuando vino a visitarme, le presenté mi proyecto. «Hermano –me dijo–, ya me he casado y el jueves entraré en mi casa nupcial.» Era sábado. Se marchó. Poco después, Umm az-Zahrâ, una mujer que estaba en el Camino de Alá, vino a verme y le puse al corriente del asunto. Cuando me dejó, se dirigió a su casa y se enteró de que, casi nada más dejarme, se había puesto enfermo. Cuando ella le habló de matrimonio, él respondió: «Oh Fâtimah, dentro de cinco días, entraré en mi cámara nupcial, como le dije a mi hermano Ibn ‘Arabî». Ella le preguntó: «¿Con quién vas a casarte y cómo es posible que tengas un secreto con nosotros?», a lo que él contestó: «Hermana, el jueves lo sabrás». Y el jueves se murió, fue enterrado y entró en el Cielo la noche del viernes, *in shâ ‘Allâh*, como un recién casado.

141. Esad Ef. 1777, f. 90 a.

13

Abû Muhammad ʻAbdallâh b. Muhammad b. al-ʻArabî at-Tâ'î

Este *shaykh*,[142] que era mi tío paterno, entró en el Camino tarde en su vida, por conducto de un chiquillo. No sabía nada del Camino y ya tenía ochenta años cuando lo conoció. Perseveró en la lucha interior (*al-mujâhadah*) y en el recogimiento a lo largo de las costas hasta que obtuvo la excelencia. Recitaba a diario la totalidad del Corán y dedicaba la mitad de su lectura al chico que había contribuido a su entrada en el Camino.

Sentado en su casa, decía a menudo: «Aquí está la aurora». Una vez le pregunté cómo lo sabía, puesto que se hallaba en su casa. Él me respondió: «Hijo mío, Alá, desde Su Trono, envía un viento que sopla en el Paraíso y que, al

142. Cf. *Futûhât*, I, pág. 185.

alba, desciende del Paraíso, de forma que todo creyente verdadero lo respira todos los días».

Mi tío padecía una gran hernia que le colgaba como un cojín. Tenía un mal hijo que le daba muchos problemas. Le maldijo y luego cayó enfermo. Entonces le pidió a Alá que le hiciera morir, después de lo cual podría seguirle. Su hijo murió y, cuando lo enterraron, dijo: «¡Alabado sea Alá! ¡Sobreviviré a mi hijo cuarenta y cuatro días; luego le seguiré!». Y efectivamente, vivió el tiempo que había anunciado y después murió.

La noche de su muerte, nos quedamos sentados junto a él después de la oración (*'ishâ'*). Estaba tendido, en reposo, con la cara vuelta hacia La Meca; su hernia se había hinchado considerablemente. «Tranquilizaos –nos dijo–, podéis iros a dormir.» Nos fuimos a dormir. Me levanté antes del alba y vi que había entregado su alma. ¡Que Alá se apiade de él! Nadie le había visto morir. Cuando buscamos su hernia, no encontramos nada. Se pensó que puede que no hubiera sido más que una hinchazón debida a los gases, en cuyo caso podríamos haber visto la piel estirada todavía; pero no fue así, su piel estaba normal. Me maravillé de que Alá hubiera ocultado de esa forma (su imperfección) y hubiera hecho aparecer (su santidad). Durante su vida, nos había contado muchas cosas sorprendentes.

Habían transcurrido tres años entre su entrada en la Vía y el día de su muerte, que aconteció antes de mi ingreso en esta Senda.

Ad-Durrat al al-fâkhirah[143]

Cerca de su casa, había una tienda que pertenecía a un comerciante de hierbas frescas y de remedios. Mi tío solía ir a sentarse con aquel hombre. Un día, un joven y apuesto chico, que llevaba en la cara los signos de la adoración, se acercó a él, tomándolo por el propietario de la tienda, y le pidió arañuela blanca.[144] Mi tío le dijo, en tono de broma: «¿Qué diantres puede ser eso?». El chico le explicó que había padecido cierto mal y que una mujer le había aconsejado arañuela blanca. Entonces mi tío le dijo: «Cuando he visto tu ignorancia, me he reído, pues la arañuela no es blanca», a lo que el chico replicó: «Oh, tío mío,[145] mi ignorancia en esta materia no será un mal a los ojos de Alá, mientras que tu despreocupación por Alá te causará un gran dolor si te obstinas en oponerte a Él, a pesar de tu avanzada edad». Mi tío se tomó esta advertencia a pecho; se puso al servicio del chico y por él entró en el Camino.

Vivió todavía otros tres años; en ese período de tiempo, alcanzó un alto grado de espiritualidad y se acercó a la Misericordia Divina. Pasaba mucho tiempo recluido en su habitación de recogimiento.

Tenía un hijo descarriado cuyo comportamiento se había vuelto tan molesto para mi padre que éste quiso hacerlo expulsar del país.[146] Cuando mi tío oyó hablar de

143. Esad Ef. 1777, f. 90 b.
144. La arañuela (*al-habbat as-sawdâ*) es una semilla negra que el Profeta recomendaba como «remedio contra todo mal» (cf. *Futûhât*, cap. 560).
145. «Tío» es un apelativo respetuoso cuando uno se dirige a un hombre de edad.
146. El padre de Ibn ‘Arabî estaba al servicio del gobierno.

este proyecto, me llamó y me dijo: «Hijo mío, ve a decirle a tu padre que ya no se preocupe por mi hijo, puesto que pronto va a morir y nos libraremos de él. Yo le sobreviviré cuarenta y cuatro días, y luego me uniré con él en la muerte; así tu padre se deshará de los dos». Ocurrió exactamente como había dicho.

14 Abû Muhammad ʻAbdallâh al-Mawrûrî[147]

Siguió las enseñanzas de Abû Madyan,[148] quien le llamaba el «peregrino piadoso». Había realizado la peregrinación con ʻAbd ar-Razzâq[149] y, en La Meca, había estado en compañía de Abû ʻAbdallâh b. Hasan.[150] Éste le había propuesto a su hija en matrimonio como signo de afecto, pero Abû Muhammad se había negado, pues temía no poder cumplir con todas sus obligaciones hacia ella. Abû Madyan quería mucho a este hombre y un día le dijo: «Estoy cansado de llamar a la gente hacia Alá sin que ni uno solo responda a mi llamada. Quiero elegirte para mí mismo; sígueme

147. Cf. *Futûhât*, IV, pág. 76. A este *shaykh* es al que Ibn ʻArabî dedicó sus *Tadbîrât al-ilâhiyyah*.
148. Cf. *supra*, n. 32.
149. Jurista y uno de los discípulos tunecinos de Abû Madyan.
150. Ibn Abbâr, *Takmilah*, n. 728.

a alguna cueva de la montaña para que me acompañes hasta mi muerte». Tras pronunciar estas palabras, Abû Muhammad añadió: «Al oír eso, me alegré, pues supe que tenía un sitio junto a Alá». Aquella misma noche, vi en sueños que, cuando predicaba al pueblo, el *shaykh* Abû Madyan se parecía al sol y que, cuando estaba en silencio, se parecía a la luna. Por la mañana temprano, mientras le contaba mi sueño, sonrió y dijo: «Alabado sea Alá, hijo mío, pues me gustaría mucho ser como el sol que expulsa a las tinieblas y alivia todas las penas».

Este ‘Abdallâh tenía una gran energía espiritual (*himmah*) y una sinceridad (*cidq*)[151] sorprendente. Un día que partía de la casa de Abû Madyan en Bougie para dirigirse a España a fin de ver a su madre, el *shaykh* le pidió que transmitiera su saludo a un tal Abû ‘Abdallâh, un *shaykh* de edad conocido con el nombre de al-Gazzâl (el Hilandero), que vivía en Almería. Este hombre, contemporáneo de Abû Madyan, de Abû ar-Rabî’ al-Kafîf de Egipto, de ‘Abd ar-Rahîm de Qanâ y de Abû an-Najâ de Jazîrat adh-Dhahab, había sido compañero de Ibn al-’Arîf.[152]

Cuando nuestro *shaykh* llegó a Almería, se puso a buscar al *shaykh* Abû ‘Abdallâh. Al llegar a su casa, encontró a los discípulos sentados a la puerta. Les pidió que informaran al *shaykh* de su llegada. Ellos se limitaron a responderle que a aquella hora dormía y no hicieron nada para acogerlo. Le disgustó que fueran insensibles hasta el punto

151. «El cidq –escribe Ibn Arabi–, es fuerza y tenacidad en la religión. El ‘‘celo’’ al servicio de Alá forma parte de sus estados. El que realiza correctamente el cidq posee el poder de actuar gracias a la energía espiritual (*al-fi’l bi-l-himmah*), que es la fuerza de la Fe» (*Futûhât*, cap. 136, trad. M. Vâlsan).

152.- Cf. *supra*, n. 15.

de no recibirlo y dijo: «Si he venido para asuntos de Alá, ¡Alá le despertará inmediatamente!». Al instante, la puerta se abrió, apareció el *shaykh*, frotándose los ojos de sueño, y preguntó: «¿Dónde está el visitante?». Entonces le saludó y honró su llegada.

El estado espiritual de Abû Muhammad era normalmente el estado de «expansión» (*bast*), mientras que los discípulos del *shaykh* Abû ʻAbdallâh eran las personas de la «contracción» (*qabd*).[153] Por tanto, cuando los estaba despidiendo, los compañeros del *shaykh* le dijeron: «¡Oh, Abû Muhammad, ojalá la «expansión» en la que te encuentras pudiera contraerse!». Él les preguntó qué entendían por «expansión» y ellos contestaron: «Una misericordia» (*rahmah*). «¿Qué es la ‘‘contracción’’?», preguntó. «Un castigo» (*ʻadhâb*). Entonces dijo: «¡Oh, Dios mío (*Allâhumma)*, no me hagas pasar de Tu Misericordia a Tu Castigo!». Ante estas palabras, se avergonzaron y los dejó.

Al llegar a Granada, se alojó en casa del *shaykh* Abû Marwân, a quien había conocido cuando estuvieron los dos en casa de Abû Madyan. Abû Marwân había sido testigo de una curación producida por los compañeros de Abû Madyan en uno de los suyos. Él había referido este hecho a sus compañeros de Granada. Así, cuando Abû Muhammad llegó, la gente se reunió en la casa para verlo; se le preparó una mesa y le dieron requesón y miel.

Sin embargo, aquella mañana, el hijo del dueño de la casa se había marchado temprano hacia un pueblo lejano y la asamblea lamentaba que no estuviera allí para compartir

153. Cf. *Supra*, n. 104

la comida. Después de que todo el mundo hubiera comido hasta hartarse, Abû Muhammad dijo: «Si queréis, yo comeré aquí y él, desde allí, se saciará con esta comida». Al oír aquello, dudaron; entonces Abû Marwân le dijo: «¡Por Alá, oh Abû Muhammad, hazlo!». Así, después de haber dicho «En nombre de Alá» (*bismillâh*) se puso a tomar el alimento como si no hubiera comido todavía; después se detuvo y dijo: «Ya está saciado, y si le diera más, moriría». La gente estaba estupefacta y decidieron no abandonar la casa hasta el regreso de aquel para quien había comido.

Regresó tarde por la noche y, después de saludarlo, la gente se percató de que todavía tenía las provisiones que se había llevado por la mañana. Él les comentó: «Hermanos, hoy me ha sucedido algo sorprendente. Cuando llegué al pueblo, me senté y de pronto sentí que requesón y miel bajaban por mi garganta y llenaban mi estómago; me sacié hasta el punto de que si hubiera comido más, eso me habría matado. Todavía estoy lleno y aún eructo». La gente estaba maravillada y dichosa de haber visto al hombre relatar el hecho tal y como había ocurrido.

El mismo me contó esta historia cuando estábamos en casa de ʻAbdallâh ash-Shakkâz al-Baghî[154] con mi compañero ʻAbdallâh Badr al-Habashî[155] y un grupo de gente. Al-Habashî dijo con pesar: «En cuanto a mí, nunca he conocido a un hombre como ʻAbdallâh al-Mawrûrf».

Una noche, Allâh me hizo ver las estaciones (*maqâmat*) en un sueño y atravesarlas hasta llegar a la estación del

154. Ver la secuencia siguiente (15).
155. Cf. *infra*, pág. 196.

perfecto abandono a la Voluntad Divina (*Maqâm at-tawakkul)*. Entonces vi a nuestro *shaykh* al-Mawrûrf que, inmóvil, ocupaba el centro, mientras que la estación giraba en torno a él, como la rueda alrededor del cubo.[156] Más tarde le escribí esta visión. He obtenido mucho provecho de su compañía.

Tenía una joven esposa enormemente bella, que poseía todavía más gracia y fuerza que él.

Un día se encontraba en casa de Shams Umm al-Fuqarâ', en Marchena.[157] Era miércoles. La vieja mujer le dijo: «Me gustaría que Abû al'Hasan b. Qaytûn viniera a vernos mañana. ¡Escríbele para que venga!». En aquella época, Abû al-Hasan estaba en Carmona, a siete parasangas de allí, donde enseñaba el Corán a los niños. Al-Mawrûrf le dijo a Shams: «Es la manera de actuar de la gente corriente». «¿Qué harás entonces?», preguntó ella. «Le haré venir con mi *himmah*.»[158] «Hazlo», dijo ella. Entonces dirigió los pensamientos de Abû al-Hasan hacia la idea de visitarlos al día siguiente, añadiendo «si Alá quiere» (*in shâ' Allâh*). Al día siguiente por la mañana, ella le dijo: «Ves, no ha venido». Él respondió: «Se me había olvidado, pero voy a hacerle venir de inmediato». Dirigió de nuevo su *himmah* hacia él. Poco antes del mediodía, ante el asombro de todos, el hombre llegó a pesar del olvido de al-Mawrûrf.

Nuestro *shaykh* dijo entonces a la gente que le preguntaran a aquel hombre qué había sido lo que había retrasado su llegada, cómo se le había ocurrido la idea de dirigirse allí

156. Cf. *Futûhât*, IV, pág. 76.
157. Cf. *infra*, pág. 162.
158. Cf. *supra*, n. 4.

y a qué hora lo había decidido. Abû al-Hasan les respondió lo siguiente: «Ayer, al final de la sobremesa, oí dentro de mí una voz que me decía que fuera a visitar al día siguiente a la vieja mujer de Marchena. Entonces les dije a mis alumnos que no vinieran. Al día siguiente, ya no tenía esa intención». (Es decir, cuando el *shaykh* se olvidó.) La gente le apremiaba para que continuara su relato. Y prosiguió: «Me dirigí a la escuela; mis alumnos me habían seguido y habían cogido sus arcillas. Entonces sentí que mi corazón se oprimió violentamente mientras que la voz me ordenaba que saliera inmediatamente hacia Marchena para visitar a la vieja señora. Después de enviar a mis alumnos a sus casas, me puse en camino. Eso es lo que ha motivado mi retraso». Le dijeron que su relato coincidía perfectamente con lo que había ocurrido en Marchena; cuando le explicaron el asunto, se sorprendió mucho.

A raíz de aquello, sintió mucha admiración por al-Mawrûrî y sólo hablaba de él. Se dirigió a Almería para ver a Abû ‘Abdallâj al-Ghazzâl,[159] el compañero de Ibn al-’Arîf, contemporáneo de Abû ar-Rabî al-Kafîf, de Abû an-Najâ y de ‘Abd ar-Rahîm. Él le vio y obtuvo gran provecho; después volvió a Carmona. Posteriormente, continuó sirviendo a los *fuqarâ*,[160] ofreciéndoles hospitalidad y manifestándoles mucha humildad; y eso es algo que encontré en su casa.

159. Cf. *supra*, pág. 80.

160. Los *fuqarâ'* (sing. *fâqir*), lit. los «pobres» (respecto a Alá) son los miembros de una cofradía (*tarîqah*); este término es más corriente que *mutacawwif: «*el que sigue la senda iniciática del sufismo» *(tacawwuf).*

161. Los *fuqahâ'* (sing. *fâqih*) se dedican al estudio del derecho (*fiqh*), especializándose en sus «fundamentos» (o «raíces», *ucul*), es decir, las bases jurídicas contenidas en el Corán y en los hadiths o sus aplicaciones prácticas (*furû'*, «ramas» o «ramificaciones»).

No obstante, volví a ver a ese hombre cuando vino a Sevilla y se puso a frecuentar a los juristas (*al-fuqahâ'*)[161] Con ellos estudió el derecho (*fiqh*) y sus fundamentos, así como la teología (*kalâm*).[162] Había venido a establecerse en Sevilla para enseñar el Corán, pero se dedicó al estudio de las cosas de este mundo, influido por esas personas que le incitaron a acusar de ignorancia y a hablar mal de los estados espirituales de los *fuqarâ'* sinceros.

Que Alá te guarde, hermano, de los malos pensamientos si piensas que estoy censurando a los juristas como tales o por su trabajo de jurisprudencia, pues tal actitud no le está permitida a un Musulmán y la nobleza del *fiqh* no puede ponerse en duda. Con todo, sí censuro a esa clase de juristas que, ávidos de bienes mundanos, estudian el *fiqh* por vanidad, para que se fijen en ellos y se hable de ellos, y que se complacen en las argucias y en las controversias inútiles. Ésas son personas que atacan a los hombres del Más Allá, a quienes temen a Alá y reciben una ciencia de Él (*min ladunhu)*.[163] Estos juristas pretenden rechazar una ciencia, que no conocen y cuyos fundamentos ignoran.[164] Si pidiéramos a uno de ellos que explicara los términos empleados por los sabios de las cosas de este Otro Mundo que ellos no conocen,

---

162. La «teología» en la medida en que se puede traducir así la palabra *kalâm* (lit. «palabra») no ocupa en el islam el lugar privilegiado que tiene en el cristianismo. Ha surgido como una defensa de la ortodoxia islámica (en los campos del dogma y de la práctica) a medida que aparecían las herejías y las innovaciones. La teología islámica propiamente dicha se llama *'ilm al-umûr al-ilâhiyyah* («ciencia de las cosas divinas») y se emparenta de esta forma con la metafísica.
163. La *Ladunniyyah*, o *al-'ilm al-ladunnî* (la «ciencia del Yo») es una ciencia espiritual cuyo poseedor por excelencia es al-Khadir; cf. *El Corán*, XVIII, 65: «Y nosotros le hemos dado de nuestra parte *(min ladunnâ)* una Ciencia».
164. Cf. *El Corán*, X, 39: «Pero tachan de mentiras aquello cuya ciencia no poseen».

pronto mostrarían su ignorancia. ¡Ojalá prestaran atención a estas palabras de Alá!: «Vosotros sois los que discutís sobre una cosa cuya ciencia tenéis. ¿Por qué discutís entonces sobre una cosa de la que no sabéis nada?»;[165] ellos verían ahí una instrucción y se arrepentirían.

El propio Profeta, ¡que Alá le conceda Su gracia y Su Paz!, criticó a los sabios que buscan la ciencia para algo distinto a Alá o que la utilizan con un objetivo que a Él le disgusta. Está claro que no los criticaba porque fueran sabios, puesto que alabó, por otro lado, a aquellos que buscan la ciencia en el temor a Alá.

De la misma forma, yo he censurado a algunos «Sufíes»; no a los sinceros, sino a aquellos que aparentan a los ojos de los hombres una santidad que contradice su naturaleza interior. Por eso dijo Él: «Entre los hombres, está aquel cuyas palabras sobre la vida de este mundo te complacen; toma a Alá por testigo de lo que tiene en el corazón».[166] No desapruebo el conjunto de juristas, pues el Profeta dijo: «Aquel a quien Alá desea el bien, le da la inteligencia de la religión» *(yufaqqih-hu fi-d-dîn)*».[167] Sin embargo, los juristas de quien hablo están dominados por sus deseos egoístas y pasionales; se hallan bajo la influencia de Satanás. Como no buscan más que dañar a los santos de Alá (*awliyâ'*), su testimonio los hará perecer, como veremos más adelante en el libro y como sabemos por el Profeta, ¡que Alá le conceda Su gracia y Su paz![168]

165. *El Corán*, III, 66.
166. *El Corán,* II, 204.
167. Bukhârî, '*Ilm,* 13.
168. Referencia probable al hadith *qudsî:* «Al que es hostil con uno de Mis Amigos (*walî*), yo le declaro la guerra» (Bukhârî, *K. ar-Riqâq*, b. 38).

Por lo que se refiere a los sabios que se comportan con equidad y que cuentan con una sólida instrucción religiosa, son las autoridades guiadas por Alá y ellos mismos son guías luminosos, modelos de piedad; son herederos del Enviado de Alá en lo relativo a la ciencia, a las obras, a la pureza de intención y de carácter que les vale el apelativo de piadosos. Así pues, cuando en esta obra me oigas censurar a los juristas, comprende que ataco a los que siguen sus deseos pasionales y se dejan dirigir por el alma que incita al mal (*annafs al-amârah bis-sû'*). Y, de igual modo, cuando censuro a algunos «Sufíes», me dirijo a esos de los que he hablado antes, pues los encarnacionistas (*al-hulûliyyah*) y los libertinos (*al-ibâhiyyah*), que pretenden seguir el Camino, son en realidad secuaces de Satanás y promotores de perdición; que Alá aclare nuestra vista interior *(bacîrah*) y la suya, que Él armonice nuestro secreto íntimo (*sirr*)[169] y el suyo, y que Él haga callar sus críticas; ¡tal vez se den cuenta entonces de sus errores!

Volvamos ahora a ese Abû al-Hasan al que nuestro maestro al-Mawrûrî había mostrado un ejemplo de su carisma. Éste, al que yo acompañaba con al-Habashî, había querido encontrarlo en su casa. Cuando llamó a la puerta, Abû al-Hasan preguntó desde dentro quién era. Nuestro *shaykh* se dio a conocer y le dijo que había venido a visitarlo. El otro se quedó en silencio durante un momento. Después

169. «La *bacîrah* es una facultad del corazón iluminado por la luz de la Santidad: por ella se ven las verdades esenciales de las cosas y sus aspectos interiores». «El *sirr* es una realidad muy fina puesta en el corazón como el espíritu lo está en el cuerpo y también es el «lugar apropiado (*mahall*: receptáculo) para la contemplación». (Jurjânî, Ta'rifât, trad. M. Vâlsan en *E.T.*, 1948, ag. 340, n. 1 y 1962, pág. 27, n. 4).

envió a su hijo para que dijera que estaba ocupado. A continuación fingió no saber quién era el *shaykh* pues, tras haber sufrido la mala influencia de los juristas, ahora odiaba a los *fuqarâ'*. ¡Que Alá nos proteja de cualquiera que desee separarnos de Él, de Sus Gentes o de Su Élite!

Siempre que Abû al-Hasan me encontraba, me reprochaba que frecuentara a los *fuqarâ'*. «¿Cómo alguien como tú –me dijo una vez– puede relacionarse con esa gente?» Yo le respondí: «Alguien como yo no es ni siquiera digno de servirlos, pues son los verdaderos guías de los hombres». Buscaba mi compañía para que le ayudara en sus estudios y no porque estuviera en la Senda de los Iniciados y porque me gustaran. Finalmente, le dejé en manos de Alá y dejé de relacionarme con él. Hoy está de acuerdo con la opinión de los juristas y piensa que la Santidad (*al-wilâyah*) es algo imaginario que nadie posee.

Cada vez que oigo hablar a un jurista de los actos milagrosos de los santos, le pregunto con detalle sobre la cuestión y a continuación le hago constatar esos hechos en esta persona o en aquélla. Entonces dice: «¿Quién sería lo bastante insensato para creerlo sincero? Si lo fuera, no habrías hecho esa demostración. Todo eso no es sino una mixtificación». Es evidente que un hombre así no puede pensar bien de nadie. Nunca he dejado de defender los derechos de los *fuqarâ'* ante semejantes juristas y siempre he intentado defenderlos ante ellos. Me enseñaron a hacerlo, pues cualquiera que se pone a criticar a los santos en general o en particular y cualquiera que, sin haber compartido su compañía, ataca al que los frecuenta, demuestra con ello su ignorancia y nunca obtendrá la salvación.

Un juez (*qâdî*) llamado ‘Abd al-Wahhâb al-Yazdî,[170] jurista de Alejandría, entabló una vez conversación conmigo en el Santuario de La Meca. Satanás le había instigado la idea de que la época carecía totalmente de hombres que hubieran alcanzado grados espirituales y que todas las pretensiones de este tipo no eran más que una sarta de mentiras y de supersticiones. Le pregunté cuál era el número de países pertenecientes a los Musulmanes. Él me dijo: «Muchos». A continuación quise saber cuántos países de ésos había visitado. «Seis o siete», me dijo. «¿Y cuántos habitantes tienen?» «Muchos.» «De ellos, ¿cuáles son los más numerosos, los que has visto o los que no has visto?» «Los que no he visto.» Entonces sonreí y le dije:

«¡Qué tonto y estúpido es el que piensa que ha visto muchos países cuando en realidad ha visto pocos, juzga el conjunto por la parte y después da a esa opinión un estatuto de juicio categórico! Todo creyente sincero admitirá que, entre todos los que no ha visto, e incluso entre la poca gente que ha visto, puede haber un bienaventurado. ¿Cómo se puede dudar, entonces, de la ignorancia del que admite no haber visto más que unos pocos países y menos personas todavía, y sostiene, sin embargo, tal opinión? Alá hace que semejante ser encarne los defectos de este mundo e ignore los méritos que contiene, de forma que, juzgando lo que no ha visto por lo poco que ha visto, es rechazado por ello en casa de Alá. Remitámonos a lo que dijo Alá: «Si sigues al mayor número de los que están sobre la tierra, te apartarán del camino de Alá»,[171] y son muchos. También ha dicho:

170. Cf. *Futûhât*, II, pág. 69. Le conoció en el 599/1203.
171. *El Corán*, VI, 116.

«*"..con excepción del pequeño número de los que creen y hacen buenas obras*",[172] y son pocos».

Este juez continuó asombrándonos, pues le oí decir una cosa que demolía su propia posición intelectual. Afirmó: «Los hombres son de dos clases: inteligentes (*dhakî*) o sin inteligencia. Es inútil hablarles a éstos dada su deficiencia; en cuanto a los hombres inteligentes, no están exentos de error, así que nada es seguro». Considera que ese hombre, en su miseria, no presta atención más que a los defectos y a las faltas, y se niega a ver las condiciones favorables. ¿Por qué no dice, al hacer el reparto, que el hombre sin inteligencia, debido a su carencia, se dirige al inteligente para recibir de él la ciencia que espera que Alá le entregue y le enseñe? Por otra parte, el hombre inteligente es, generalmente, precavido en sus juicios y, dada su inteligencia, no se satisface más que con pruebas evidentes. Si, después de haber utilizado su inteligencia en una cuestión, todavía está equivocado, puede ser perdonado, o incluso puede salir de su error. En cuanto a la contradicción de ese jurista (quien, como tal, debería conocer este tema), bastará con citar estas palabras del Profeta respecto al juez *(al-hâkim):* «Si ejerce su propio juicio y da una solución justa, tendrá doble recompensa; si se equivoca, tendrá una sola recompensa».[173] De este modo, todo *mujtahid*[174] obtiene algo, puesto que, en los dos casos, se le recompensa y no se le censura. Este jurista era extremadamente ignorante. ¡Alabado sea Alá, Soberano de los mundos!

172. *El Corán*, XXXVIII, 24.
173. Bukhârî, *I'ticâm,* 21.
174. El *mujtahid* es aquí el que realiza un esfuerzo de interpretación personal (*ijtihâd*) sobre una cuestión de orden jurídico.

Ad-Durrat al-fâkhirah[175]

Único en su tiempo por su perfecta confianza en Alá y por su gran sinceridad, fue compañero de Abû Madyan, de Ibn Say Sabûn,[176] de ‘Abd ar-Razzâq al-Mughâwir[177] y de Abû ‘Abdallâh b. Hasan.[178]

Me visitó durante cierto tiempo. Todavía vivía cuan-do abandoné este país.

Su hija, que no tenía un año, estaba tan influida por su estado espiritual que, cuando los hermanos se reunían para el *dhikr*, formando un gran círculo, ella saltaba de las rodillas de su madre y venía a ponerse de pie en medio del círculo. En aquellos momentos, el éxtasis la subyugaba. Incluso a una edad tan temprana, mostraba con su actitud que Alá había colocado en su corazón una luz que le comunicaba un conocimiento espiritual. Murió antes de haber sido destetada.

Una noche, estaba en su compañía en casa de Abû Muhammad al-Khayyât, de quien ya he hablado.[179] También se encontraba allí un tal Muhammad al-Baskarî, cuya pureza doctrinal sospechábamos. Y además se hallaban presentes aquella noche Admad al-Lawshî, Muhammad b. Abû al-Fadl, Ahmad al-Harîrî b. al-’Accâd[180] e Ibn al-Mahabbah, que eran todos maestros del Camino. Estábamos sentados, vueltos hacia la *qiblah* y todo el mundo, con la cabeza entre

175. Esad Ef. 1777, f. 94 a.
176. Cf. *Futûhât*, II, pág. 641.
177. Cf. *supra*, n. 149.
178. Cf. *infra*, pág. 196.
179. Cf. *supra*, pág. 61.
180. Cf. *supra*, pág. 68.

las rodillas, practicaba el *dhikr* o contemplación. De repente, una especie de sueño se apoderó de mí y me vi, con todos los que estaban presentes, en una sala tan sombría que «si alguien extiende su mano, apenas puede percibirla».[181] De cada uno de nosotros emanaba un resplandor procedente de su propia esencia, que iluminaba la oscuridad inmediata a su alrededor. Sentados a la luz de nuestra esencia, entró una persona por la puerta de la oscura habitación y nos saludó diciendo: «Soy el enviado que os trae la verdad». Le preguntamos lo que tenía que decir respecto al hombre cuyas doctrinas sospechábamos. Y contestó: «Él cree en la Unidad de Alá». Era realmente cierto, pero era más bien su fe la que nos parecía no estar muy segura. Por tanto, le dije: «Oh, enviado, entréganos el mensaje que traes contigo». Y manifestó: «Aprende que el bien está en la existencia (*mujûd*) y el mal en la no existencia (*'adam*). Alá, en Su Generosidad, ha creado al hombre y ha hecho de él un ser único en Su creación. El lo ha creado según Sus Nombres y Sus Atributos, pero el hombre lo ha olvidado, considerando su propia esencia (individual), viéndose por sí mismo y el número regresa a su origen.[182] Él es Él y no tú». Al dejar esta visión, recuperé mis sentidos y les conté a mis compañeros lo que había visto. Ellos se alegraron, pero sin más. A continuación volvimos todos a nuestro estado anterior, y me esforcé en comprender el significado de lo que había visto. Compuse mentalmente algunos versos a este respecto. Al volver en sí, al-Mawrûrî me llamó, pero no respondí. Entonces exclamó: «¡Respóndeme, pues estás

181. *El Corán,* XXIV, 40.
182. La última palabra es ilegible en el manuscrito.

despierto y componiendo versos sobre la Unidad de Alá, ¡Exaltado sea!». Levanté la cabeza y le pregunté: «¿Cómo lo sabes?». Y respondió: «Tu ojo está abierto y encierras en ti la red del cazador». «El ojeo –le dije– se parece a la ordenación de las palabras dispersas, lo cual es poesía; su venida a la existencia es la red del cazador. Sólo lo que está vivo (tiene espíritu) cae en la red; la palabra y la poesía no tienen vida, a no ser que vengan de Alá.» En cuanto a su fe en la Unidad de Alá, yo sabía que era innata en él. ¡Que Alá esté satisfecho de él!

Un día que viajábamos con él, llegamos a un manantial, pero el agua estaba sucia y no era potable. Entonces pronunció el Nombre de Alá y nos ofreció de aquella agua, que nosotros encontramos buena y saludable. Yo mismo fui testigo de la «concentración de la tierra» efectuada por la influencia espiritual (*barakah*) de aquel hombre. Una vez vimos una alta montaña en la lejanía, a algunos días de camino, acercarse a nosotros de un solo paso, y no habíamos dado más que un paso, cuando se encontró detrás de nosotros a la misma distancia que antes. Él no estaba con nosotros aquel día.

15 Abû Muhammad ʻAbdallâh al-Baghî ash-Shakkâz[183]

Dejó la ciudadela de Priego para venir a vivir a Granada, donde ha permanecido hasta ahora (599/1203).

Un día fui a verle con mi compañero ʻAbdallâh Badr al-Habashî. Cuando iba a visitar a un *shaykh* o a un hermano, solía dejarle todo el dinero que llevaba. Aquel día sólo llevaba un dirham y se lo di.

Era un hombre lleno de celo (*jidd*), entregado al esfuerzo (*ijtihâd*), casi siempre triste o con lágrimas. Odiaba la desobediencia como si fuera infidelidad y las faltas leves como si se tratara de pecados graves. Había efectuado la estación de la Preservación (*maqâm al-muhâfazhah*) y era casi impecable (*ma'cûm)*. Como dice Ibn

183. Cf. *Futûhât*, II, pág. 187; IV, pág. 9. Se conocieron en Granada en el 595/1199.

'Uqqâl[184] de su propio *shaykh*: «Siempre estaba con mi *shaykh* Hârûn y nunca le vi cometer un pecado grave. Sin embargo, como dormía a veces la noche entera, tuve dudas sobre la constancia de su esfuerzo. Entonces una voz me dijo: "¿Suponen los que realizan malos actos que Nosotros los trataremos con igualdad, tanto en la vida como en la muerte, con respecto a los que creen y hacen buenas obras? ¡Qué equivocados están!".[185] Fui a buscar a mi *shaykh* para preguntarle si había cometido alguna vez un pecado grave. Me respondió: "Ni una falta leve intencionadamente"».

Se pasaba las noches rezando y ayunaba durante el día. Ningún aspirante podía estar en su compañía, pues le pedía los esfuerzos que él mismo se imponía, lo cual los hacía huir. Vivía totalmente solo, no poseía nada y era muy duro consigo mismo. Cuando le hicieron observar que los Compañeros del Profeta habían mostrado más clemencia hacia sí mismos, respondió: «Aunque no hubieran tenido en su activo más que la Compañía (*cuhbah*),[186] ¿cuándo podríamos alcanzar su rango?».

No conocía a nadie que pudiera comparársele, a no ser Abû Muslim al-Khawlâni.[187] Su celo y sus esfuerzos eran tales que preparaba varillas para azotarse las piernas cuando estaban cansadas de mantenerse rezando. Entonces

184. Un sufí del Magreb.
185. *El Corán*, XLV, 21.
186. Es decir, el hecho de haber sido Compañero del Profeta y, dice Bukhârî, «Todo musulmán que se haya encontrado en compañía del Profeta o que lo haya visto tiene derecho al título de Compañero». Este privilegio está explicado en el siguiente hadith: «Los mejores de mi comunidad son los de mi generación, después los de la generación siguiente, y luego los de la generación siguiente» (Bukhârî, *Bâb fadâ' il achâb an-nabî,* 2).
187. Tío de Ibn 'Arabî; cf. Introducción.

decía, dirigiéndose a sus piernas: «Merecéis más los golpes que mi montura», y seguía golpeándolas hasta que todas las varillas estaban rotas. También decía: «Si los Compañeros de Muhammad, ¡que Alá le conceda Su gracia y Su paz!, piensan que pueden conseguirlo ellos solos, ¡por Alá!, los presionaremos en muchedumbre hasta el punto de apretujarlos sobre Él, hasta que se den cuenta de que han dejado detrás de sí a Hombres (*rijâl*) dignos de ese nombre».

Era de buena acogida, agradable de visitar y muy amable. Le gustaban mucho las alusiones (*ishârât*) y decía: «Observad bien estas cuatro categorías de hombres espirituales:[188] los ‘‘que han sido fieles al pacto que habían hecho con Alá’’,[189] los ‘‘que ni los negocios ni las ventas desvían del *dihkr* de Alá’’,[190] los ‘‘que estarán sobre los *A'râf*’’[191] y los ‘‘que vendrán hacia ti a pie’’».[192]

188. Cada uno de los versículos siguientes contiene la palabra *rijâl*, «hombres», que, en el *Tacawwuf*, designa a los hombres de realización espiritual.
189. *El Corán*, XXXIII, 23.
190. *El Corán*, XXIV, 37.
191. *El Corán*, VII, 46. Se trata aquí de una condición post mórtem. Mientras los comentaristas exotéricos interpretan este misterioso término de *A'râf* como la designación de un lugar intermedio entre el Paraíso y el Infierno, comparable al Purgatorio o a los limbos, Qâshânî ve en él un «lugar» que domina al mismo tiempo el Paraíso y el Infierno, y donde se encuentran los *rijâl:* «Los cognoscentes (*al-'urafâ*) que son las gentes de Alá y Su élite». Éstos «no entran» en el Paraíso porque están desprovistos de los vestidos de los atributos psíquicos» (*ta' wilât al-qur'ân*, 1968, t. I, págs. 434-435). Esta interpretación parece adecuarse bien con la «alusión del *shaykh* Abû Muhammad al-Baghî, como confirmará por otra parte la nota siguiente.
192. *El Corán*, XXII, 27. Cf. *Futûhât,* IV, pág. 9. Siempre según Qâshânî.

16 Abû Muhammad ʻAbdallâh al-Qattân

Este hombre comprendía el Corán profundamente. Era irreprochable y decía la verdad sin temor. Incluso los soberanos no estaban a salvo de sus condenas severas, e imponía la verdad a todos, sin excepción. Le importaba poco exponerse al peligro de una ejecución al denunciar las malas acciones y los actos ilegales de los sultanes. Tuvo numerosos enfrentamientos con ellos, demasiado largos para mencionarlos aquí. Sólo hablaba citando el Corán y no leía otro libro. Una vez le oí decir en Córdoba: «Pobrecillos los autores de libros y de recopilaciones, su cuenta será mucho más larga (en el Día del Juicio). ¿No les basta, pues, con lo que hay en el Libro de Alá y en los hadiths?».

Siempre tenía cuidado de sus compañeros aunque estuviera en apuros económicos y no pudiera reunir dos dirhams.

El sultán decidió un día hacerle ejecutar. Los guardias se apoderaron de él y lo llevaron ante el visir. El *shaykh* le dijo: «¡Oh, opresor!, ¡oh, enemigo de Alá!, ¡oh, enemigo de tu propia alma! ¿De qué se me acusa?». El visir respondió: «Alá te ha puesto en mi poder y mañana ya no estarás vivo». Entonces le dijo el *shaykh*: «Tú no puedes adelantar un plazo fijado (*ajal*) ni rechazar lo que está determinado (*maqdûr*). Todo eso no tendrá lugar y, por Alá, ¡soy yo el que asistirá a tus funerales!». El visir ordenó a sus guardias que arrojaran al *shaykh* a la celda para que se quedara en ella hasta que el sultán decidiera su ejecución. Permaneció encerrado aquella noche; luego fue liberado. Dijo respecto a esto: «El creyente está siempre en prisión (en este mundo) y esta casa no es más que una de sus celdas».

Al día siguiente, el sultán se enteró por el visir del comportamiento del *shaykh* así como de sus propósitos y ordenó que le hicieran comparecer ante él. Vio a un hombre de aspecto despreciable, alguien de quien nadie se preocupa y a quien ninguna de las personas de este mundo desea el bien, y todo porque dice la verdad y muestra a la gente sus faltas y su corrupción. Después de preguntarle su nombre y su origen, quiso saber si había conservado la creencia en la Unidad (*tawhîd*). El *shaykh* le recitó entonces unos pasajes del Corán y le explicó su significado. El sultán quedó tan impresionado que se abrió ante él y empezó a hablarle de los asuntos de su gobierno. Y le preguntó lo que pensaba de su reino. Al oírlo, el *shaykh* estalló de risa.

«¿Por qué te ríes?», preguntó el sultán. «¡Tú llamas reino a esta locura en la que estás y te das el nombre de rey! Te pareces más bien a aquel de quien Alá dijo: «Había detrás de ellos un rey que se apoderaba de todos los barcos»;[192bis] dicho rey está ahora pagando y arde en el Infierno. En cuanto a ti, pues bien, tú no eres más que un hombre para quien se amasa un pan y al que se le dice: ‘‘¡Cómetelo!’’».[193] El *shaykh* se puso mordaz en su condena, dando rienda suelta a su ira contra todo lo que le causaba aversión y en presencia de los ministros y de los juristas. El sultán permaneció silencioso, lleno de vergüenza. «He aquí un hombre –dijo finalmente– que habla con precisión. ¡Oh, Abdallâh, ocupa un sitio entre nosotros!» El *shaykh* respondió: «¡Nunca! Pues aquí hay bienes usurpados y el palacio en el que habitas ha sido adquirido con la mentira y, si no me hubierais obligado, jamás habría puesto los pies aquí. ¡Que Alá me libre de ti y de tus semejantes!». El sultán ordenó a continuación que le hicieran regalos y que le perdonaran. El *shaykh* rechazó los presentes, aceptó el perdón y se marchó. El sultán exigió entonces que los regalos fueran remitidos a su familia. Poco después, el visir murió; al-Qattân asistió a sus funerales diciendo: «Mi juramento se ha cumplido».

Con frecuencia levantaba la voz al ver a los notables del país y decía: «Ahí están los desviados que reparten la injusticia por la tierra. ‘‘La maldición de Alá, de los ángeles y de los hombres caiga sobre todos ellos! Serán malditos

192 bis. *El Corán*, XVIII, 79.
193. Indicando seguramente con ello que el sultán no tenía poder real.

para siempre! Su castigo no les será aliviado y no tendrán ningún consuelo».[194]

Visitaba a menudo a este hombre y me quería mucho. Una noche, le invité a venir a mi casa. Acababa de sentarse cuando entró mi padre; estaba al servicio del sultán,[195] pero el *shaykh* le saludó, pues era un hombre anciano. Después de la oración, le traje comida y me senté a comer. Mi padre vino a reunirse con nosotros para beneficiarse de la *barakah* del *shaykh*. Éste se volvió entonces y le dijo: «Oh, desdichado anciano, ¿no es hora de sentir vergüenza por Alá? ¿Hasta cuándo vas a frecuentar a esos opresores? ¡Qué vergüenza! ¿Cómo puedes estar seguro de que la muerte no vendrá a sorprenderte en ese estado? –me señaló con el dedo–. En tu hijo hay una lección para ti, pues éste es un joven hombre que, en la época en que los apetitos físicos son exigentes, ha dominado, sin embargo, sus pasiones, rechazado su demonio y se ha vuelto hacia Alá asociándose con Sus gentes, mientras que tú, anciano, haces el mal cuando te encuentras al borde de una fosa infernal». Ante estas palabras, mi padre lloró y reconoció sus faltas. Por lo que a mí me atañe, estaba estupefacto ante todo eso.

Habría que contar muchas cosas maravillosas todavía sobre este *shaykh*.

En Córdoba, se lo presenté a mi compañero ʻAbdallâh Badr al-Habashî y le acompañamos hasta su casa. Un día le oí decir: «Todavía estoy estupefacto de ver desear a alguien

194. *El Corán*, II, 161-162; III, 87-88.

195. Su padre estaba al servicio del gobierno. Según al-Qârî al-Baghdâdî, fue visir de Ibn Mardanîsh, el gobernador de Murcia que fue vencido por los almohades en el 568/1172. Cf. *Manâqib Ibn Arabî*, ed. Munajîd, pág. 22

un caballo, cuando no ha empezado a dar las gracias a Alá por su alimento y sus ropas». Nunca tuvo más que lo estrictamente necesario en materia de alimentos o vestidos. Era el azote de los tiranos y participaba en todas las expediciones en territorio cristiano, a pie y sin provisiones.

17

‘Abdallâh b. Ja’dûn al-Hinnawî b. Muhammad b. Zakariyyâ[196]

Murió en Fez en el 597/1201. Se lo había presentado a mi compañero ‘Abdallâh Badr al-Habashî. Este *shaykh* era uno de los cuatro *Awtâd* con los que Alá protege el mundo.[197] Le había pedido a Alá que quitara su buena reputación del corazón de todos. Así, cuando estaba ausente, no le echaban de menos y, cuando estaba presente, nadie pedía su opinión; cuando llegaba a un lugar, no le daban la bienvenida y

196. Se cita brevemente en *Futûhât*, II, pág. 7.

197. Esto se relaciona con la doctrina según la cual Alá mantiene cada dominio cósmico mediante un ser cuya función es, habitualmente, de naturaleza por completo espiritual. En cabeza de la jerarquía espiritual se encuentra el Polo (*Qutb*), que tiene por debajo de él a los Pilares (*Awtâd*), a los Sustitutos (*Abdâl*) y a otros santos que le ayudan en su obra de protección. Abû Madyan fue unánimamente considerado como el Polo de su tiempo. Cf. E. Blochet, *Etudes sur l’ésoterisme musulman,* obra totalmente dedicada a la jerarquía iniciática en el islam, París, 1979. Sobre los signos distintivos del Polo, ver Michon, *Le Soufi marocain..., op. cit.*, págs. 265-269.

en el momento de una conversación, no le dirigían la palabra y todo el mundo lo ignoraba.

Voy a relatar ahora las circunstancias de nuestro encuentro. Había llegado a Fez y recuerdo que la gente, que había oído hablar de mí, quería conocerme. Como yo no quería verlos, abandoné la casa en la que vivía y me fui a la mezquita. Al no encontrarme en la casa, se dirigieron a la mezquita. Los vi venir hacia mí y cuando me preguntaron dónde estaba, les respondí: «Buscad hasta que lo descubráis».

Mientras estaba sentado en aquel lugar, muy bien vestido, el *shaykh* apareció de repente ante mí. Nunca nos habíamos encontrado. Y me dijo: «¡Que la paz, la misericordia y la bendición de Alá sean contigo!», y yo le devolví el saludo. Entonces abrió un libro de al-Muhâsibâ, el *Tratado sobre el conocimiento*,[198] me leyó un pasaje y me pidió que lo comentara, cosa que hice. Por inspiración divina se me había ya informado sobre su identidad y su estado espiritual. Ya sabía que él era uno de los Awtâd y que su hijo heredaría su *maqâm*. Le dije quién era y cuál era su nombre. Entonces él cerró el libro, se levantó y dijo: «Sé discreto, siento mucho afecto por ti y quisiera conocerte mejor. Tu aspiración es auténtica». Luego se marchó. Desde entonces sólo nos volvimos a encontrar cuando no había nadie presente.

Tenía un problema en la lengua y hablaba con mucha dificultad. Sin embargo, cuando leía el Corán su dicción era excelente.

198. *Sharh al-ma' rifah*. Un manuscrito de esta obra se encuentra en el British Museum, Or. 4026.

Este hombre se esforzaba mucho en su trabajo espiritual. Se dedicaba a comerciar con *henná*.[199] Tenía siempre los cabellos en desorden y polvorientos y sus ojos estaban pintados con *kohl*[200] a fin de protegerse del polvo de la *henná*.

Ad-Durrat al-fâkhirah[201]

Cuando hablaba, con frecuencia lo tomaban por loco. Cuando se sentaba en una reunión, los demás solían marcharse y si se quedaban les molestaba su presencia. A él este estado de cosas parecía gustarle.

Estaba yo un día sentado cerca del minarete cuando Ibn Ja'dûn vino a sentarse frente a mí tras saludarme. Abrió un libro de al-Muhâsibâ, el *Tratado sobre el conocimiento*, me leyó un pasaje y me pidió que lo comentara, cosa que hice. Finalmente le dije: «Compañero, si no lo dejas, voy a revelar a la gente tu función, pues eres uno de los cuatro (*Awtâd*)». Me pidió que no descubriera su identidad y prometió hacer lo mismo conmigo.

199. Planta medicinal y cosmética para el pelo y la piel.
200. Preparación a base de antimonio, el *kohl* protege y cura los ojos. También se utiliza para el maquillaje.
201. Esad. Ef. 1777, f. 101 b.

18 Abû ʻAbdallâh Muhammad b. Ashraf ar-Rundî[202]

Era uno de los siete *Abdâl*.[203] Viviendo en las montañas y a lo largo de las costas, evitó los lugares habitados durante cerca de treinta años. Tenía una profunda intuición, lloraba y rezaba mucho y guardaba silencio perpetuo. Con frecuencia, absorto en su meditación, trazaba líneas en el suelo con el dedo, luego levantaba la cabeza y respiraba profundamente haciendo un ruido sordo con su pecho. Su dominio estático (*wajd*)[204] era intenso y sus lágrimas abundantes. Fui compañero suyo y lo visité cierto tiempo. Estaba contento con mis visitas y se alegraba al verme llegar. Procedía de una familia rica y noble.

202. Cf., *Futûhât,* II, pág. 7.
203. Cf., *supra*, n. 197. Remitirse a *La Parure des Abdâl* de Ibn ʻArabî, trad. M. Vâlsan, 1951 (aparecida en los E.T. en 1950).
204. *El wajd,* traducido normalmente como «éxtasis», designa una noción bastante compleja de definir, mucho más todavía al ser inseparable de otras tres palabras: *tawâjud, wijdân y wujûd*, derivadas todas de la raíz *wajada*,

Un día salí de Sidonia y me dirigí hacia la costa con el fin de conocer a otros hermanos. Me había llevado conmigo a un muchachito que aspiraba a mi compañía. Por el camino, vi a dos hombres delante de nosotros. Uno de ellos, alto y con la piel oscura, era ‘Abd as-Salâm as-Sâ’ih, que viajaba siempre y nunca se quedaba en un lugar; el otro se llamaba Muhammad b. al-Hajj, de los Banû Jawâd. Aunque estaban bastante lejos delante de mí y caminaban a buen paso, los alcancé y los adelanté, apresurando la marcha. Como era viernes, me detuve en la ciudad de Rota para esperar la hora de la oración en común.[205] Entré en la mezquita e hice dos rakatas [206]. Este lugar, visitado por los santos

---

cuyo principal sentido es «hallar». El *tawâjud* es la «búsqueda del *wajd*», por ejemplo con motivo de una sesión de «audición espiritual» (*samâ’*), que podrá facilitar la súbita obtención del *qajd,* que es, según Ibn Arabi, «lo que encuentra (*cadafa/wajada*) el corazón en el momento de la visión, en el plano de los estados ocultos». *(Ictaliâhât, s.v.)*. Las circunstancias y las modalidades de esta «influencia estática» pueden darle una apariencia de emotividad, pero, como subraya Hujîrî, esta marca afectiva no está realmente presente más que cuando el conocimiento o el dominio de sí son débiles. Esto puede ser también, a un nivel más elevado, la tristeza y el desarraigo del que, como Junayad, avanza al encuentro ineludible de Otro distinto a sí mismo, pues, en el sentido fuerte del término, el *wajd* implica la pérdida de los atributos humanos (*kasf al-majhûb*). De este modo podemos decir que el *wajd* es al mismo tiempo un estado de extinción debido al choque del encuentro de estados bruscamente descubiertos, y la revelación súbita de una visión que provoca en el ser una desposesión de sí. Si el *wajd* se prolonga, de tal forma que se saboree su fruto, es el *wijdân*, luego, cuando la embriaguez y el estupor dejan su sitio a la sobriedad y a la estabilidad, el ser llega a la «realización» (*al-wujûd*), que es «la consumación de lo Verdadero en el dominio estático *(wijdân al-Haqq fî-l-wajd) (Ictilâhât, s.v.,* trad. M. Vâlsan en *E.T*., 1961, pág. 40, n. 17). El término *wujûd* tiene aquí evidentemente un sentido profundo que es preciso diferenciar del sentido general de «existencia», especialmente de existencia condicionada, como vemos en este verso de Junayd: «Mi realización (*wujûd*) es la ausencia de la existencia *(wujûd)* gracias a lo que se me presenta en la visión (*shuhûd*)».

205. Cf. n. 111.

206. Esta visita a Rota tuvo lugar en el 590/1193, después de su regreso de África. En el camino, tuvo un encuentro con al-Khadir.

(*ac-câlihûn*) durante la noche, había sido el fortín de Hasan, hombre cuya *barakah* era célebre. Y en ese lugar se me ocurrió una cosa interesante.

No llevaba mucho tiempo cuando Abû ‘Abdallâh b. Ashraf llegó. Cuando entraba, los dos hombres a los que había adelantado por el camino le reconocieron y se levantaron para ir a saludarlo. Mientras tanto, yo estaba tumbado de costado y me golpeaba el pecho recitando estos versos:

Risa de perlas,
cara de luna resplandeciente,
el tiempo no puede cogerlo
*pero mi corazón (*cadr*) lo contiene.*[207]

El *shaykh* se acercó después hacia mí, me levantó y preguntó: «¿Intentas disimular tu identidad?», a lo que yo contesté: «¿No haces tú lo mismo?». Y era verdad.

El jefe del pueblo vino a invitarme a romper el ayuno en su casa y añadió que podía llevar a quien quisiera. Pero el *shaykh* me dijo: «No toques esa comida. Sigue mejor a los hermanos y, cuando ellos coman, tú vendrás a romper el ayuno conmigo». Y eso hice.

Me informó de muchas cosas y me prometió que lo volvería a encontrar en Sevilla. Después de haber estado con él durante tres días, le dejé. Con anterioridad me había predicho exactamente lo que me iba a ocurrir después de mi partida y todo sucedió como él había pronosticado.

207. Se refiere aquí al hadith *qudsî*: «Mi Cielo y Mi Tierra no pueden contenerme, pero el corazón de Mi siervo creyente Me contiene».

Después de llegar a Sevilla, Alá me metió en la cabeza que fuera a visitar a ese *shaykh* para que una vez más me beneficiara de su compañía. Era martes y mi madre me había dado permiso para salir. A la mañana siguiente, oí que llamaban a la puerta; al abrir, vi a un hombre del desierto que quiso saber: «¿Eres Muhammad Ibn ʻArabî?». Le respondí que sí y añadió: «Mientras caminaba entre Marchena y Purchena, conocí a un hombre que me inspiró un temor reverencial (*haybah*). Con voz ronca me preguntó si iba a Sevilla. Como me dirigía allí, me dijo: "Busca la casa de Muhammad Ibn ʻArabî; encuéntralo y dile que su compañero ar-Rundî le saluda. Dile también que contaba con venir a verle, pero que de pronto se le ocurrió la idea de viajar a Túnez. Que viaje en paz y, si Alá quiere, me encontrará en Sevilla cuando yo vaya"».

Todo ocurrió como él había dicho, puesto que al día siguiente salí para Túnez para verle, así que estuve ausente durante algún tiempo. Uno o dos días después de mi regreso a Sevilla, lo encontré en casa de Abû ʻAbdallâh al-Qastîlî[208] y pasé la noche en su compañía.

Una de las cosas que le han dado la fama son sus prolongadas permanencias en una montaña cerca de Morón. Una noche, un hombre que se encontraba en los alrededores, vio erigirse una columna de luz tan deslumbrante que no podía mirarla fijamente. Cuando se acercó a ella, se dio cuenta de que se trataba de Abû ʻAbdallâh, que estaba rezando. El hombre se marchó a contarle a la gente lo que había visto.

208. Cf. *infra*, pág. 151.

Se ganaba la vida cogiendo manzanilla de la montaña para venderla después en el pueblo.

Le vi hacer cosas inauditas. Un día, le sorprendieron unos salteadores mientras estaba sentado cerca de una fuente y le amenazaron de muerte para que les diera su ropa. Ante estas palabras, lloró y respondió: «¡Por Alá! No puedo permitirme facilitaros vuestra desobediencia. ¡Si queréis algo, cogedlo vosotros mismos!». El ardor de la fe se apoderó de él y les lanzó su famosa mirada. Los salteadores huyeron inmediatamente.

Otro día, mientras paseábamos al borde del mar, me preguntó sobre este versículo: «No deseo de ellos ninguna subsistencia y no deseo que Me alimenten».[209] No respondí, luego le dejé. Cuatro años después, le volvía a encontrar y le dije que ya tenía la respuesta a su pregunta. «Dámela –me dijo–, pues después de cuatro años ya va siendo hora.» Entonces le dí mi respuesta y me admiré de que se acordara del versículo.

Llevaba mucho tiempo deseando presentarle a mi compañero ʻAbdallâh Badr al-Habashî; así, cuando vinimos a Andalucía, nos detuvimos en Ronda. Mientras estuvimos allí, hubo un entierro al que asistimos y, durante la oración, vi que Abû ʻAbdallâh estaba delante de mí. Yo le mostré a mi compañero e hice las presentaciones, después regresamos al lugar en que yo vivía. Al-Habashî expresó el deseo de ver un ejemplo de su carisma. Cuando llegó la hora de la puesta de sol, hicimos la oración; luego, como el propietario de la casa tardaba en encender la lámpara, mi

209. *El Corán*, LI, 57.

compañero pidió luz. Abû ʻAbdallâh asintió; en ese momento cogió un puñado de hierba que encontró por la casa y, ante nuestros ojos, la tocó con el índice, diciendo: «¡Aquí hay fuego!». La hierba se encendió inmediatamente y prendimos la lámpara. A veces cogía fuego de la estufa con la mano y, aunque el fuego se pegaba a él, no le causaba ni dolor ni quemaduras.

Era analfabeto. Una vez le pregunté sobre sus llantos y me respondió: «Había hecho el juramento de no invocar nunca a Alá contra nadie; sin embargo, un día lo hice con un hombre que me había irritado, y murió. Todavía hoy me estoy arrepintiendo».

Era, ¡que Alá esté satisfecho de él!, una misericordia para el mundo. He aprendido muchas cosas de él, pero el tiempo apremia y debo detenerme aquí.

Ad-Durrat al-fâkhirah[210]

Nos estábamos preparando para hacer la oración fuera de Marchena, cuando surgió una diferencia respecto a la *qiblah*.[211] Entonces indicó la dirección buena con el dedo diciendo: «¡Ahí está la Ka'bah!». Hicimos la plegaria y vi el Templo Sagrado con las personas que cumplían sus viajes rituales; en realidad, hasta percibí a un conocido entre los que estaban cerca de la Ka'bah. De esta forma, rezábamos con toda certeza. Después de la oración, la Ka'bah desapareció.

210. Esad Ef. 1777, f. 95 b.
211. Cf. *supra*, n. 5.

Un día me hizo enrollar tres dirhams en una larga mata de pelo. Me lo guardé todo en el bolsillo porque debía viajar de noche. Al caminar por la ruta, oí a unos hombres. El lugar era peligroso. Al llegar a su altura, vi que uno de ellos sufría un violento dolor. Me suplicaron en nombre de Alá que empleara algún remedio para curarlo.

Recordé en ese momento que uno de nuestros *shaykhs* había afirmado que bastaría con aplicar un dirham auténtico sobre un dolor para que éste desapareciera inmediatamente. Así, tomé uno de los dirhams y les aconsejé a aquellos hombres que lo colocaran en el lugar del daño. Nada más hacerlo, el sufrimiento desapareció; el hombre se levantó y se marchó con sus compañeros. Antes de irse, me pidieron que les dejara el dirham; yo acepté y reemprendí el camino. Cuando llegué a mi casa en Sevilla, recibí la visita de Muhammad al-Khayyât y de su hermano Ahmad, de los que ya he hablado.[212] Y me dijeron: «Vimos que habías regresado la noche anterior, pero no teníamos nada para ofrecerte como hospitalidad; por tanto, danos los dos dirhams que quedan para que compremos algo para comer esta noche».

212. Cf. *supra*, pág. 61.

19 Mûsâ Abû ‘Imrân as-Sadranî

Este *shaykh* procedía de Tlemcen y, aunque nadie lo supiera, pertenecía a los *Abdâl* e hizo muchas cosas sorprendentes.[213]

Éstas son las circunstancias de nuestro encuentro. Una tarde, en Sevilla, después de haber hecho en mi casa la oración del *maghrib*, tuve ganas de ver al *shaykh* Abû Madyan. En aquel entonces, él vivía en Bougie, a cuarenta y cinco días de viaje. Recé una oración superrogatoria y, cuando estaba en la salutación final (*taslîm*), Abû ‘Imrân entró y me saludó.[214] Me senté cerca de él y le pregunté: «¿De dónde vienes?». «De casa del *shaykh* Abû Madyan en Bougie», me respondió. «¿Y cuándo lo has encontrado?» «He hecho

213. Cf. *Futûhât*, II, pág. 7. Le encontró en Sevilla en el 586/1190.
214. Sobre una modalidad de visita semejante, cf. *infra*, pág. 168.

la oración del *maghrib* con él hace un instante. Cuando terminamos, se volvió hacia mí y me dijo: ‘‘Muhammad Ibn ‘Arabî está pensando en tal y tal cosa. Sal ahora y dile de mi parte tal y tal cosa’’». Abû ‘Imrân mencionó el deseo que yo había tenido de encontrarme con Abû Madyan, y luego me informó de que éste le había dicho: «Anúnciale que por lo que se refiere a nuestro encuentro en espíritu, naturalmente, se producirá. En cuanto a nuestro encuentro corporal en este mundo, Alá no lo permitirá. No obstante, que se tranquilice, pues nuestra cita será en casa de Alá, en la seguridad de Su Misericordia». También me informó de otros temas; luego se marchó a reunirse con Abû Madyan.

Abû ‘Imrân había sido antes un hombre rico, pero renunció a su fortuna. Ochenta días después, Alá le puso entre los *Abdâl*. De esta forma recorrió el mundo yendo adonde quería.[215]

Un día lo denunciaron al sultán y éste ordenó que lo detuvieran. Así, fue encadenado y llevado cerca de Fez. Al llegar, lo llevaron a una casa y lo encerraron en una habitación con cerrojo. Un guardia vigilaba la puerta. A la mañana siguiente, al entrar en la habitación, vieron las cadenas en el suelo, pero no encontraron a nadie.

215. Como otros santos, los *Abdâl* pueden recorrer grandes distancias en unos instantes (cf., *supra*, n. 50); además, tienen la facultad de disponer de siete cuerpos en lugares diferentes. En una época reciente, un *qâdî* de Túnez había hecho azotar y encarcelar a uno de los *Abdâl* que, como ‘Abdallâh al-Qattân, se había hecho notar por sus críticas virulentas. Preso a continuación de un remordimiento mezclado con temor, el *qâdî* le soltó y le invitó a cenar a su casa. Queriendo mostrarle con quién tenía que vérselas, el hombre se presentó como convenía. Un momento después, llamaron a la puerta y una segunda persona, idéntica a la primera, entró en la habitación ante la estupefacción del *qâdî,* quien tuvo aquella tarde siete invitados...

Se había dirigido a Fez y se había puesto a buscar la casa de Abû Madyan Shu'ayb. Llamó a su puerta. El propio *shaykh* le abrió y preguntó: «¿Quién eres?». Abû 'Imrân respondió: «Soy Mûsâ». Abû Madyan le dijo entonces: «Soy Shu'ayb. Entra y ''no temas nada, estás liberado de las injusticias''».[216]

Mi *shaykh* Abû Ya'qûb al-Kûmî[217] me contó que Abû 'Imrân llegó un día a la montaña de Qâf que rodea la tierra y que rezó la oración de la mañana (*ad-duhâ*) al pie de ésta y la oración de la tarde (*al-'acr*) en la cima.[218] Cuando le preguntaron sobre la altura de la montaña, respondió: «Trescientos días de viaje». También informó que Alá había rodeado la montaña con una enorme serpiente cuya cabeza se juntaba con la cola. El que lo acompañaba dijo entonces: «Saluda a esa serpiente y ella te devolverá el saludo». El *shaykh* la saludó y la serpiente respondió: «Y que la paz sea contigo también (*wa'alaykum assalâm*). ¿Cómo está el *shaykh* Abû Madyan?». Como Abû 'Imrân se extrañaba de ver que la serpiente conocía a Abû Madyan, ésta añadió: «¡Eres tú el que me asombras! ¿Hay en toda la superficie de la tierra una criatura que ignore la condición de Abû Madyan? Todos nosotros le conocemos desde que Alá reveló y proclamó Su amor por él. Entre todas las cosas

216. *El Corán,* XXVIII, 25. Abû Madyan, al recibir así a Mûsâ (Abû 'Imrân), hace alusión al pasaje coránico en el que un anciano desconocido, que vive en Madyan (v. 23), acoge con estas mismas palabras al profeta Mûsâ (Moisés), que huía de los egipcios. La razón de estas palabras se relaciona evidentemente con la alusión coránica, puesto que Abû Madyan estaba informado tanto de la identidad de su huésped como de su situación.

217. Cf. *supra*, pág. 22.

218. La montaña de Qâf es una montaña cósmica circular y axial al mismo tiempo; de ello se informa cuando se dice que tiene forma de cúpula que corona y rodea la tierra. Tiene su equivalente en el monte Meru de la tradición hindú.

animadas o inanimadas, no hay ninguna que no le conozca ni le ame».

En cierto país, Abû ‘Imrân vio hormigas tan grandes como cabras; ¡eran criaturas sorprendentes! También conoció a una anciana del Khurasân que se mantenía sobre el mar con las olas rompiendo en sus piernas; ella glorificaba a Alá y proclamaba Su Santidad. Habría muchas cosas asombrosas que decir al respecto. ¡Que Alá tenga misericordia de él!

20 Abû Muhammad Makhlûf al-Qabâ'ilî

Vivió en Córdoba, donde murió, también con el permiso del Enviado de Alá, ¡que Alá le conceda Su gracia y Su paz! Un día fui a verlo con mi padre para que rogara por él. Nos mantuvo en su casa desde la mañana hasta la oración de la tarde y comimos allí.

Al entrar en ella, se sentía el poder de su presencia espiritual incluso antes de verlo. Y cuando se le veía, era maravilloso mirarlo. Siempre estaba vestido con lana (*cûf*). Además de las otras letanías, recitaba mil veces al día el *tasbîh*, el *takbîr,* el *tahmîd y* el *tahîl;*[219] siempre estaba invocando. Sus

219. Que consiste en decir *Subhân Allâh* («Gloria a Alá»), *Allâhu akbar* («Alá es más grande»), *Al-hamdu li-llâh* («Alabado sea Alá») y *Lâiâha illâ-llâh* («No hay más dios que Alá»). Estas fórmulas son frecuentemente repetidas, no sólo por los sufíes, sino por todos los musulmanes, especialmente después de cada oración.

plegarias se extendían a todos los habitantes del cielo y de la tierra, hasta los peces del mar, y siempre estaba a punto de llorar.

Como quería hacer un pozo en su jardín, le trajeron un prisionero extranjero para que le ayudara en su tarea. Entonces dijo el *shaykh*: «Este hombre ha venido a servirnos, por lo tanto vamos a pedir a Alá que entre en el islam». Cuando llegó la noche, el *shaykh* se retiró con el fin de rogar por él. Al venir a trabajar al día siguiente, el hombre anunció que se había hecho musulmán. Cuando le preguntaron sobre ello, respondió: «He visto en sueños al Enviado de Alá; me ha ordenado que crea en Él y yo he creído en Él. Entonces me dijo: ‘‘Es gracias a la intercesión de Abû Muhammad Makhlûf por lo que te recibo en el islam’’, o algo parecido».

Un día, abandoné al *shaykh* y regresé a casa; le había dejado en buena salud. Aquella misma noche soñé que estaba en pleno campo, y que bajaban nubes. De pronto, oí los relinchos de caballos y el roce de sus bridas; entonces vi, montados a caballo o a pie, a un gran número de personas que bajaban a la llanura y la ocupaban totalmente. Nunca había visto a hombres con caras tan bonitas, vestidos con ropas tan resplandecientes, ni caballos de tamaña excelencia. A continuación, observé a un hombre de gran talla, con el pelo blanco, con una gran barba y con la mano puesta en la mejilla. Le pregunté sobre la asamblea y me dijo: «Éstos son todos los profetas, desde Adán hasta Muhammad. No hay ninguno que no haya bajado». Quise saber quién era él:

220. Cf. *El Corán*, surata Hûd (XI).

«Soy Hûd, del pueblo de ‘Ad».[220] A continuación le pregunté el motivo de su presencia y me contestó: «Hemos venido a visitar (*‘Awwâdân*) a Abû Muhammad, que está enfermo». Al despertarme, fui a interesarme por Abû Muhammad Makhlûf y me enteré de que se había puesto enfermo durante la noche. Todavía vivió algunos días y después murió. ¡Que Alá tenga misericordia de él!

21 Câlih al-Kharrâz

Este hombre de Sevilla se encontraba entre las personas de celo, de esfuerzo y de escrúpulos (*wara'*), entregado a las obras de adoración que practicaba desde la edad de siete años, incluso antes tal vez. Siempre estaba absorto y nunca jugaba con los niños de su edad, ni les dirigía la palabra. Por escrúpulo, trabajaba como zapatero remendón a fin de tener suficiente dinero para alimentarse y cuidar de su madre. A pesar de su corta edad, había copiado toda la obra de Ibn 'Assâl.[221] Vivía retirado y observaba largos períodos de silencio. Sus compañeros decían de él que no les hablaba más que cuando era indispensable.

Yo fui a verlo con frecuencia, pues sentíamos un gran afecto mutuo. Cuando había dicho algo, nunca volvía sobre

221. 'Abdallâh b. Farah b. al-'Assâl vivió en Toledo en el siglo XI.

ello, pues hablaba con una sinceridad perfecta (*cidq*). Nunca hacía nada para venir en ayuda de aquellos que él conocía, por temor a que le veneraran. Generalmente sólo trabajaba para las personas de paso, forasteros en la ciudad, que no le conocían y que él no conocía.

Uno de nuestros compañeros le llevó un día un zapato que él mismo había estropeado voluntariamente para poder hablar con él. Le saludó y al-Kharrâz le devolvió el saludo. Cuando nuestro compañero le pidió que le arreglara el zapato, el *shaykh* le dijo: «Me ocupo de este zapato por el que ya he sido pagado». Durante esta conversación, yo me mantenía cerca de ellos, pero sin que al-Kharrâz pudiera verme. Nuestro compañero continuó: «Guárdalo en tu casa hasta que hayas terminado de arreglar éste». A lo que al-Kharrâz contestó: «Tal vez haya muerto antes. ¿No crees que podrías llevar tu zapato a otro?». «Pero yo no deseo a otro que no seas tú para este trabajo.» Al-Kharrâz replicó: «Ya has oído lo que he dicho»; luego volvió a coger su libro y su *dhikr*. Nuestro compañero le advirtió de que iba a sentarse a esperar el final de su trabajo. «Haz lo que quieras –le dijo el *shaykh*–, pero todavía no sabes el precio que pido.» «Di el precio.» «Un octavo de dirham.» «Te doy un cuarto.» «No es el precio adecuado.» «Es un obsequio por mi parte.» «Si quieres ofrecer ese dinero para satisfacer a Alá, hay otros más necesitados que yo. Hoy ya he ganado suficiente.» Pero el otro no dejaba de molestar. Finalmente, el *shaykh* le dijo: «Estoy cansado de escucharte y te estás riendo de mí. No haré este trabajo».

El hombre volvió hacia mí con el corazón roto. «Le has aburrido –dije–. Vuelve y pídele que te lo arregle para

que Alá le recompense y no le ofrezcas dinero.» Hizo lo que le había aconsejado. Al-Kharrâz le miró un momento y dijo: «Alguien te ha enviado». Luego se volvió y me vio. Entonces añadió: «Déjame tu zapato y márchate. Vuelve después de la oración de la tarde y, si todavía estoy vivo, te lo devolveré. Si he muerto, verás que te lo he dejado en casa de un vecino».

Se volvió hacia mí y me hizo señas para que me acercara. «¿Es la forma de actuar de los compañeros? ¿Imponen a sus hermanos lo que les es desagradable? No vuelvas a hacer una cosa semejante. Si Alá no hubiera puesto en mi corazón la amistad hacia ti, ni siquiera te habría mirado. Así que mantén mi anonimato.»

Nunca he encontrado a nadie como él, ¡que Alá esté satisfecho con él! A continuación, se retiró a lugares desérticos, buscando la soledad y el aislamiento.

22

ʻAbdallâh al-Khayyât (o al-Qarrâq)

Le conocí en la mezquita de ʻUdays, en Sevilla, cuando todavía no tenía diez años. Este chico triste y meditabundo tenía éxtasis y estupores intensos.

Poco antes de conocerle, había recibido una «apertura intuitiva» (*fath*) a este Camino, y nadie lo sabía. Por tanto, cuando le vi, quise compararme con él. Le miré; me miró a su vez y sonrió. Le hice un signo y también me lo hizo a mí. Entonces, por Alá, me sentí ante él como moneda falsa. Me dijo: «¡Sé diligente! Dichoso de aquel que sabe para qué ha sido creado». Hizo conmigo la oración de la tarde y luego, cogiendo sus zapatos, me saludó y me dejó. Quise seguirle para saber dónde vivía, pero no pude encontrar su pista. Nadie pudo informarme sobre él y todavía no me he consolado. Nunca le he vuelto a ver ni he oído hablar de él hasta hoy. Algunos maestros son jóvenes, otros mayores.

23 Abû al-'Abbas Ahmad b. Hammâm[222]

Era de Sevilla. Alá le inspiró para que dirigiera bien su alma, y se dedicó a las obras de adoración incluso antes de haber alcanzado la pubertad. Era muy fervoroso y lloraba por su alma como una madre que ha perdido a su hijo único. Su padre se había opuesto a que entrara en el Camino y, cuando la situación empeoró, me confesó: «Oh, hermano, las cosas se vuelven muy duras para mí, mi padre me ha echado diciéndome que cuide de mí mismo. Por tanto, voy a dirigirme a la frontera para combatir allí a los enemigos hasta mi muerte». Así fue como se encaminó hacia Juremenha (en Portugal) y allí está todavía. Poco después de su marcha volvió a Sevilla para arreglar sus asuntos, pero marchó de inmediato para unirse al ejército en la frontera. Solía ir a casa de Abû 'Abdallâh al-Khayyât, de quien ya he hablado.

222. Llamado también ash-Shaqqâq.

24 Abû Ahmad as-Salawî

Vino a unirse con nosotros en Sevilla en la época en que yo estaba bajo la dirección espiritual de nuestro *shaykh* Abû Ya'qûb al-Kûmî. Este Abû Ahmad, que tenía estados espirituales (*ahwâl*) de una gran fuerza, pasó dieciocho años en compañía de Abû Madyan. Era un hombre de esfuerzo y de piedad, que lloraba mucho.

Estuve en su compañía durante un mes en la mezquita de Ibn Jarrâd. Una noche, me levanté para rezar. Hice mi ablución y subí al tejado de la mezquita. Allí estaba, tendido cerca del tragaluz y durmiendo. De él salían rayos de luz que se dirigían hacia el cielo. Me quedé mirándole un momento, sin saber si la luz venía del cielo hacia él o salía de él y ascendía hasta el cielo. No me movía, maravillado

por su estado. Después se despertó, hizo su ablución y se puso a rezar.

Cuando lloraba, yo recogía las lágrimas que caían al suelo y me frotaba la cara con ellas, pues me daba cuenta de que olían muy bien, a almizcle. Cuando las personas notaban en mí ese olor, me preguntaban dónde había comprado un almizcle de tal calidad.

25 Abû Ishâq Ibrâhîm b. Ahmad b. Tarîf al-'Abbâsî

Este hombre, procedente de Egipto, era el *shaykh* de Abû 'Abdallâh al-Qurashî, ¡que Alá esté satisfecho con ellos! Tenía un carácter muy bueno y era dulce en sus relaciones con el prójimo: sólo decía la verdad y no tenía nada censurable a los ojos de Alá. Era persona de celo y de esfuerzo, y le hubiera gustado retirarse del mundo, pero estaba obligado a renunciar a ello debido a su trabajo, que era vender cerámica. Se entregaba enormemente a las obras de piedad; ávido de conocimientos, volvió a copiar numerosas obras dedicadas al Camino.

He aquí las circunstancias de su muerte. Fue abordado en la calle por un hombre que le dijo: «Acaba de pasar Fulano». Se trataba de un hombre de la tierra a quien Alá había afligido con una enfermedad de garganta que nosotros llamamos *naghnaghah* (bocio). El *shaykh* no lo

conocía muy bien, pero como su interlocutor insistía, le dijo: «¿Quieres decir el hombre del bocio?». El otro respondió que era él precisamente. El *shaykh* contaba que en aquel preciso momento, Dios (*al-Haqq)* le había llamado interiormente y le había dicho: «Oh, Ibrâhîm, ¿no conoces a nuestros siervos más que por sus aflicciones? ¿No tiene ese hombre un nombre? Te haremos morir del mismo mal». A la mañana siguiente, la enfermedad se había apoderado de su garganta y murió poco tiempo después.

Su hijo Muhammad me refirió este relato cuando estábamos en La Meca. Añadió que su padre también había dicho: «En veinte años no había cometido una falta semejante».

Le había visitado dos veces y tenía mucho afecto por mí. La primera vez me lo encontré en Ceuta con mi compañero al-Habashî, y otra vez en su ciudad natal. ¡Que Alá esté satisfecho con él!

Ad-Durrat al-fâkhirah[223]

Vivía en Jazîrat al-Khadrâ[224] y fue compañero de Abû an-Najâ, de Abû ar-Rabî, de Ibn ʻAbd al-Jalîl y de Qadîb al-Bân, que estaba en Mosul.[225]

Un día me dijo: «En mi opinión, los hombres son de dos tipos: uno, el amigo que me desea el bien, dice de mí lo que me hace bien y merece el nombre de amigo; el otro es el que habla de mí de forma perjudicial dando a conocer mi estado espiritual».

223. Esad Ef. 1777, f. 99 b.
224. Cerca de Algeciras.
225. *Futûhât*, I, pág. 187.

26

Abû Muhammad ʻAbdallâh b. Ibrâhîm al-Mâlaqî[226]

Se le conocía con el nombre de al-Qalafât («el Calafatero de barcos»). Fue compañero de Abû Rabî' al-Kafîf y amigo de Ibrâhîm b. Tarîf. Seguía la senda de la *futuwwah*[227] y daba claras muestras de ello. Siempre se le veía preocuparse por los problemas de los demás, nunca por sí mismo. Se dirigía a casa de los gobernadores o de los jueces para los asuntos de los demás y su casa siempre estaba abierta a los pobres. Observaba escrupulosamente las

226. Cf. *Futûhât*, I, pág. 577.

227. Para el sufí, *la futuwwah*, o «caballerosidad», consiste en tener un espíritu caballeresco, en hacer pasar a los demás antes que uno mismo, lo cual implica renuncia y una gran solicitud. Fuera del sufismo, el término se aplica a las cualidades de hospitalidad, de dignidad y de valor inculcadas por cierto número de cuerpos de oficios y de organizaciones de comercio semejantes a los primeros gremios. Los miembros de estos gremios, o guildos, se llamaban *fityân*. Cf. *Futûhât*, I, pág. 241; II, págs. 231 y 505.

prescripciones legales y las reglas de la conveniencia espiritual (*ash-sharî'ah wa-l-âdâb*). Mientras que Ibrâhîm b. Tarîf era severo por naturaleza, Abû Muhammad era muy abierto (lit. «tenía el pecho dilatado»).[228] Me encontré con este *shaykh* en numerosas ocasiones y apreciaba mucho mi compañía.

Un día, mientras este *shaykh* se encontraba en Ceuta con Ibn Tarîf, el sultán Abû al-Alî[229] nos envió dos cargas de provisiones. Yo no estaba allí en aquel momento, pero los hermanos que habían venido a verme comieron de ellas, en tanto que mis compañeros no las tocaron. La segunda tarde, envió la misma cantidad de comida y yo ni la acepté ni la rechacé. Cuando se enteraron de que el sultán había renovado sus dones, los hermanos volvieron a nuestra casa. En cuanto a mí, recé la oración de la noche (*al-'ishâ'*). Uno de los visitantes, que fingía ser un *shaykh*, me dijo: «No se hace la oración cuando la comida está servida».[230] No respondí, lo cual le encolerizó. Entonces le dije: «Yo no he aceptado esa comida y no creo que se pueda comer pues, en mi opinión, es ilícita».[231] Y no os he ofrecido porque deseo para vos lo mismo que deseo para mí». Después de haberle

228. Esta diferencia de «carácter espiritual» corresponde a la distinción entre estados de *qabd* y de *bast*; cf. n. 104.
229. Debe de tratarse de Abû Ya'qûb, el Almohade.
230. El hombre anticipa aquí una recomendación conocida, que Ibn 'Arabî también enuncia en su *Kitâb al-wacâyâ* (*Futûhât,* cap. 560): «Cuando la comida está servida y llega el momento de la oración, empieza por la comida y luego haz la oración» (consejos 51 y 52). Ahora bien, la observación de este personaje inoportuno induce a error, puesto que Ibn 'Arabî había decidido no tocar la comida ofrecida por el sultán.
231. Ibn Arabi consideraba indigna esta comida porque procedía de un soberano, por lo que su obtención puede ser fácilmente reprochable a los ojos de un hombre de escrúpulos (*wara'*). También se hace alusión a este incidente en *Futûhât*, IV, pág. 540.

explicado mis razones, le dije: «Esta comida está a vuestra disposición. El que la considere lícita que coma; el que no, que la deje».

A continuación regresé a la casa en que habitaba, llevándome a mis discípulos. A la mañana siguiente, este hombre se dirigió a casa del visir y le informó que, en mi opinión, sus bienes eran ilícitos, y otras cosas del mismo tipo. El visir se encolerizó y dijo: «¡Por Alá! En realidad es su propio jefe el que ha recibido el envío de la comida». Se hizo una acusación, apoyada por el visir, y el asunto fue llevado ante el sultán, que era un hombre inteligente. Él dijo: «Nuestra intención era hacer el bien al enviar esa comida, pero este hombre conoce mejor su propia condición. Por tanto, no le haremos ningún mal». Y rechazó la queja.

Nuestro compañero al-Qalafât oyó hablar del asunto y vino a verme. Temía por todos nosotros, pues conocía el incidente y las críticas que yo había hecho. Me dijo: «Tu comportamiento ha sido justo por lo que a ti respecta, pero es probable que nos perjudique, pues esas personas no van a tolerar algo así. Por eso se dice: ‘‘Decae el que no tiene tirano que le ayude y se extravía el que no tiene sabio que le guíe’’». Cuando vi que tomaba en consideración (lit. «que la compasión se apoderaba de él por») el derecho (*haqq*) de aquellos hombres y que, por la fuerza de las cosas, daba preferencia a las ventajas mundanas, le dije: «Desdichado sea el siervo de Alá que se apoya en los enemigos de Alá! Que Alá deje de cuidar del mundo si éste no se preocupa más de Su derecho y es el derecho de Alá el que predomina en él (*haqqu-llâh ahaqqu*)». Hice un gesto para despedirle y me levanté. Él se marchó.

Poco después, me encontré con Ibn Tarîf; estaba informado del asunto y me dijo: «Diplomacia ante todo». Respondí: «Mientras se mantenga lo esencial, no hay mal en ello». Y se quedó en silencio. ¡Qué Alá esté satisfecho con él!

Ad-Durrat al-fâfkhirah[232]

Procedía de Tarifa. Una vez me contó que había ido a La Meca y que había conocido a un extranjero (que no era árabe) cerca de la Ka'bah. Aquel hombre le cogió de la mano y le preguntó de dónde venía. El *shaykh* le respondió que era originario de una península del océano Atlántico. Luego le preguntó si sabía lo que los había llevado a aquel lugar y el hombre respondió: «La despreocupación, hermano», y lloró.

Cuando fui a visitarle, atravesé el mar de noche, desde Qacr Macmûdah en dirección a Tarifa. Por la mañana, llegamos a as-Safîfah (as-Sanîhah). A continuación bordeamos la costa hasta nuestro destino. Allí encontramos a este *shaykh* con sus discípulos en la orilla. Se informó de quién venía a verlo. Le respondieron que estaba en el barco. Una vez desembarcado, fui a saludarle. Me llevó a su casa y me ofreció para comer el plato que había ansiado cuando estaba en el barco. Cuando le pregunté por qué había preparado aquella y no otra, me contestó que había sido informado interiormente de mi llegada en barco y de mi clara preferencia por ese plato. Por eso lo había hecho preparar. Hay muchas cosas que podría relatar sobre este *shaykh*.

232. Esad Ef. 1777, f. 100 a.

27 ‘Abdallâh b. Takhmist[233]

Si no deseara ser conciso, recordaría a muchos otros *shaykhs*, pero este resumen bastará, tanto más cuanto que he hablado de ellos en mi libro titulado *Ad-Durrat al-fâkhirah*.[234] Citaré entre otros a ‘Abdallâh b. Takhmist, a quien la gente de Sevilla consideraba uno de los *Abdâl*.

Ad-Durrat al-fâkhirah[235]

Vivió en Fez y fue compañero de Abû Ya’iz.[236] Estaba considerado como uno de los *Abdâl*. Era jurista de profesión y se le abrieron muchas puertas del conocimiento. Su

233. Los retratos siguientes son muy breves.
234. Ver la introducción.
235. Esad Ef. 1777, f. 101 a.
236. Este personaje es quizás Yûsuf b. Ta’izza, ya mencionado.

presencia siempre inspiraba temor y respeto. Cuando estábamos reunidos con él, manifestaba su alegría y me sonreía.

Una tarde, se retrasó tanto en la mezquita al-Qarawyîn que los guardianes cerraron las puertas por la noche.

Así, cuando hubo terminado sus plegarias superrogatorias quiso abandonar el recinto, pero encontró todas las puertas cerradas. Entonces murmuró algo y la puerta se abrió para él; luego se marchó a casa.

28 As-Sakhkhân

Era de los *Abdâl*, pero cayó en desgracia, de forma que siempre se encontraba en un estado de profunda aflicción y no hablaba con nadie. Yo era compasivo cuando me lo encontraba, pues veía en él una terrible angustia.

29 Abû Yahyâ b. Abû Bakr ac-Cinhâjî[237]

El Maestro, el Cognoscente, el errante, el renunciante, el desapegado, el sincero, el virtuoso ac-Cinhâjî era de las gentes del Conocimiento, de la alusión espiritual y de la consolidación en la realización (*at-tamkîn*). Es raro encontrar a un hombre como él. Hubo entre nosotros tantos intercambios respecto a las verdades esenciales que sería demasiado largo hablar de ello. Por él compuse *'Anqâ' mughrib,* sobre el conocimiento del Sello de los Santos y del Sol de Occidente.[238]

237. Ibn 'Arabî menciona a este *shaykh* de forma marginal. Diríase que se trata del Cinhâjî del quinto retrato, pág. 39.

238. Es en esta obra donde trata la cuestión del Sello de los Santos (*khatm al-awliyâ'*); cf. Introducción, n. 56.

30 Abû al-'Abbâs b. Tâjah

Este hombre del esfuerzo espiritual (*ijtihâd*) siempre tuvo el Corán entre sus manos hasta su muerte.

Ad-Durrat al-fâkhirah[239]

No podía contener sus lágrimas cuando oía recitar el Corán. Cada vez que nos reuníamos me pedía que le recitara. Los rigores de la ascesis habían debilitado y alterado su cuerpo, y sus ojos estaban irritados por las lágrimas. Ni una sola vez faltó a la oración en común de los viernes.

El tiempo que me concedía para sentarme con él en la mezquita de al-Hamral (¿Jamral?) se situaba entre el

239. Esad Ef. 1777, f. 890 a.

mediodía y el final de la sobremesa. Le recitaba el Corán, pues su vista se había vuelto demasiado débil para que él mismo pudiera leer. Alá le hizo expresar muchas veces mis propios pensamientos por su boca.

Cuando le llamaban por su nombre, no movía la cabeza ni prestaba la menor atención a la persona hasta que hubiera saludado adecuadamente y expresado su intención de hablar. Cuando daba un consejo, empleaba las mismas palabras del Corán. Siempre invitaba a la meditación del Libro y decía que de él debía sacarse toda la ciencia: «El conocimiento es una luz que no se puede obtener más que de esa luz por excelencia que es el Corán. De igual forma que una lámpara se enciende con otra, así se obtiene el conocimiento del Corán, una luz a partir «de una luz sobre luz».[240] Hijo mío, Alá nos ha enseñado que Él es la Luz de los cielos y de la tierra, para que podamos sacar de Él nuestras luces; por ello, debemos buscar la luz en su fuente verdadera».

240. Cf. *El Corán*, XXIV, 35.

31

Abû ʻAbdalâh b. Bisstâm al-Bâghî

Este hombre de Priego era de los que se consagran al Corán y a las obras de noche (*min ahl al-qur'ân wa-l-layl*).

32 Yûsuf b. Ta'izza

Este hombre de Carmona estaba tan absorto en la lectura del Corán que no hablaba con nadie. Ayunaba mucho.

33 Abû al-Hasan al-Qânûnî

Era de Ronda y seguía la senda de la *futuwwah*.[241] Estaba ducho en las siete ciencias.[242]

241. Cf. *supra*, n. 227.

242. Estas siete ciencias deben de corresponder a las siete ramas del conocimiento enumeradas por Ibn 'Arabî en las *Futûhât* (II, págs. 393-422): 1.- Los Nombres Divinos; 2.- La Teofanía; 3.- La Revelación; 4.- La perfección y la imperfección de la existencia; 5.- El Hombre esencial; 6.-La imaginación (*khayâl*); 7.- La curación espiritual.

34 «¡Oh, Alá, ruega por Muhammad al-Haddâd!»[243]

Este hombre de Sevilla era célebre por su incesante oración sobre el Profeta.[244]

243. La Oración del Profeta es lo que se comenta como apodo del *shaykh Allâhuma calli 'alâ Muhammad al-Haddâd*.

244. La invocación de gracia (*calâh*) y de paz (*salâm*) divinas sobre el Profeta forma parte integrante del culto musulmán. En el sufismo es aún más importante, puesto que el Profeta es el prototipo del hombre espiritual y el receptáculo del Verbo divino. Ver la bellísima *Prere sur le Prophete de Ibn 'Arabî,* traducida por M. Vâlsan en los *E.T.*, 1974, págs. 242-251.

35 Abû Ishâq al-Qurtubî

Este compañero de Abû Madyan, oriundo de Córdoba, era uno de los «Creyentes».[245]

245. Ignoro a qué se refiere aquí el uso técnico del término «creyente» (*mu'min*).

36 Abû ʻAbdalâh al-Mahdawî

Era de Fez. Durante sesenta años, hasta su muerte, nunca dio la espalda a la *qiblah*.

Ad-Durrat al-fâkhirah[246]

Vivió en Fez durante sesenta y cuatro años. Estaba muy ocupado en la salvación de su alma y me han contado que a menudo sentía por ello una gran angustia.

Un día que estábamos rezando juntos en la mezquita, yo me encontraba a su lado, en la misma fila; él no me conocía. Entonces me apoyé contra él mientras rezaba, de tal forma que estaba casi sentado sobre él, y me comporté

246. Esad Ef. 177, f. 101 a.

todo lo mal que se puede en un lugar semejante. Entonces me miró y me dijo: «¡Ponte bien! Tienes sitio suficiente, no te apoyes sobre mí. No quisiera pelearme con alguien como tú». A raíz de eso se volvió más cordial. Me convertí en su compañero y obtuve provecho de su bendición.[247]

247. Cf. *Futûhât*, II, pág. 15. No debe confundírsele con Muhammad ‘Abd al-Azî al-Mandawî, a quien está dedicado el *Rûh al-quds*.

37 ‘Alî b. Mûsâ b. an-Naqarât[248]

En Fez, era ignorado por esa *tarîqah* y para sus miembros parecía insignificante. Su conocimiento era perfecto y comprendía la intuición (*al-firâsah*).[249] Mantuvo muy pocas relaciones con los demás hasta su muerte. Era conocido por su conocimiento de las «lecturas coránicas» (*quirâ’ât*)[250] y de las tradiciones proféticas (*riwâ-yât*). ¡Qué Alá tenga misericordia de él!

248. Cf. Ibn Abbâr, *Takmilah*, 1877. Nació en el 515/1121 y murió en el 593/1197.
249. Por «intuición» hemos de entender aquí, según los términos de un hadith, el hecho de «mirar por la Luz de Alá».
250. Las *qirâ’ât* son las siete lecturas autorizadas del Corán; cf. Bukhârî, *K. at-Tawhîd*, b. 53.

38

Abû al-Husayn Yahyâ b. aç-Çâ'igh

Este hombre de Ceuta era un tradicionalista[251] y un Sufí. ¡Ser ambos a la vez es una de las cosas más sorprendentes! Había alcanzado el grado del Azufre Rojo (*kibrît ahmar*)[252] y tenía una gran *barakah*. Yo lo visitaba mucho y transmitía los hadiths que había estudiado con él.[253] Era un asceta que había renunciado a los bienes de este mundo (*zâhid mutajarrid*).

251. Cf. *supra*, n. 113.
252. El «Azufre Rojo» representa un grado iniciático muy elevado, que el propio Ibn 'Arabî había alcanzado, ya que a veces le llaman *kibrît al-ahmar.*
253. Cf. *Futûhât,* IV, pág. 489.

39 Ibn al-'Ac Abû 'Abdallâh al-Bâjî

Vivía en Sevilla. Era jurista y asceta, lo cual también es sorprendente. Nunca se encuentra uno a un jurista asceta (*faqâh zâhid*).[254]

254. El término *zâhid*, traducido aquí y más arriba como «asceta» (ver n. 113) implica sobre todo una indiferencia frente a los bienes de este mundo, lo cual obviamente se relaciona bastante mal con los apetitos mundanos de muchos juristas, igual que la espiritualidad con el espíritu de «pleitos» (cf. n. 113).

40

Abû ʻAbdallâh b. Zayn al-Yâbarî

Este *shaykh* de Sevilla, que vivió en la miseria, tenía un gran mérito. Era un hombre de celo y de esfuerzo. Enseñaba el Corán y la gramática en la mezquita de ʻUdays, en Sevilla. Era prácticamente desconocido y poco señalado.

Se aplicaba al estudio de las obras de Ghazzâlî[255] Una noche, mientras leía el libro que Abû al-Qâsim b. Hamdîn[256] redactó contra Ghazzâlî, de pronto fue atacado por la ceguera. Abatido por esta prueba, se arrodilló ante Alá implorando Su perdón y juró que nunca más leería aquel libro y que se separaría de él. Entonces Alá le devolvió la vista.

255. Ghazzâlî, que fue el teólogo musulmán más insigne, se dedicó a hacer resaltar la convergencia entre el islam exotérico y el sufismo. Su obra más importante es *Ihyâ' úlûm ad-dîn*. Murió en 1111.
256. Ibn Hamdîn era un juez de Córdoba. Murió en 1127.

Era un hombre excelente. También conocí a su hermano, que era como él. Cuando murió, se oyó una voz que decía: «¡Dos plazas dobles en el Paraíso para los hijos de Azyn!».

Ad-Durrat al-fâkhirah[257]

Era oriundo de Évora, ciudad que se encuentra hoy en manos de los francos.

El propio Ibn Hamdîn, que era juez en Córdoba, había hecho quemar los libros de Ghazzâlî y había pronunciado anatemas contra él. Algún tiempo después, Ibn Hamdîn vio a Ghazzâlî en sueños, con una cadena en la mano con la que tiraba de un cerdo. Ibn Hamdîn relata que lo saludó y que le preguntó sobre el cerdo. Ghazzâlî respondió que el cerdo era Ibn Hamdîn, y que permanecería en su poder hasta que le demostrara en qué había merecido su maldición.[258]

257. Esad Ef. 1777, f. 107 a.

258. La ceguera temporal del *shaykh* al-Yâbarî y, aquí, el castigo de Ibn Hamdîn infligido por el propio Ghazzâlî, se explican con mayor facilidad al saber que Ghazzâlî, apodado *Hujjat al-Islâm*, la «Prueba del Islam», se convirtió en el Polo de su tiempo al final de su vida.

41 Abû ʻAbdallâh al-Qazzâz (¿al-Farrân?)

Era el *imân* de los enfermos de Córdoba. Es difícil encontrar a un hombre así. Cuando le pregunté qué era lo que sentía viviendo con los enfermos, me respondió: «Nunca he sentido más que el olor a almizcle». De sus estados, conozco cosas maravillosas.

42 Abû Zakariyyâ Yahyâ b. Hasan al-Hasanî

Este *shaykh* de Bougie se hallaba entre los sabios que ponen en marcha la autoridad. Era un hombre de ascesis, de escrúpulos y de buen consejo. Un día hice con él recogimiento (*khalwah*), con su permiso (*idhn*), y mantuvimos conversaciones sobre cuestiones espirituales. Estaba dominado por el temor a Alá y se cuentan de él cosas asombrosas sobre sus condiciones miserables de vida y sobre su frugalidad. Me lo encontraba con mucha frecuencia y estudiaba a su lado algunas de sus obras.

43 Abd as-Salâm al-Aswad

Llevaba una vida errante. Nunca entraba en un pueblo sin que me dijera: «El que no se sienta nunca acaba de pasar por aquí». Cuando le pregunté por su ausencia de domicilio, me contestó: «He encontrado una condición favorable en el desplazamiento».

44 Abû ʻAbdallâh al-Qastîlî

Este hombre vivía en Sevilla. Era de las personas de celo, de esfuerzo y de ardor en la religión de Alá. Cada vez que iba a visitarlo, le veía rezar con ardor.

45

Abû al-'Abbâs Ahmad b. Mundhir

Este hombre de Sevilla había estudiado el Corán, la lengua árabe y jurisprudencia. Era único en su género en la escuela jurídica del *imâm* Mâlik. Entre los prodigios que se le atribuyen se encuentra el hecho de que, cuando se hallaba enfrentado a un problema jurídico difícil, se dejaba en manos del *imâm* Mâlik para resolverlo. Tanto las entidades espirituales (*ar-rûhâniyyûn*) como los hombres se presentaban en su casa para saludarle. Aunque su situación era muy comprometida, no podía decidirse a aceptar el dinero que le hacían llegar y lo devolvía. Estaba dominado por los escrúpulos. Era un hombre santo y bendito.

46 Mûsâ Abû ʻAbdallâh

Fue profesor en Fez. Procedía de la ciudadela de los Banû Sa'îd y formaba parte de los notables de Granada. Su hijo ʻAbdallâh creció en la virtud y desconocía la desobediencia; este joven inclinado hacia Alá nunca cometió infantilismos. Se había aprendido el Corán de memoria.

47 Abû al-‘Abbâs al-Kharrâz

Le conocí en La Meca. Había sido compañero de ‘Abdallâh al-Mughâwirî[259] y transmitía sus enseñanzas. Yo me beneficié de sus oraciones y fui testigo de sus bendiciones. ¡Que Alá tenga misericordia de él!

259. Al-Mughâwirî fue un ilustre santo de Niebla, cerca de Sevilla.

48

Al-Hâjj Abû Muhammad ʻAbdallâh al-Burjânî

Era un compañero y un amigo. ¡Que Alá esté satisfecho de él! Amaba la *Sunna* del Profeta y a las gentes de la *Sunna*. Era un santo varón de gran valor y de una profunda serenidad.

Un día me preguntó sobre este versículo: «Aquellos a quienes Nosotros hemos dado el Libro lo recitan como conviene recitarlo»;[260] «¿Por qué lo recitan como conviene?» «Oh, Abû Muhammad –le dije–, es tu pregunta, tú debes responderla.» Él sonrió y dijo: «Porque Él se lo ha dado a ellos; la Providencia (*al-ʻinâyah*) ha precedido al envío para ellos; aunque cuando recibieron el Libro, ya estaban socorridos». Bajo esta alusión (*ishârah*) original hay océanos

260. *El Corán*, II, 121.

de conocimiento para el que reflexiona y medita. El Profeta ha dicho respecto al mandamiento (*al- imârah)*: «Si te lo dan, recibirás la ayuda (para llevarlo a cabo); pero si lo buscas, no serás ayudado».[261]

261. Ver Bukhârî *K. al-Ahkâm*, b. 5 y Muslim, *K. al-Imârah*, b. 3.

49 Abû ʻAbdallâh Muhammad an-Nabîlî

Vive en un cementerio. Es tu servidor y Alá le ha llevado al Camino por mediación tuya. Tu influencia espiritual (*barakah*) es visible en él, y yo fui testigo de numerosas cosas que no puedo relatar aquí por falta de tiempo.

50 Abû ʻAbdallâh el Almorávide

Es un hombre entregado al Corán y a las obras nocturnas (*min ahl al-qur'ân wa-l-layl*), en quien las luces de tu gracia son claras. Es de una inteligencia superior y tiene el espíritu muy vivo.

51

Abû Wakîl Maymûn b. at-Tûnisî

Tenía costumbre de recoger bellotas para ganarse la vida. Cuando estaba en nuestra casa en Fez, cayó enfermo. Una piadosa mujer, Zaynab, esposa de Ibn ‘Atâ’ Allâh, lo acogió en su casa para cuidarlo, pero murió la noche siguiente. Estaba entre los Hombres de Alá (*rijâl Allâh*).

52 Abû Muhammad ʻAbdallâh b. Khamîs al-Kinâni[262]

Era cirujano en Túnez. Para ir a verlo, hice el viaje descalzo, a pesar del intenso calor, imitando el ejemplo de mis dos *shaykhs* Abû Ya'qûb y Abû Muhammad al-Mawrûrî,[263] quienes me informaron que se habían dirigido a su casa de esta forma. Tenía una gran *barakah*, pero tú le conoces muy bien también y no tengo nada que añadir.

Ad-Durrat al-fâkhirah[264]

Era de Marsâ ʻIdûn, en las afueras de Túnez. Este hombre eminente fue uno de los *shaykhs* de ʻAbd al-'Azîz al-Mahdâwî,[265] quien, sin embargo, no le conoció en toda su

262. Cf. *Futûhât*, I. pág. 186.
263. Cf. *supra*, págs. 22 y 79.
264. Esad Ef. 1777, f. 102 b., donde se le llama Abû Muhammad Jarrâh al-Murâbit.
265. Cf. *supra*, pág. 13.

realidad, pues el *shaykh* no se abrió totalmente a él. Entró en el Camino asistiendo a las sesiones de Abû Madyan. Su realización espiritual era tan alta que Abû Madyan dijo un día, cuando estaba en Pechina: «Si tuviera alas (*janâh*), volaría hacia al-Jarrâh».

(Aquí se sitúa un relato más detallado de la visita que le hizo descalzo): ...Cuando habíamos recorrido la mitad del camino, nos cruzamos con un hombre que nos dijo: «En Nombre de Alá, el *shaykh* me ha pedido que salga a vuestro encuentro y que os diga que os calcéis vuestras sandalias, pues conoce vuestra intención y os ha preparado de comer». Cuando llegué, salió a recibirme a cierta distancia de su casa, apoyándose en un bastón debido a su avanzada edad. Mostró un gran placer al verme. Me quedé con él muchos días y tocamos numerosos temas de conocimiento. Durante mi permanencia, vi a un hombre caminar sobre el mar sin mojarse los pies y eso gracias a la *barakah* del *shaykh*. Estuve en su compañía algo menos de un año. Antes de mi marcha, insistió en que callara su verdadero estado a ‘Abd al-’Azîz al-Mahdawî o a cualquier otro. También me pidió que no pensara en ello.

53 Las siete Personas[266]

Me encontré con ellos en La Meca. ¡Que por ellos conceda Alá beneficios a todos los Musulmanes! Me senté a su lado entre el muro de los Hanbalites y el banco de Zemzem.[267] Era la verdadera élite de Alá. Estaban tan absortos por la *Sakînah*[268] y por el temor reverencial (*hay-bah*) que ni siquiera pestañeaban. En el momento de este encuentro, no mantuvimos ninguna conversación sobre el conocimiento, pero vi en ellos una serenidad casi inimaginable.

266. Se trata de los siete *Abdâl;* cf. *Futûhât*, cap. 73.
267. Detrás del muro que rodea la Ka'bah.
268. La Paz de la Presencia divina.

54 Shams Umm al-Fuqarâ'[269]

Ella vivía en Marchena de los Olivares, donde iba con frecuencia a visitarla. Entre los hombres espirituales, nunca he conocido a nadie que tuviera semejante dominio de su alma. Sus prácticas y sus revelaciones eran realmente notables. Tenía un corazón fuerte y puro, una energía espiritual noble y una gran discriminación. Ocultaba su estado espiritual, pero sucedió que me confió en secreto un aspecto, pues a veces tenía revelaciones respecto a mí y sentí mucha alegría. Tenía una *barakah* inmensa y manifiesta. Una vez tuve una revelación (*kashf*) que me demostró que ella tenía un dominio incuestionable en este campo. Estaba bajo el dominio del temor (*khawf)* y de la alegría (*fidâ*); la obtención

269. Su nombre era Yasmînah. Cf. *supra*, pág. 19 y *Futûhât*, II, pág. 35.

simultánea de estas dos estaciones espirituales es para nosotros algo sorprendente, casi imposible de imaginar.[270]

Ad-Durrat al-fâkhirah[271]

La conocí cuando tenía ochenta años.

Un día que al-Mawrûrî[272] y yo estábamos con ella, de repente, volvió la cabeza y gritó lo más fuerte que pudo: «¡Alî, vuelve y coge el pañuelo!». Cuando le preguntamos a quién se dirigía, nos explicó que Alî venía a visitarla y que se había detenido para comer al borde del río. Cuando se había levantado para reemprender el camino, se había olvidado el pañuelo. Por eso le había llamado; él volvió sobre sus pasos y lo recogió. Una hora después se presentó y le preguntamos por lo que le había ocurrido. Nos contó que se había detenido al borde del agua para comer y después se había marchado olvidando el pañuelo. Continuó su relato diciendo que había oído a Shams llamarlo para ponerle al corriente.

También tenía el poder de expresar los pensamientos de los demás. Sus revelaciones eran ciertas y yo vi realizar muchas maravillas.

---

270. En «La pregunta planteada por Ibn Sawdakîn», Ibn ‘Arabî explica un caso análogo respecto a la reunión de dos estados contrarios (como *qabd* y *bast)*; cf. *E.T.*, 1952, págs. 184-185 y n. 2.
271. Esad Ef. 1777, f. 98 b.
272. Cf. *supra*, pág. 94.

55

Mûnah Fâtimah bint b. al-Muthannâ[273]

Vivía en Sevilla. Cuando la conocí, ya tenía noventa años y se alimentaba de los restos de alimentos que la gente dejaba a la puerta de sus casas. Aunque era tan vieja y comía tan poco, me daba vergüenza mirarla a la cara, pues la tenía rosada y fresca. Su surata personal era la *Fâtihah*.[274] En una ocasión me dijo: «La *Fâtihah* me ha sido concedida. Está a mi disposición para todo lo que quiera hacer».[275]

Dos de mis compañeros y yo le construimos una choza de cañas para que viviera en ella. Tenía la costumbre de

273. Cf. *Futûhât,* II, pág. 348.
274. Primera surata del Corán.
275. Los versículos del Corán, incluso cualquier vocablo coránico, tienen su propio poder que deriva de su origen divino. Eso explica el uso frecuente de algunos versículos como encantos o talismanes. Esta concepción del poder de los textos y de los sonidos sagrados corresponde a las enseñanzas hindúes sobre el mantra.

decir: «De todos los que vienen a verme, nadie me maravilla como tal» (en realidad, se trataba de mí). Cuando le preguntaron la razón, respondió: «Los otros vienen a verme con una parte de ellos mismos, dejando en sus casas la otra parte, mientras que mi hijo Ibn ʻArabî es un consuelo para mí (lit. la frescura de mis ojos), pues cuando viene a verme, viene todo entero; cuando se levanta, se levanta con toda su persona y cuando se sienta, se sienta con toda su persona. No deja nada de sí mismo en otra parte. De esta forma es como conviene estar en el Camino».

Aunque Alá le hubiera presentado Su Reino (*mulk*), no se habría cambiado nada; solamente decía: «Tú eres Todo, fuera de Ti todo es funesto para mí». Estaba confusa ante Alá. Al verla, podría decirse que era una retrasada, a lo que ella habría respondido: «El retrasado es el que no conoce a su Señor». Era una misericordia para los mundos.

Una vez, durante la noche de la Fiesta[276] el muecín Abû ʻAmir la golpeó en la mezquita con su fusta. Ella le echó una mirada y abandonó el lugar enfadada. Al final de la noche, oyó a aquel muecín llamar a la oración. Dijo entonces: «¡Señor, no me castigues por haberme enfadado contra un hombre que Te invoca por la noche mientras los demás duermen! La llamada de mi Bien Amado corre por su lengua. Dios mío (*Allâhumma*), no le castigues por mi cólera hacia él!».

Al final de la mañana, después de la oración de la Fiesta, los juristas de la ciudad se dirigieron al sultán a fin

276. El texto no precisa si se trata de la Fiesta que sigue inmediatamente al Ramadán o de la Fiesta del Sacrificio.

de presentarle sus respetos. El muecín, a quien le encantaban los honores mundanos, se unió a ellos. Al verle llegar, el sultán preguntó quién era. Le dijeron que era el muecín. «¿Quién le ha dado permiso para entrar con los juristas?», preguntó. Y a continuación ordenó que lo echaran. El sultán tenía la intención de castigarlo, pero alguien fue a abogar por su causa y le dejaron marchar. Cuando le refirieron el incidente, Fâtimah exclamó: «Lo sabía y si no hubiera pedido para él la indulgencia, le habrían ejecutado». Su influencia espiritual era muy grande. Después de aquello, murió. ¡Que Alá se apiade de ella![277]

Ad-Durrat al-fâkhirah[278]

Unos *jinns* creyentes,[279] buscando su compañía, se sentaban a sus costados, pero ella les pedía que se mantuvieran ocultos y les recordaba lo que el Enviado de Alá había dicho la noche en que se apoderó de un demonio: «Me acuerdo de las palabras de mi hermano Salomón».[280]

Trabajaba en la rueca y se le ocurrió la idea de ganarse la vida hilando, pero Alá le atrofió un dedo cuando

277. Aquí es donde se acaba la parte biográfica de *Rûh al-quds.*
278. Esad Ef. 1777, f. 87 a.
279. Cf. *supra*, n. 73.
280. La alusión se refiere al hadith siguiente: «Un *ifrit* de los *jinns* se precipitó sobre mí la noche pasada e intentó interrumpirme en mi oración. Alá lo puso en mi poder y quise atarlo a uno de los pilares de la mezquita para que al llegar la mañana todos pudierais verlo. Pero me acordé de las palabras de mi hermano Salomón: "¡Señor, perdóname! Y dame un reino (*mulk*) como nadie pueda tenerlo después que yo" y le eché» (*El Corán*, XXXVIII, 35); Bukhârî, *K. Bad' al-khalq*, b. 57. (Salomón tenía además un poder especial sobre el viento, los demonios y los *jinns*). Sobre el significado de este hadith, ver *La Sagesse des Prophetes*, *op. cit.*, págs. 133-134

empezó a hilar. Yo me había percatado de ese dedo y hablamos de ello. Me informó de lo que había ocurrido y añadió que desde aquel día contaba con los restos que la gente dejaba ante sus casas. Entró en el Camino cuando todavía era una jovencita que vivía con su padre. Cuando la conocí, ya tenía noventa y seis años.

Se había casado con un hombre íntegro a quien Alá había afligido con la lepra. Ella le sirvió con alegría durante veinticuatro años, y luego él murió. Cuando tenía hambre y no encontraba ni restos ni limosnas en su camino, se sentía contenta y daba gracias a Alá por Su favor, puesto que Él la sometía a las pruebas que inflige a los profetas y santos. En ese momento decía: «Oh, Señor, ¿cómo puedo merecer el alto rango de que Tú te comportes conmigo como lo haces con Tus predilectos?».

Un día le construí una choza de palmeras para que pudiera realizar sus obras de adoración. Aquella misma noche, el aceite de su lámpara se acabó, cosa que no había sucedido ni una sola vez antes (nunca me explicó el motivo tampoco). Se levantó para abrir la puerta, me pidió que le trajera aceite y, en la oscuridad, su mano se metió en el agua contenida en algún recipiente que se encontraba cerca de ella; al hacerlo, se le escapó una invocación y se convirtió inmediatamente en aceite. Entonces tomó el depósito, lo llenó de aceite, encendió la lámpara y volvió a ver de dónde procedía el aceite. Cuando se percató de que no había ningún resto de aceite, comprendió que aquello había sido un don de Alá.

Mientras estaba con ella en una ocasión, vino a buscarla una mujer para quejarse de su marido, quien se había

ido a Sidonia, a dos días de viaje de Sevilla.[281] Nos informó de que quería buscar a otra esposa en aquella ciudad, cosa que consideraba demasiado duro de soportar. Le pregunté a Fâtimah si había escuchado la queja de aquella mujer y le supliqué que le pidiera a Alá que le devolviera a su marido. Ella respondió: «No haré súplicas, pero voy a actuar de forma que la *Fâtihah* siga a ese hombre y lo traiga a casa». Entonces dije: «En Nombre de Alá, el Todo Misericordioso, el Muy Misericordioso» y ella recitó el resto de la surata.[282] Luego añadió: «Oh, surata *al-Fâtihah*, ve a reunirte con el marido de esta mujer a Sidonia de Jerez y, dondequiera que esté, hazle volver inmediatamente y no dejes que se demore». Pronunció estas palabras en la sobremesa.

Dos días más tarde, el marido llegaba a su casa. La mujer vino entonces a informarnos de su regreso y a darnos las gracias. Le dije que trajera a su marido y, cuando se presentó, le preguntamos qué le había hecho volver de Jerez cuando contaba con casarse y establecerse allí. Respondió que había salido a media tarde y que se había dirigido hacia el edificio municipal donde concluían los matrimonios. De pronto había sentido que su corazón se le oprimía mientras todo se volvía sombrío a su alrededor. Muy inquieto, abandonó el lugar inmediatamente y llegó al puerto, donde encontró un barco para Sevilla. Se embarcó al día siguiente y llegó por la mañana, dejando todos sus asuntos y su equipaje en Jerez. Admitió que todavía desconocía la razón de su conducta. La vi realizar numerosos milagros.

---

281. En la región de Jerez (Sharîsh).

282. Al relatar esta historia en *Futûhât* (II, pág. 348), Ibn ‘Arabî precisa en este lugar que «al recitar la *Fâtihah*, ésta le daba una forma corporal sutil».

56

Abû ʻAbdallâh Muhammad b. al-Mujâhid[283]

Hombre versado en las ciencias tradicionales y jurista malekita, enseñó en la mezquita de al-Muqaybirât. Vivió de acuerdo con este hadith del Profeta: «Pedíos cuentas antes de que os las pidan».[284] También anotaba sus pensamientos, sus actos, sus palabras, lo que había oído y todas las cosas de este tipo. Después de la oración del *maghrib*, se retiraba a una habitación, examinaba los actos del día que requerían arrepentimiento y se arrepentía. Hacía lo mismo con lo que llamaba su gratitud. Comparaba sus acciones con lo que requería la Ley revelada. Luego dormía un poco, a

283. Todos los textos que siguen están traducidos de la *Durrah*. Esad Ef. 1777, f. 76 a.

284. Tirmidhî, *Sunan, K. al-Qiyâmah*, b. 25. Este hadith se refiere a la vez a la *muhâsabah* (cf. *supra*, n. 86) y a la Rendición de cuentas (*al-hisâb*) en el Día del Juicio.

continuación se despertaba para decir sus letanías (*awrâd*) y para rezar según la *Sunna* del Profeta. De esta manera, alternaba el sueño y la oración durante toda la noche.[285]

Hacía un círculo de libros a su alrededor, de forma que, cuando había acabado un acto de adoración, cogía un volumen y lo leía. Un día recibió la visita del califa Abû Ya'qûb.[286] En el transcurso de la conversación, el califa le dijo: «Oh, 'Abdallâh, ¿no sientes soledad al vivir solo?». Y él respondió: «La intimidad con Alá abole toda soledad. ¿Cómo podría estar solo cuando Él está siempre conmigo? Cuando voy a conversar con mi Señor, abro el Corán. Si deseo entretenerme con el Enviado de Alá, cojo un volumen de los hadiths y si quiero unirme a los Compañeros o a los Siguientes,[287] leo una obra que trate de su vida. De esta forma, puedo dirigirme a cada hijo de vecino. ¿Cómo puedes hablar entonces de soledad, oh, Abû Ya'qûb?». Y recitó versos haciendo alusión a esta práctica.

En el momento de despedirse, Abû Ya'qûb ordenó al guardián de palacio, Abû al-'Ala' al-Jâmi, que le diera al *shaykh* algo para mejorar su situación. El don consistía en una bolsa que contenía mil dinares de oro. Como el *shaykh* manifestó que no tenía ninguna necesidad de dinero, el califa respondió que sólo Alá no necesitaba nada. «Es muy cierto –le dijo 'Abdallâh–, pero ¿por qué no devolvérselo a su propietario, que lo necesita más que yo?», haciéndole ver de este modo que aquel dinero había sido conseguido injustamente.

285. Esto constituye la práctica de los *ahl al-layl*. Cf. págs. 126 y 134.
286. Califa almohade que reinó de 1163 a 1184.
287. Los «Siguientes» (*at-tâbi'ûn*) son la segunda generación de musulmanes; cf. *supra*, n. 186.

Ante estas palabras el califa enrojeció de vergüenza y dejó el dinero en mitad de la estancia. La bolsa se quedó allí donde el califa la había dejado y el *shaykh* no la abrió ni la tocó durante doce años, hasta su muerte. Cuando el sultán Abû Ishâq b. Yûsuf[288] oyó esta historia, asistió en persona a los funerales. Entonces ocurrió una cosa bastante extraña: se dio la orden de distribuir el dinero entre los necesitados de la familia del *shaykh* según su condición y no según las reglas normales de la herencia.[289]

Un día que el *shaykh* necesitaba dinero, sólo encontró para vender un viejo abrigo remendado cuyo valor era medio dirham; no obstante, se lo confió a un agente. Cuando éste le dijo a la gente que el abrigo pertenecía a Ibn al-Mujâhid, uno de los mercaderes ofreció setenta dinares de oro. El agente volvió entonces a casa del *shaykh* con el comprador, el dinero y el abrigo. Cuando el *shaykh* preguntó de dónde salía todo aquel dinero, el agente explicó que era el precio pagado por el abrigo. Ante estas palabras, el *shaykh* bajó la cabeza y repitió varias veces: «¡Así que la religión de Ibn al-Mujâhid vale setenta dinares!». Entonces le dijo al mercader, volviendo a coger su abrigo: «Eso no es lo que vale mi abrigo, amigo mío. Ya no lo vendo, puedes recoger tu dinero». Obedeciendo al *shaykh*, el comerciante recogió su dinero y se marchó llorando. Dicen que lo repartió en limosnas. Después de aquello, Alá satisfizo las necesidades del *shaykh* de una manera inesperada.[290]

---

288. Hijo del califa Abû Yaqûb.
289. Para respetar al mismo tiempo la actitud del *shaykh* y las disposiciones legales, no se podía dejar ese dinero en herencia; por ello fue distribuido como limosna para la familia, según las necesidades de cada uno.
290. Cf. *El Corán*, LXV, 2-3.

Un día, cuando volvía a la mezquita, observó que una persona desconocida le seguía. Al llegar a la puerta de su casa, se volvió y le dijo al hombre: «¡Tú, el de ahí! Si necesitas algo, habla y dime qué es». El otro le contestó que no necesitaba nada. El *shaykh* entró en su casa y cerró la puerta, dejando fuera al hombre. No había llegado al vestíbulo de la entrada cuando lo vio a su lado. «¿Cómo estás aquí –le preguntó–, si la puerta está cerrada y no has pedido permiso para entrar?» «Oh, *shaykh* –respondió el desconocido–, no soy un hombre, sino un ángel enviado por el Señor para estar a tu lado y protegerte de todo mal.» Al oír aquello, el *shaykh* se puso a llorar. El ángel permaneció con él hasta el día de su muerte.

Hemos hablado de sus estados espirituales en la *Durrat al-fâkhirah*, y esto no es más que un resumen.[291] Muchos entraron gracias a él en el Camino, entre otros Ibn Qassûm,[292] Abû `Imrân al-Mârtuli,[293] ash-Shantarînî y al-Acbahî, igual que otros santos de Sevilla de los que saqué gran provecho.

291. Ver la introducción.
292. Cf. *supra*, pág. 47.
293. Cf. *supra*, pág. 54.

57

Abû al-Hasan al-Munhanâlî[294]

Observaba escrupulosamente las reglas de la oración canónicas, no hablaba con nadie, estaba constantemente ocupado en la salvación de su alma. Este hombre de un espíritu elevado suspiraba mucho y tenía siempre una actitud afligida. Una vez, ayunó día y noche durante veinticinco días. Estaba lleno de atenciones hacia su madre.

Fui compañero suyo durante cerca de diez años. Nunca me preguntaba de dónde venía o adónde iba. Un día de julio, sentado en la Gran Mezquita, sonreía a pesar del calor tórrido. Cuando le pregunté qué era lo que le hacía sonreír, me respondió: «En realidad, el calor es tórrido, pero Alá es

294. Esad Ef. 1777, f. 86 a. La lectura de este nombre, al-Munhanâlî, es una conjetura, pues el manuscrito es casi ilegible.

bueno con sus siervos». Al final de la tarde, empezó a llorar y, en el momento de la oración, los cielos se abrieron y llovió tan abundantemente que el agua corría de manera torrencial por las calles.

58 Ahmad ash-Sharîshî[295]

Era uno de los que se habían dedicado a la adoración de Alá desde su infancia y fue educado por el *shaykh* Abû Ahmad b. Saydabûn.[296]

Cuando no tenía más que diez años, o menos, fue embargado por un estado espiritual (*hâl*) y cayó al fuego, pero no se quemó en absoluto.[297] Vimos reproducirse este tipo de cosas en él muchas veces. Le preguntamos si era consciente de lo que le sucedía en aquellos momentos, pero respondió que no. Murió entre nosotros en Shu'b 'Alî, en el 608, y lo enterramos en aquel lugar.

295. Esad Ef. 1777, f. 86 a.
296. Cf. *supra*, Introducción.
297. Se trata de un prodigio del tipo *ibrâhîmî*. Sabemos que el hecho de no quemarse con el fuego es un «milagro» que se relaciona directamente con el caso de Abraham; cf. *El Corán*, XXXVII, 97 y XXI, 68-69.

Un día le preguntó a su padre si le dejaba salir en peregrinación. Su progenitor respondió: «Hijo mío, soy tu padre y quisiera tenerte junto a mí, pero tú ahora quieres dejarme y marcharte». Ahmad le dijo: «Oh, padre mío, responde con sinceridad a mi pregunta, me atendré a lo que digas. Cuando conociste carnalmente a mi madre, ¿tenías la intención de darme la vida?». El padre respondió: «No, hijo mío, solamente quería satisfacer mi deseo». Entonces repuso el hijo: «Alá es más grande, pues Él me creó y Él me llama a su Templo Sagrado. Así pues, como estoy en condiciones de ir, no tengo ninguna excusa para retrasar mi viaje, ya que mi existencia no es un don tuyo, sino de Aquel que me ha creado para servirle». Ante estas palabras, el padre, que era un hombre piadoso, lloró y bendijo la decisión de su hijo.

Antes de salir para Oriente, vino a pedirme mi opinión sobre su marcha en peregrinación. Le di mi bendición. Dos años después, me lo encontré en Damasco, donde permaneció conmigo hasta que partió hacia la Misericordia de Alá.

59 Abû ʻAbdallâh al-Ghillizî[298]

Procedía de la fortaleza de Ghillizah. Era un hombre santo que se entregaba totalmente a Alá.

Una vez, muy tarde por la noche, un hombre llamó a su puerta para pedirle un pedazo de hígado de buey. Fue a averiguar quién podía pedirle semejante cosa. Como tenía una vaca, una voz interior le dijo: «Sólo te pedimos algo que tienes». Ante estas palabras, se dio cuenta de que efectivamente tenía una vaca; entonces tomó un cuchillo, degolló al animal y le dio el hígado al hombre que esperaba a la puerta.

Un día, paseando por las afueras de Sevilla, llegó la hora de la oración. Nuestro *shaykh* no se hallaba en estado

298. Esad Ef. 1777, f. 97 a.

de pureza ritual. Entonces vio a un hombre que estaba orinando no lejos de ellos. Se dirigió a aquel lugar e hizo su ablución. Al ver aquello, les dije a los demás que no se molestaran, pues el *shaykh* era un hombre verídico y Alá es Poderoso sobre todas las cosas. A continuación les pedí que fueran a examinar los restos de la orina en la que habían visto al *shaykh* hacer la ablución, y encontraron agua dulce y sin contaminar. Entonces dije: «El que puede transformar vino en vinagre también puede convertir la orina en agua». Luego hicimos la oración.

Un día en Murcia encontró a un padre y a un hijo que estaban discutiendo en un jardín respecto al agua que había que echar a las plantas. Al verlos, el *shaykh* lloró y dijo: «Oh, Señor, las reservas del cielo están llenas y Tú puedes repartir las riquezas, pero has hecho que este chico sea insolente con su padre por una gota de agua». Nada más pronunciar estas palabras, se puso a llover; de este modo, el padre y el hijo se reconciliaron, al no tener ya necesidad de su agua.

Las ansias de la muerte le hicieron sufrir durante quince días. Al final de su agonía, cuando pudo hablar finalmente, dijo: «Alá me ha infligido las ansias de la muerte durante quince días para mostrarme algunas faltas que cometí en el pasado». Cuando terminó de citarlas, añadió: «Ahora estoy en camino hacia mi Señor. ¡Que la paz sea con vosotros!». Hizo la profesión de fe,[299] cerró los ojos y abandonó esta vida.

299. Como los últimos momentos de la vida son de una importancia capital para el devenir post mórtem, el musulmán debe actuar de modo que, en la medida en que su estado de consciencia se lo permita, sus últimas palabras sean la profesión de fe o la doble afirmación (*shahâdatayn*): «No hay más dios que Alá, Muhammad es el Enviado de Alá».

60 ‘Abd al-Majîd b. Salmah[300]

Este *shaykh* era de Marchena de los Olivares. Estaba entregado al Corán y a la disciplina del alma. Sirvió a Shams Umm al-Fuqarâ,[301] pues muchos de los más grandes *shaykhs* se beneficiaron de su dirección espiritual; entre ellos se encuentran ‘Abdallâh al-Mawrûrî,[302] Ahmad b. Qaytûn y Mu’âdh b. Ashras.

Una noche, mientras rezaba sobre su estera, se dio cuenta de que alguien había entrado en su habitación, a pesar de que la puerta estaba cerrada. Se lanzó hacia el desconocido, pero éste le dijo: «¡El que vive en la intimidad de Alá no se asusta!». ‘Abd al-Majîd le preguntó: «Oh, Sîdî,

300. Esad Ef. 1777, f. 98 a.
301. Cf. *supra*, pág. 162.
302. Cf. *supra*, pág. 79.

¿por qué medios llegan los *Abdâl* a ser *Abdâl*?». Él respondió: «Por los cuatro que ha mencionado Abû Tâlib al-Makkî en *El alimento de los corazones:*[303] el silencio, la soledad, el hambre y la vigilia». A continuación, le cogió de la mano y, dejando la casa, lo llevó a un lugar de la tierra donde permanecieron toda la noche invocando a Alá. Con los primeros albores del día, le volvió a llevar a su casa y se marchó. Su visitante era uno de los *Abdâl* y se llamaba Mu'âdh b. Ashras.[304]

303. El *Qût al-qulûb* es uno de los tratados de sufismo más célebres. Abû Tâlib al-Makkî murió en el 996.

304. El mismo relato aparece en *La Parure des Abdâl, op. cit.* pág. 12 y en *Futûhât*, cap. 53.

61 Abû Ishâq Ibrâhâm al-Hinnawî[305]

Vivía en Ronda y fue uno de los más eminentes contemporáneos de Ibrâhîm b. Tarîf.[306] Miembro importante de la *futuwwah*, fue designado *muaqddam*.

Un día, cuando me despedía tras haberle visitado, salió conmigo para desearme buen viaje y me pidió que transmitiera sus saludos al *shaykh* Abû ʻAbdallâh al-Qastîlî[307] añadiendo: «Le dirás que tengo muchas ganas de volver a verle». Cuando estaba ya en camino, oí tras de mí una voz que me gritaba para que me detuviera. Al dar media vuelta vi al *shaykh*, pero cuando quise volver sobre mis pasos, me dijo que me quedara donde estaba. Cuando llegó cerca de mí, vi

305. Esad Ef. 1777, f. 102 a.
306. Cf. *supra*, pág. 124.
307. Cf. *supra*, pág. 153.

que estaba llorando. Le pregunté el motivo y me respondió: «Soy un mentiroso y te he pedido que mientas por mí». «¿Qué quieres decir?» «Si realmente tuviera ganas de volver a ver a al-Qastîlî, podría hacerlo con facilidad, pues soy perfectamente capaz de montar a caballo o de ir andando a verle. Ya ves lo que ocurre cuando tengo la pereza de vigilar mi alma.» Lloró de nuevo hasta que le perdoné y reemprendí la marcha.

62 Al-Ashall al-Qabâ'ilî[308]

Era uno de los más avanzados en la entrega al Corán y fue el Polo de su tiempo. Nos visitaba con bastante frecuencia, pero sólo hablaba del Libro. En aquel entonces, yo no sabía nada de su función.

Una noche fui informado en un sueño de que aquel hombre era el Polo del tiempo, el Socorro (*Al-gahwth*),[309] el

308. Esad Ef. 1777, f. 102 a.

309. Si el término «polo» *(qutb)* «sirve para designar a los que han realizado una estación *(maqâm)*» de una forma especialmente eminente, de manera que «se encuentren en una misma época múltiples polos», el término *ghawth*, «socorro», es la apelación específica del Polo de la tradición islámica, el Polo del tiempo. El Socorro, dice también Ibn 'Arabî, «es el que dispensa la ayuda a las jerarquías de santos [...]. Él posee la *imâmat*, la herencia (del profeta), la sucesión esotérica. Es el espíritu del universo *(rah al-kawn)*, alrededor del cual describe éste sus revoluciones [...]. Se lo denomina *«el Socorro»* porque ejerce una acción de socorro frente a los mundos gracias a su actitud generosa y a su rango excepcional» (Mi'râj, *op. cit.* pág. 265); cf. *supra*, pág. 1096, n. 197. De esta forma es como 'Abd al-Qâdir al-Jilânî (1077-1166) fue llamado *Ghawth al-a'zham*, «el mayor Socorro», y no sin razón, porque afirmó que socorrería a todos los que imploraran su ayuda, como testimonian un gran número de milagros que se refieren a este tema.

Imâm...[310] Al despertar, as-Sammâd me pidió, de parte de Ibn Hayyûn, que fuera a su jardín con un grupo de personas, entre las que se encontraba Ibn Ashall. Al llegar al jardín, iniciamos una conversación. De pronto recordé mi visión y les dije: «Esta noche he visto una cosa sorprendente». Al-Ashall me interrumpió: «Si quieres hablar de tu visión, no divulgues el nombre de la persona». Acepté y, en el momento de separarnos, el *shaykh* me dijo: «No es conveniente que me quede en esta ciudad, pues tú sabes ya quién soy». Después se despidió y se marchó. No le he vuelto a ver.[311]

310. Las palabras que siguen son ilegibles en el manuscrito.
311. Cf. *Futûhât,* IV, pág. 76. Era originario de Bougie. Ibn Arabi le conoció con motivo de su estancia en Fez en el 593/1196.

63 Ibn al-Hakîm al-Kahhâl[312]

Este hombre era *imâm khatîb*[313] en Túnez. Nos conocimos un poco por accidente. Un día me encontraba en un lugar en el que se prohibe estar. Al pasar cerca de allí, me dijo: «¡Tú, el de ahí!, las personas como tú no pueden permanecer en semejante lugar!». (Debo añadir que nadie conocía mi estado.) Como yo me arrepentía, me respondió: «La puerta del arrepentimiento está abierta».

Este *shaykh* dirigía la oración del viernes en común y cantaba el sermón (*khutbah*). Cuando, en la oración nocturna, el muecín le oía toser suavemente, hacía la llamada renovada (*iqâmah*).[314] Una noche la tos tardaba en llegar. Bashîr, el portador de agua, estaba en aquel momento en el

312. Esad Ef. 1777, f. 103 b.
313. Cf. *supra*, n. 111
314. Cf. *supra*, n. 91.

patio de la mezquita y algo procedente del cielo cayó sobre él. Era el *imâm*, que entró inmediatamente en la mezquita y tosió con suavidad, de forma que el muecín pudiera hacer *iqâmah*. El *shaykh* ordenó a Bashîr que no dijera lo que había visto mientras él estuviera vivo. Cuando Bashîr le preguntó qué había hecho para estar en el aire y adónde había ido, respondió que estaba en La Meca en el momento de la llamada a la oración y, como acababa justamente de empezar la primera de las siete vueltas rituales a la Ka'bah, se había retrasado para la oración.[315]

El juez Abû 'Abdallâh b. Darqah, que era el gobernador local, quería darle el cargo de tesorero, para que guardase los bienes de los huérfanos. El *shaykh* no lo deseaba, pero temía que le presionaran para que aceptara el puesto. Por otro lado, sentía vergüenza de rechazarlo,[316] por lo que intentó imaginar un plan para disuadirlos. Alá le inspiró entonces para que se vistiera y se dirigiera a la ciudadela donde se encontraban los dirigentes. Cuando se presentó ante ellos, le preguntaron muy respetuosamente la razón de su visita. Les dijo que había oído hablar de su proyecto de darle el cargo de tesorero de los huérfanos. Actuaba como para mostrar que estaba impaciente por apoderarse de él. Al ver aquello, los otros le miraron y le respondieron que le avisarían más tarde. A continuación guardaron silencio y se marchó. Después de irse, consideraron que un hombre tan ávido por semejante cargo no era digno de recibirlo

315. Recordemos que con motivo de la diferencia horaria, la hora de las oraciones no es la misma en todos los lugares; además, no es la llamada hecha en La Meca la que había oído, sino la de Túnez.

316. Este cargo es, efectivamente, un honor, puesto que no puede ser confiado más que a un hombre de probidad perfecta.

64 Una esclava de Qâsim al-Dawlah[317]

Pertenecía a nuestro maestro el Príncipe de los Creyentes. Vivía en los alrededores de La Meca, donde murió. Fue única en su tiempo y había obtenido la facultad de recorrer rápidamente grandes distancias.[318] Cuando realizaba esas caminatas, se ponía de acuerdo con las montañas, las rocas y los árboles, diciéndoles: «¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos!». Su estado espiritual era poderoso, servía a los Iniciados y seguía el Camino con una sinceridad inflexible. Tenía las virtudes de la *futuwwah* y practicaba el combate espiritual más intenso, ayunando con frecuencia día y noche; a pesar de ello, tenía mucha fuerza y sus esfuerzos parecían irle muy bien. Nunca vi en nuestra época a nadie tan educado. Estaba entregada a la exaltación de la Majestad divina y no se concedía ningún valor a sí misma.

317. Esad Ef. 1777, f. 104 a.
318. Cf. *supra*, n. 50.

65 Zaynab al-Qal'iyyah[319]

Procedía de la fortaleza de los Banû Jamad, pertenecía a las gentes del Corán y era la asceta más adelantada de su tiempo. Aunque tenía al mismo tiempo una gran belleza y una riqueza considerable, abandonó el mundo material y se marchó a vivir a la región de La Meca, como mujer ennoblecida por Alá. Me la encontré en Sevilla y en La Meca. Fue discípula de numerosos saykhs eminentes, como Ibn Qassûm,[320] ash-Shubarbulî,[321] Maymûn al- Qirmizî, Abû al-Husayn b. Accâ'îgh,[322] el tradicionista y asceta, y Abû ac-Cabr Ayyûb al-Aqhrî.

319. Esaf Ef. 1777, f. 104 b.
320. Cf. *supra*, pág. 47.
321. Cf. *supra*, pág. 41.
322. Cf. *supra*, pág. 144.

Cuando se sentaba para practicar la invocación, se elevaba a quince metros del suelo; luego bajaba cuando había terminado su *dhikr*. La acompañé una vez para ir de La Meca a Jerusalén y nunca conocí a nadie más estricto que ella en el cumplimiento de los horarios de oraciones. Fue una de las personas más inteligentes de su tiempo.

66 Abû ʻAbdallâh at-Tartûsî[323]

Este hombre era de los que se consagran a la práctica de la invocación. Le conocí en Tlemcen. Un día, me senté con él y hablamos de Abû Madyan. Durante la conversación, tuve la impresión de que mantenía una actitud crítica respecto a éste, debido a su falta de instrucción. Por ello me mantuve un poco reservado. Aquella misma noche vi en sueños al Enviado de Alá, ¡que Alá le conceda Su gracia y Su paz!, y me dijo: «Oh, Muhammad, tus sentimientos han cambiado respecto a at-Tartûsî a causa de Abû Madyan. ¿Cómo es que no le amas por su amor a Alá y a Su Enviado?». A lo que respondí: «En lo sucesivo, oh Enviado de Alá, haré lo que me dices». Por la mañana, tomé oro y

323. Esad Ef. 1777, f. 105 a.

bellas ropas para ofrecérselas a at-Tartûsî y le referí lo que había visto. Al oírme, lloró y abandonó su actitud crítica contra Abû Madyan, y todo el asunto fue bendecido por la gracia de Alá.[324]

324. Cf. *Futûhât*, IV, pág. 498. Este encuentro tuvo lugar en el 590/1193.

67

Ibn Ja'far[325]

Le conocí en África, donde me recibió como a un hermano. Sus plegarias (*du'â'*) siempre eran aceptadas y estaba muy avanzado en el Camino. Una vez, como había sucumbido a cierta impureza, Alá le castigó al momento introduciéndole la cabeza en el suelo, con los pies al aire y el cuerpo sobresaliendo del suelo un codo. Aunque pedía ayuda, nadie podía sacarlo de allí. Cuando se informó del asunto a su *shaykh*, fue al lugar y le ordenó que se arrepintiera de su falta, cosa que hizo. Su cuerpo se soltó inmediatamente y sus miembros fueron liberados.[326]

325. Esad Ef. 1777, f. 105 b.

326. El castigo inmediato es, en cierto sentido, un acto de misericordia divina, puesto que nos pone en guardia en lo relativo a nuestro estado real y porque libra de un castigo futuro, mucho más severo si se reincide en la falta o se agrava.

Un día estaba con el Príncipe de los Creyentes Yahyâ b. Ishâq;[327] era en la época en que el país ensordecía bajo el estrépito de los ejércitos, de los tambores y de los cuernos. Él sonreía y, cuando el Príncipe le preguntó en qué pensaba, el *shaykh* respondió: «En ese asunto monstruoso en el que estás implicado. No te proporcionará ningún honor, sino que va a ayudar a tu derrota». Ante estas palabras, el Príncipe lloró y dijo: «Ciertamente, pues eso que ves son los árabes de África».

327. Yahyâ b. Ishâq era un príncipe almorávide que continuó resistiendo ante los almohades mucho tiempo después de su conquista del Magreb y de la España del sur. Conservó territorios en la región de Túnez durante algunos años. Murió en 1237.

68

ʻUmar al-Qarqarî[328]

Era un hombre de Alá que se dedicaba a la disciplina del alma; prefería vivir retirado y no se sentaba con nadie. Se ganaba la vida con sus propias manos y sólo cogía de su sueldo lo que necesitaba para comer, dejando lo demás a los que le empleaban, sin guardar nada para el día siguiente.

Cuando vino a este país, oyó hablar de nosotros y vino a vernos. Después de llegar residió entre nosotros con una actitud que no nos parecía normal. Como algunos se habían percatado de ello, le dije durante la sesión: «¡Oh, ʻUmar, si quieres marcharte puedes hacerlo». Entonces se puso a llorar y me dijo: «Hermano, una reunión sobre Alá es una cosa de la que se debe sacar el máximo provecho; por tanto,

328. Esad Ef. 1777, f. 105 b.

déjame de lado, pues la sesión será inútil para mí si sólo soy consciente de mí mismo».

Le había oído decir: «En este mundo, el hombre debe adorar a Alá en el retiro y no salir de él más que para ir al otro mundo». Me pidió que le diera un vestido que me perteneciera, y le ofrecí un trozo de tela a rayas. Después me enteré de que fue enterrado con aquella tela.

69 ‘Alî b. ‘Abdallâh b. Jâmî[329]

Este hombre se dedicaba a la disciplina del alma; fue discípulo de ‘Alî al-Mutawakkil (y de otros). Una vez fui a devolverle una visita que me había hecho. Cuando entré en su casa, me hizo sentar en un lugar especial de la habitación. Al preguntar el motivo, respondió que al-Khadir se había sentado en aquel lugar y que con ello había querido que me aprovechara de la *barakah* que allí había. Continuó diciéndome lo que había ocurrido en el momento de la visita de al-Khadir: «Aunque yo no había mencionado la *khirqah*, sacó una pequeña cofia de algodón y me la puso sobre la cabeza. A continuación, me la quité, la besé y la coloqué

329. Esad Ef. 1777, f. 108 a. Cf. *Futûhât*, I, pág. 186-187. Conoció a este *shaykh* en Mosul en el 601/1204.

entre él y yo. Luego me dijo: ‘‘Oh, ‘Alî, ¿te gustaría que te invistiera con la *khirqah*?’’. Yo respondí: ‘‘Oh, Maestro, ¿quién soy yo para decidirlo?’’. Entonces la cogió entre sus manos de una forma distinta y me la puso en la cabeza». «Hazme lo que él te hizo», le pedí yo a ‘Alî. Cogió una tela y realizó exactamente el mismo rito.[330] Yo también he conferido esa investidura según la tradición transmitida por la cadena (*silsilah*) de los maestros espirituales y de esta forma es como investí a los demás con la *khirqah*.[331]

330. Cf. Introducción.
331. Sobre «las cadenas de transmisión de la Khirqah», cf. O. Yahya, *Histoire et Classification*, *op. cit.*, II, pág. 542-543.

70 ‘Abd al-Haqq al-Habdamîwî al-Warrâq[332]

Era un hombre santo favorecido por las revelaciones y siempre era leal en sus relaciones con los demás. Una vez se dirigió a Jerusalén con su familia y después quiso regresar a Fawwâ (¿Qawwâ?), pero su esposa se negó a acompañarlo, pues deseaba quedarse en Jerusalén. No obstante, insistió en regresar a Fawwâ para poder terminar allí sus días. También le previno de que los francos iban a apoderarse de Jerusalén y a hacerla prisionera; después iría a Acre, pero regresaría a Jerusalén, donde moriría. Todo ocurrió exactamente como había predicho. En el 598 conocí también a su hermano, Abû ‘Abdallâh al-Habdamîwî al-Gharbî, que vive ahora en al-Kalâsah.

332. Esad Ef. 1777, f. 111 a.

71 ‘Abdallâh Badr al-Habashî[333]

Fue mi compañero durante veintitrés años y murió cuando estábamos en Malatya. Había sido también compañero de Abû Zakariyyâ al-Bajâ’î en Ma’arrah, de Abû al-Hasan b. ash-Shakkâl al-Fâsi en Alepo, de Rabî’ b. Mahmûd al-Mâridînî al-Khattâb, de Abû ‘Abdallâh b. Hasan y, en el Magreb, de Ismâ’il ar-Raqrâgî, un gran hombre que fue a vivir cerca del Santuario de La Meca y resultó herido en el momento de su derrumbamiento parcial; había sido mi compañero en el Magreb. Luego llegó al-Habashî y ocupó su lugar en Fez.

Cuando le llegó la muerte, en mi casa, la aceptó totalmente y se dispuso para el encuentro con su Señor. Murió durante la noche. Tenía la intención de lavar yo mismo su

333. Este importante discípulo de Ibn ‘Arabî ha sido citado varias veces a lo largo del texto. En la *Parure es Abdâl* (*op. cit.*, pág. 8), Ibn ‘Arabi precisa que al-Habashî (el Abisinio) era un liberto de Abû al-Ghanâ’im b. Abû al-Futûh al-Harrânî.

cuerpo, pero, por la mañana, la gente vino para las honras fúnebres y entre ellos estaba el virtuoso jurista Kamâl ad-Dîn Muzhaffar, hombre del Camino que vivía en aquella ciudad. Cuando le hablé del lavado, exclamó: «¡Alá es más grande!» (*Allâhu adbar*) y fue embargado por un estado espiritual. Cuando le interrogué, me dijo: «Ayer estaba en mi jardín cuando una voz me ordenó que hiciera el *ghusl,*[334] ante lo cual respondí que yo no tenía necesidad de ello. La petición se repitió tres veces y, después de la tercera, me advirtió que estuviera listo para lavar el cuerpo de un siervo de Alá al día siguiente. Entonces hice mi ablución en el riachuelo que corre por el jardín: en realidad, ignoraba por completo quién había muerto, hasta que tú me has llamado aquí y me has hablado de lavarlo». Ante esto, se hizo cargo de lavar el cuerpo de al-Habashî. Después de terminar, le pedí que dirigiera la oración. Cuando terminamos la plegaria por el muerto, me contó que en el momento en que comenzaba a lavar el cuerpo, al pensar lo indigno que era de lavar a aquel hombre, al-Habashî abrió los ojos, le miró, sonrió y luego los volvió a cerrar. Me dirigí a su tumba en el transcurso de la tarde y me quejé de algo que me había sucedido después de su muerte. Me respondió desde su tumba y alabó a Alá. Oí claramente su voz cuando expresó su petición respecto a lo que yo le había dicho.

El *imâm khatîb* Badr ad-Dîn me habló en Malatya sobre la autoridad de algunos miembros de su familia que, subidos a un tejado, habían visto una luz que bajaba desde el cielo hasta la tumba de al-Habashî. La luz había durado toda la noche.

334. Esta ablución de todo el cuerpo, efectuada en ciertas ocasiones (cf. *supra*, n. 95), está prescrita también para el lavado de un muerto.

Índice

Abû Ja'far al-'Uryanî1 11
Abû Ya'qûb Yûsuf b. Yakhlaf al-Kûmî 21
Câlih al-'Adawî 29
Abû 'Abdallâh Muhammad ash-Sharafî 35
Abû Yahyâ ac-cinhâjî 39
Abû al-Hajjâj Y'ûsuf ash-Shubarbulî 41
Abû 'Abdallâh Muhammad b. Qassûm 47
Abû 'Imrân Mûsdâ b. 'Imrân al-Mârtulî 55
Abû 'Abdallâh Muhammad al-Khayyât y
Abû al-'Abbâs Ahmad al-Jarrâr 63
Abû 'Abdallâh Muhammad b. Jumhûr 69
Abû 'Alî Hasan ash-Shakkâz 73
Abû Muhammad 'Abdallâh b. Muhammad b. al-'Arabî at-Tâ'î 77
Abû Muhammad 'Abdallâh al-Mawrûrî 81
Abû Muhammad 'Abdallâh al-Qattân 101
'Abdallâh b. Ja'dûn al-Hinnawî b. Muhammad b. Zakariyyâ 107
Abû 'Abdallâh Muhammad b. Ashraf ar-Rundî 111
Mûsâ Abû 'Imrân as-Sadranî 119
Abû Muhammad Makhlûf al-Qabâ'ilî 123
Câlih al-Kharrâz 127
'Abdallâh al-Khayyât (o al-Qarrâq) 131
Abû al-'Abbas Ahmad b. Hammâm 133
Abû Ahmad as-Salawî 135
Abû Ishâq Ibrâhîm b. Ahmad b. Tarîf al-'Abbâsî 137
Abû Muhammad 'Abdallâh b. Ibrâhîm al-Mâlaqî 139
'Abdallâh b. Takhmist 143
As-Sakhkhân 145

Abû Yahyâ b. Abû Bakr ac-Cinhâjî 147
Abû al-'Abbâs b. Tâjah 149
Abû 'Abdalâh b. Bisstâm al-Bâghî 151
Yûsuf b. Ta'izza 153
Abû al-Hasan al-Qânûnî 155
«¡Oh, Alá, ruega por Muhammad al-Haddâd!» 157
Abû Ishâq al-Qurtubî 159
Abû 'Abdalâh al-Mahdawî 161
'Alî b. Mûsâ b. an-Naqarât 163
Abû al-Husayn Yahyâ b. aç-Çâ'igh 165
Ibn al-'Ac Abû 'Abdallâh al-Bâjî 167
Abû 'Abdallâh b. Zayn al-Yâbarî 169
Abû 'Abdallâh al-Qazzâz (¿al-Farrân?) 171
Abû Zakariyyâ Yahyâ b. Hasan al-Hasanî 173
Abd as-Salâm al-Aswad 175
Abû 'Abdallâh al-Qastîlî 177
Abû al-'Abbâs Ahmad b. Mundhir 179
Mûsâ Abû 'Abdallâh 181
Abû al-'Abbâs al-Kharrâz 183
Al-Hâjj Abû Muhammad 'Abdallâh al-Burjânî 185
Abû 'Abdallâh Muhammad an-Nabîlî 187
Abû 'Abdallâh el Almorávide 189
Abû Wakîl Maymûn b. at-Tûnisî 191
Abû Muhammad 'Abdallâh b. Khamîs al-Kinâni 193
Las siete Personas 195
Shams Umm al-Fuqarâ' 197
Mûnah Fâtimah bint b. al-Muthannâ 199
Abû 'Abdallâh Muhammad b. al-Mujâhid 205
Abû al-Hasan al-Munhanâlî 209
Ahmad ash-Sharîshî 211
Abû 'Abdallâh al-Ghillizî 213
'Abd al-Majîd b. Salmah 215
Abû Ishâq Ibrâhâm al-Hinnawî 217
Al-Ashall al-Qabâ'ilî 219
Ibn al-Hakîm al-Kahhâl 221
Una esclava de Qâsim al-Dawlah 223
Zaynab al-Qal'iyyah 225
Abû 'Abdallâh at-Tartûsî 227
Ibn Ja'far 229
'Umar al-Qarqarî 231
'Alî b. 'Abdallâh b. Jâmî 233
'Abd al-Haqq al-Habdamîwî al-Warrâq 235
'Abdallâh Badr al-Habashî 237

LOS SUFÍES DE ANDALUCÍA

Ibn Arabi expresó magistralmente la enseñanza y las intuiciones de muchas generaciones de sufíes que le precedieron. De una forma sistemática y detallada consignó por escrito el vasto fondo de la experiencia sufí y la tradición oral. Dejó al mundo una exposición definitiva de la enseñanza sufí y también un resumen completo de la herencia esotérica del islam. Su influencia sobre toda enseñanza sufí posterior es profunda y se puede decir que fue el último Sello de la Santidad, el último que recibió las enseñanzas «no manifestadas» de la Vía. Todos los que vinieron tras él se inspiraron en su poderosa figura.

Los extractos biográficos que en este libro nos narra Ibn Arabi se refieren a la vida y a las enseñanzas de más de setenta maestros sufíes de la España musulmana y del Magreb, que vivieron en los siglos XII y XIII.

editorial Sirio, s.a.

ISBN: 978-84-7808-553-8

Material protegido por